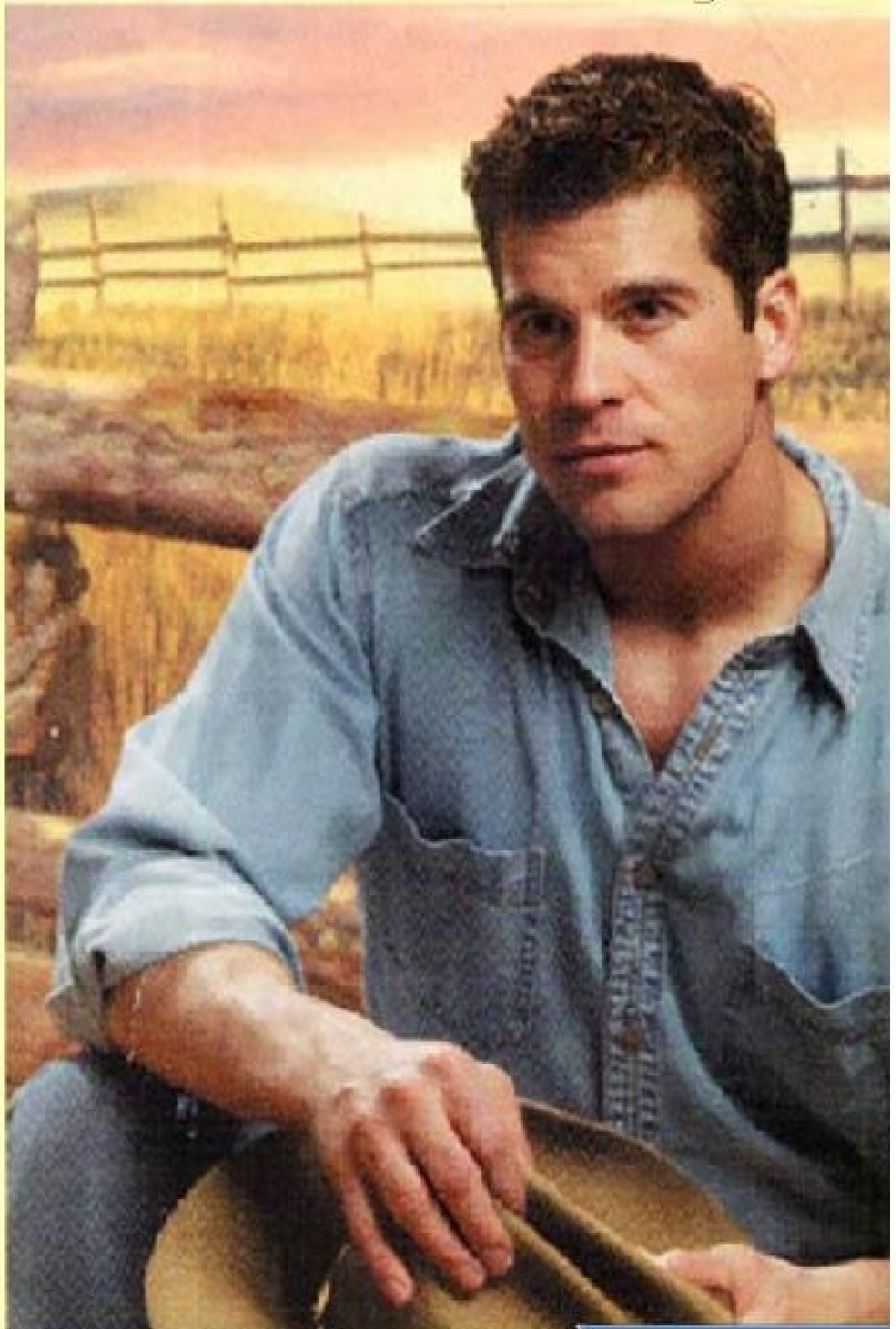


se

*Dentro de mi corazón*



CARA COLT Lectulandia

Él la hacía sentirse toda una mujer

Harriet Pendelton sabía perfectamente por qué casi todas las mujeres lo elegían a él: Tyler Jordan era sinónimo de perfección. Pero no era por sus ojos azules, ni por sus hombros anchos y fuertes. No, Harriet conocía el alma de aquel hombre que había criado a su hermanita él solo y muchos años antes había hecho que un patito feo como Harriet se sintiera todo un cisne...

Ahora había vuelto al rancho de Ty, pero esa vez era Harriet Snow, una atrevida periodista con una imagen muy distinta a la de la adolescente que él había conocido. Así que era lógico que no la reconociera. Lo curioso era que aquel hombre que podría haber tenido a cualquier mujer en el mundo, parecía haberla elegido a ella. Y, aunque la misión de Harriet era recomponer el corazón que él le había roto hacía tantos años, en realidad lo que deseaba era volver a entregárselo todo...

**Lectulandia**

Cara Colter

# **Dentro de mi corazón**

\*

ePub r1.0

Piolin 18.05.17

Título original: *9 Out of 10 Women Can't Be Wrong*  
Cara Colter, 2002

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

TU hermano es un sueño para cualquier fotógrafa y una pesadilla para cualquier mujer de sangre ardiente.

—Harriet —dijo Stacey desde el otro lado de la cama—. Tyler no te considera una mujer de sangre ardiente. Duérmete, va a despertarnos a las cinco de la mañana porque tú dijiste que querías ver cómo reunían el ganado. Tu entusiasmo por el rancho empieza a hacer que me arrepienta de haberte invitado. Yo pensaba que íbamos a dormir, ver vídeos y comer pizzas.

—Puedes hacer eso en Calgary —dijo Harriet como si no tuviera la mente bloqueada por lo que había dicho Stacey de que su hermano no la consideraba una mujer de sangre ardiente.

La verdad era que no tenía motivos para hacerlo. Tyler, el hermano mayor de Stacey Jordan, era el hombre más impresionante que Harriet Pendelton había visto en su vida. Era alto, con hombros anchos, esbelto y musculoso por muchos años de trabajo en el rancho. El rostro, más que atractivo, era un auténtico pecado. Cuando la miraba con esos ojos de color chocolate derretido, Harriet sentía que el aire se llenaba de pura energía masculina.

Se ordenó no preguntarlo, pero acto seguido oyó una vocecilla que era inconfundiblemente la suya.

—¿Por qué no me considera una mujer de sangre ardiente?

Como si no lo supiera. Era consciente de que era demasiado de todo. Demasiado alta, demasiado delgada y demasiado pecosa. Eso además de tener los dientes torcidos y unas gafas de cristales demasiado gruesos. Era demasiado fea.

—Harriet, no te considera una mujer de sangre ardiente porque eres mi amiga. Cree que las dos somos unas niñas.

—¡Pero soy mayor que tú! —se quejó Harriet—. ¡Con veintidós años no eres una niña!

—¡Díselo a él! —dijo Stacey con un gruñido—, y déjame dormir.

—Algún día seré una fotógrafa famosa y tendré dinero para arreglarme los dientes y operarme la vista.

—Harriet, no seas ridícula. Eres resplandeciente. Cualquiera que te conozca sabe lo hermosa que eres.

«Excepto tu hermano».

Harriet y Stacey eran compañeras de habitación en la escuela de arte de Alberta. Harriet estudiaba fotografía y Stacey publicidad. Stacey había invitado a Harriet a pasar las vacaciones de primavera en el rancho de su hermano, el Bar ZZ, al sur de Calgary.

A Harriet le había parecido muy divertido.

Habría sido muy divertido de no ser por él. Un hombre como aquel hacía que la respiración fuera un ejercicio complicado. No le salían las palabras. Se sonrojaba

tanto al verlo que él creía que ese era su color natural. ¡Les había dicho que tuvieran cuidado con el sol! Se cohibía tanto en su presencia que lo hacía todo mal y se tropezaba con sus propios pies. Cuando se cayó y asustó al ganado, él dijo también que debería mantenerse alejada de los animales.

—Me llama Doña Desastres —se lamentó con un grito.

—¡Lo dice de broma, Harriet! Duérmete, por favor.

Se propuso dormir. Se prometió que al día siguiente todo sería distinto. Lo fue.

Al día siguiente, Harriet se cayó del caballo y se rompió el brazo.

La visita a Bar ZZ terminó para ella en el pequeño hospital de High River. Por lo menos supo lo que era estar en sus brazos. Él la había llevado con seguridad y había mitigado el dolor.

Luego se despidieron.

Cuando reveló las fotografías que había tomado, comprendió que nunca se despediría de él.

Tyler aparecía radiante en ellas, como si estuviera iluminado por dentro. Había conseguido con una película lo que no había podido conseguir en la vida real. Lo había retenido para sí.

Le ofrecieron un trabajo en el extranjero gracias a esas fotos.

Lo aceptó gracias a su corazón maltrecho.

# Capítulo 1

TYLER Jordan sabía que estaban mirándolo.

La secretaria, una mujer lo suficientemente mayor como para no hacer esas tonterías, lo miró durante más tiempo de lo que a él le pareció estrictamente correcto y luego volvió a dirigir la mirada a la pantalla del ordenador con una sonrisa sigilosa.

Tyler fingió no haberse dado cuenta y deambuló por la habitación con cierta incomodidad. La zona de espera de Francis Gringle y Asociados le pareció más propia de una película que de la vida real, por lo menos a juzgar por las oficinas que él había visto en la vida real.

No podía creerse que su hermana, una chica criada en un rancho, trabajara y encajara en un sitio así.

Se sentó en un sofá de cuero color mantequilla. Había otro enfrente de él. Se podían ver por todos lados plantas de un verde exuberante. Él no acababa de comprender que una planta pudiera sobrevivir en un sitio sin luz natural. La luz artificial era tenue y la alfombra que cubría las baldosas de mármol era tan vieja y estaba tan gastada que no había duda de que la habían comprado en algún bazar de África.

Oyó un rápido taconeo que se acercaba y, de pronto, ella apareció. Era alta y esbelta, llevaba una falda azul ceñida y una chaqueta corta a juego, lo miró fugazmente y con una seguridad asombrosa si se tenía en cuenta el equilibrio que debería estar haciendo para mantenerse de pie sobre aquellos tacones de aguja, luego se dirigió hacia la mesa y susurró algo a la secretaria. La breve conversación estuvo salpicada de risitas y miradas de reojo.

A él.

Las miradas estaban cargadas de secretos y... complacencia. Miradas que nada tenían que ver con el tenue ambiente y la fama de seriedad que se había labrado la prestigiosa empresa de relaciones públicas.

Tyler frunció el ceño y agarró una revista de la mesa de castaño que tenía delante. Se vio reflejado en la pulida superficie y comprendió lo chocante que resultaba. Sombrero vaquero, camisa blanca de algodón con el cuello desabotonado y vaqueros. Quizá hubiera criado alguna de las vacas de donde había salido el cuero sobre el que estaba sentado.

Una ráfaga de miradas y risitas hizo que frunciera más el ceño y abriera la revista con un gesto violento. Leyó el primer párrafo de un artículo sobre gestión de oficinas.

No tenía una oficina, pero le pareció preferible leer el artículo que bajarse más el ala del sombrero sobre los ojos.

Otra joven apareció, era rellenita y atractiva y lo miró de arriba abajo, luego sacudió el pelo por encima de los hombros y parpadeó varias veces. Si esperaba alguna reacción de él, no la tuvo, de modo que se fue a la mesa para cuchichear con

las otras dos.

Oyó algunos retazos de la conversación. Algo sobre que era mejor al natural, algo sobre compartir una bañera de agua caliente y una copa de vino a la luz de las estrellas. Les lanzó una mirada fulminante y sombría que solo consiguió que arriesaran las risitas y que se oyeran unos suspiros.

Renunció a seguir fingiendo que leía la revista, la dejó en la mesa, estiró las piernas y cruzó las botas a la altura de los tobillos. No sabía en qué lío se había metido su hermana, pero por el momento no iba a serle de mucha ayuda ya que tenía ganas de estrangularla.

Una hora y media en coche hasta el centro de Calgary en plena temporada de cría del ganado. Según le había dicho por teléfono, era un asunto de vida o muerte.

Si era de vida o muerte, ¿dónde estaba ella?

Si era de vida o muerte, ¿por qué le había pedido que se pusiera unos vaqueros que no estuvieran rotos y botas limpias? ¿Quién pensaba en cosas así ante un asunto de vida o muerte?

Vida o muerte se podía aplicar para la sala de urgencias de un hospital, pero no para la oficina de Francis Cringle.

Encima, su hermana no aparecía mientras él tenía que soportar esas risitas.

Apenas pudo resistir la tentación de levantarse y frotarse la espalda contra la pared para provocar un poco más de revuelo.

—Señoritas, ¿no tienen nada que hacer?

Se dispersaron como gallinas asustadas ante la llegada de un zorro. Su salvadora, una mujer alta y distinguida, se volvió para mirarlo atentamente.

—¿Tyler Jordan?

Se levantó casi de un salto, se quitó el sombrero y le dio vueltas atropelladamente entre las manos.

—Señora...

Ella sonrió. ¡La misma sonrisa que había tenido que soportar desde que había entrado en esa maldita oficina!

—¿Le importaría acompañarme, caballero?

Caballero. Una palabra que había oído muy pocas veces; generalmente en los restaurantes donde siempre acababa utilizando el tenedor equivocado. La siguió hasta el vestíbulo y tuvo que acortar la zancada para no pisarla.

Le hizo pasar a un despacho, volvió a sonreír y cerró la puerta. La luz que entraba por los ventanales que ocupaban dos paredes enteras lo cegó momentáneamente. Cuando se le acostumbró la vista, pudo distinguir más lujos y a su hermana Stacey. Estaba sentada frente a una mesa enorme que parecía hecha de granito macizo.

—Hola, Tyler —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja mientras daba una palmada a la butaca que había a su lado—. ¿Qué tal está hoy mi hermano mayor?

Si no hubiera sido porque al otro lado de la mesa había un anciano arrugado como una pasa, le habría dicho la verdad. Estaba de muy mal humor.



De vida o muerte...

Su hermana pequeña no había tenido jamás tan buen aspecto. Le brillaban los traviosos ojos, el pelo oscuro y recogido le daba un aire sofisticado y llevaba traje y zapatos como las demás mujeres que había visto ese día.

—No es mi mejor día —contestó él algo malhumorado mientras se sentaba de mala gana junto a ella.

Más cuero. Las botas se le hundieron en la espesa moqueta.

—Me imagino que estás preguntándote qué ocurre... —dijo ella con desenfado.

—De vida o muerte —le recordó él.

—Tyler, te presentó a mi jefe, el señor Francis Cringle. Señor Cringle, mi hermano Tyler.

Tyler se levantó un poco de la butaca y estrechó la mano de Cringle. Le sorprendió la fuerza del anciano.

—Encantado de conocerlo, señor Jordan.

La voz era cálida y amistosa. Era la voz de alguien acostumbrado a vender cosas que la gente no sabía que necesitaba.

—Gracias por venir —continuó Cringle—. Stacey me ha dicho que es un hombre muy ocupado. Me ha dicho también que usted no sabe por qué está aquí.

—Ni idea.

—Su, hermana le ha presentado a un concurso y usted lo ha ganado.

Un concurso. Tyler lanzó una mirada amenazante a su hermana. Conociéndola, seguro que habría ganado un descenso en balsa por el Amazonas.

—Verás, Tyler —Stacey empezó a hablar muy rápidamente al darse cuenta de que su hermano estaba perdiendo la paciencia—. La Fundación Contra el Cáncer de Mama ha contratado a Francis Cringle para que se ocupe de la próxima campaña de recaudación de fondos.

Cáncer de mama. Odiaba esa enfermedad, era la enfermedad que había segado la vida de su madre y había dejado a una familia desamparada, como supervivientes de un naufragio, solo que ese naufragio duraría toda la vida.

—Perfecto —no permitió que los recuerdos se notaran en la voz—. ¿Y bien?

—Te acuerdas de mi amiga Harriet, ¿verdad?

—¿Cómo iba a olvidarme?

Harriet Pendelton era una chica que su hermana había conocido en la universidad y que había pasado una semana en el rancho hacía... tres o cuatro años.

Lo normal era que no fuese capaz de distinguir a las amigas de su hermana Stacey, pero Harriet era lo más parecido a una jirafa que había visto jamás. Medía alrededor del metro ochenta, casi todo de piernas y cuello, y estaba cubierta de pecas que entonaban con un pelo indomable. Los ojos eran marrones y con aire preocupado y parecían enormes por unas gafas de cristales muy gruesos. La sonrisa nerviosa y huidiza mostraba unos dientes completamente torcidos.

Si bien era irrelevante en el aspecto físico, aunque él tampoco prestaba mucha

atención a las amigas de Stacey, Harriet se había hecho inolvidable por otros motivos. Allá donde ella fuera, la seguía el desastre. Había roto casi todo lo que había tocado, había secado el pozo al dejar un grifo abierto y los terneros se escaparon porque ella no cerró bien el pestillo.

Consiguieron pasar la semana sin que produjera una estampida ni quemara el granero, pero volvió a su casa con un brazo escayolado.

Él debería haber estado encantado de que ella desapareciera, pero todavía se le dibujaba una sonrisa al acordarse de Harriet.

Había conseguido que él se riera y tardó en acostumbrarse a su ausencia.

—Doña Desastres —recordó Tyler—. Creía que me habías dicho que estaba en Europa.

Stacey miró a su hermano como si este no escuchara nada de lo que ella decía.

—Volvió hace meses. Ella hizo la fotografía que ganó el concurso.

—¿Yo qué tengo que ver con todo esto? —empezaba a tener la sensación de que cada vez se alejaban más del asunto principal.

—A eso voy —dijo ella con un tono de reproche por su impaciencia—. La idea es hacer un calendario para recaudar fondos. Ya sabes, todo el mundo lo hace. Los bomberos, la policía...

—No sé nada, no tengo la menor idea de lo que estás hablando.

Ella parecía realmente enojada con él, como cuando de jóvenes ella hablaba de una película, una canción o alguien famoso de quien él no sabía nada. Ella ponía los ojos en blanco y le reprochaba su ignorancia y la vida de recluso que llevaba.

Esa vez se limitó a darle un calendario. Él lo ojeó sin mucho interés y nervioso por estar mirando fotos cuando debería estar ocupándose de sus vacas.

Eran fotos sin interés de tipos con el torso desnudo, con tirantes y con pantalones de bomberos. Parecían cohibidos, lo cual no le extrañó, y posaban en distintas posturas que resaltaban los músculos. Algunos tenían manchas de hollín artísticamente puestas por las mejillas o el pecho.

—¿La gente compra esto? —dijo con incredulidad.

Se acordó del calendario que él tenía junto a la nevera. Cada mes mostraba un magnífico ejemplar de distintas razas de vacas. El almacén de piensos se lo regalaba todos los años en diciembre. La compañía de seguros también regalaba calendarios. Tyler no podía entender que alguien los comprara.

—Las mujeres los compran —dijo su hermana.

El se dio cuenta de que no le sorprendía que una mujer comprara algo que se podía conseguir gratis. A las mujeres les gustaba gastar dinero, eso se lo había enseñado su hermana.

—Están especialmente dispuestas a comprar calendarios como este si es por una buena causa. Como la investigación sobre el cáncer de mama.

El levantó la mirada al percibir algo en el tono de voz. Dejó de pasar las hojas y cerró el calendario de golpe. Lo dejó en una esquina de la mesa y se acordó de todas

las miradas que había tenido que soportar esa mañana.

Tuvo la espantosa sensación de que no había ganado un viaje o un televisor. Ni nada parecido.

—¿Qué has hecho, Stacey?

—¡Te he presentado al concurso! —reconoció ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Harriet tenía una foto maravillosa. Francis Cringle y Asociados hicieron un concurso para encontrar el hombre ideal para el calendario. ¡Has ganado!

—Quieres decir que lo amañaste para que ganara —dijo él secamente.

—No, señor Jordan —intervino el señor Cringle—. En absoluto. Las fotos eran anónimas y su hermana no estaba en el jurado.

—¿Quién fue el jurado? —preguntó Tyler sin importarle mucho la respuesta.

Miró hacia la puerta para ver cuál era la mejor vía de escape.

—Pusimos las fotos en el centro comercial durante una semana —contestó el señor Cringle—. Votaron más de dos mil mujeres. ¿Quiere saber lo más impresionante? El noventa por ciento le votó a usted. ¡El noventa por ciento!

Sintió que se le revolvían las tripas al pensar en todas esas mujeres que se lo comían con los ojos en una fotografía. Sintió también algo más que enojo hacia su hermana.

—Estamos trabajando con el concepto de un calendario con un solo hombre —dijo el señor Cringle—. Distintas fotos que reflejen situaciones de la vida real en las que se puede encontrar un hombre. Me encantó saber que usted tiene un rancho. Las posibilidades son impresionantes.

Tyler se arrepintió de haber sido tan condescendiente cuando Stacey se escapó del colegio y cuando se escapó por la ventana de la habitación. No debería haber permitido que tuviera tanta iniciativa. Desde luego debería haberla metido en vereda cuando empezó a verse con ese hippy. Si hubiera sido capaz de controlarla en una de esas situaciones, quizá él no estuviera sentado allí en ese momento.

Ya era tarde para enderezar el camino de su hermana y tendría que intentar salvarse por sus propios medios.

—Señor Cringle —dijo lentamente—, lo siento. Mi hermana le ha hecho perder el tiempo. No soy modelo de calendario ni lo seré nunca. Tengo un rancho e independientemente de lo que piensen las mujeres que compran calendarios, el trabajo que hago no tiene nada de atractivo. Normalmente, estoy cubierto de barro y excrementos hasta las orejas.

—Tyler... —dijo Stacey—. El calendario no pretende ocultar nada. A las mujeres les encanta ese tipo de fotos. Sudor. Barro. Músculos tensos. Vaqueros desteñidos. Eres perfecto, Tyler.

Tyler, miraba con espanto a su hermana. ¿A las mujeres les gustaban esas cosas? ¿Cómo demonios lo sabía ella? Se dio cuenta de que no le gustaba que fuera una adulta.

—Entonces, contrata a un modelo —dijo Tyler con cierto tono de irritación—. Si

necesitas barro, yo te lo regalo.

—Los modelos son tan... —Stacey buscó la palabra adecuada—. Falsos.

Tyler solo pudo esperar que ella no lo supiera por experiencia propia.

—Señor Jordan, estoy seguro de que había modelos entre las fotos que se pusieron en el vestíbulo. El resultado me dice que las mujeres saben distinguir entre el hombre rudo que posa y el auténtico. El noventa por ciento significa vender muchos calendarios.

—Sí, claro —Tyler miró a su hermana.

—Señor Cringle, yo me ocuparé —dijo animadamente Stacey.

A pesar de las apariencias, Tyler notó que su hermana tenía lágrimas en los ojos. Esperaba que no pensase que iba a cambiar de opinión con esa treta. Ya la había empleado demasiadas veces. Ese era el problema, que ella sabía muy bien cómo tocarle las fibras sensibles.

Seguramente, el resto del mundo pensaría que él no tenía ese tipo de fibras, pero su hermana pequeña lo conocía muy bien.

Su madre murió de cáncer de mama cuando ella tenía siete años. Un año después, su padre murió en un accidente de coche, aunque Tyler seguía preguntándose si había sido un verdadero accidente. Su padre se había quedado destrozado tras la muerte de su mujer.

Tyler tenía dieciocho años cuando ocurrió el accidente. Era demasiado joven como para asumir la responsabilidad de criar a una niña tan pequeña.

Sin embargo, ¿qué alternativa le quedaba?

¿Que se ocuparan de ella una tía y un tío a los que apenas conocía? ¿Enviarla a una casa de acogida? No lo haría mientras él estuviera vivo. No tenía ninguna alternativa. Su hermana necesitaba que él creciera rápidamente y lo hizo.

—¿Por qué no vamos a comer juntos? —le dijo ella cariñosamente—. Volveremos a encontrarnos con el señor Cringle... a la una.

Tyler decidió no llevarle la contraria delante de su jefe. Se levantó y extendió la mano.

—Señor Cringle...

El hombre los miró con un brillo en los ojos.

—Hasta la vista —dijo Cringle.

—Que espero que sea nunca —dijo Tyler en un susurro mientras empujaba a su hermana hacia la puerta.

—No tengo mucho tiempo para comer —le dijo a ella cuando estuvieron en el vestíbulo—. Los terneros están naciendo mientras yo estoy aquí y no voy a cambiar de idea sobre el calendario. Olvídate de ello. No voy a hacerlo. Nunca.

Ella tenía los ojos empañados.

—Tyler, no seas cabezota.

Las lágrimas le recordaron a Tyler lo cuidadoso que tenía que ser con emplear la palabra «nunca» con su hermana.

Había dicho «nunca» la primera vez que la vio maquillada y los torpes brochazos le habían arrebatado la frescura e inocencia. Acabó pagándole un cursillo de maquillaje y comprándole todos los productos que necesitaba.

Había dicho «nunca» al vestido que ella había elegido para un baile del instituto y él había acabado visitando todos los sitios que cualquier hombre quiere evitar hasta que encontraron un vestido al gusto de los dos.

Había dicho «nunca» al hippy, lo que aumentó su atractivo a ojos de Stacey y le convenció a él de que ya no tenía por qué meterse en los asuntos de Stacey.

A pesar de todo, a pesar de los errores y los bandazos, ella había crecido y se había convertido en una joven que sabía lo que quería y que casi siempre tomaba decisiones bastante sensatas.

Sin embargo, esa vez no había sido así.

—¡Por el amor de Dios, Stacey! ¿En qué estabas pensando cuando presentaste la foto sin mi permiso?

—Fue una broma. Harriet me lo propuso.

Debería haber supuesto que Harriet tenía algo que ver. Harriet y el desastre eran como uña y carne.

—Además —dijo alegremente ella—, ¿cómo iba a imaginarme que ibas a ganar?

El suspiró. ¿Intentaba despistarle? Se limpiaba las lágrimas con la manga y la estaba dejando completamente negra. Era imposible no darse cuenta aunque él ya no le comprara la ropa.

—¿No puedes invitarme a comer? —dijo ella con un pequeño hipo—. No te vendrá mal descansar un poco de las comidas de Cookie. Además, ya no me ves casi nada.

Él la miró. Su hermana pequeña ya no era nada pequeña y cada vez que la veía era una mujer más hecha a la ciudad. Quizá no fuera una mala idea aprovechar la ocasión para estar con ella.

—De acuerdo —dijo entre dientes—. Pero algo rápido y barato.

Naturalmente, ella le llevó a un pequeño restaurante francés que no era barato ni remotamente rápido.

A pesar de todo, Stacey le hizo reír al contarle como escondía en su pequeño apartamento un San Bernardo que había encontrado abandonado. Hasta el momento, nadie había contestado al anuncio que había puesto en el periódico.

—El perro —dijo ella con orgullo— sabe abrir la nevera.

¿Un San Bernardo que sabía abrir la nevera?

—Por eso los dueños no han contestado al anuncio —comentó Tyler.

Llegó la comida. Él había rechazado el vino, no tomaba vino con la comida, pero Stacey no le había hecho caso y le estaba sirviendo el segundo vaso del vino blanco de la casa.

—Tyler, sabes que mamá murió de cáncer de mama.

Él dio un sorbo de vino. Ella le había incitado a beber vino con la comida e

intentaría darle la puntilla.

—No lo he olvidado —dijo tranquilamente él.

—¿No crees que estamos obligados a combatir la enfermedad que se llevó a nuestra madre? ¿No recuerdas lo espantoso que fue?

Él estaba convencido de que lo recordaba mejor que ella porque era mayor. Él la miró y comprobó que lo estaba arrinconando. No dijo nada y, contra todo sentido común, dio otro sorbo de vino.

—El calendario podría recaudar mucho dinero para la investigación.

Stacey se aseguró de que él la escuchaba con atención y dijo una cifra.

Él casi escupió el vino.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—Pero que yo no lo haga no significa que no vayan a comprar el calendario.

—No, pero el noventa por ciento de las mujeres te ha votado a ti. Eso es mucho, Tyler, sobre todo si hace que compren calendarios. En Calgary hay setecientas cincuenta mil personas. Se calcula que unas doscientas mil son mujeres. Si solo el cincuenta por ciento de ellas comprara un calendario, eso significaría mucho dinero. Solo en esta ciudad.

Él notaba que la cabeza empezaba a darle vueltas y no era por el vino.

—Stacey —lo dijo pronunciando cada letra—. No voy a hacerlo.

Evitó decir «nunca».

—Tyler... —ella suspiró y se miró las uñas—. Ni siquiera tendrías que venir a la ciudad. No perderías ni una hora de trabajo.

—He dicho que no.

—Ni siquiera sabrías que el fotógrafo está allí. El fotógrafo ya está elegido. Es de primera categoría.

—No.

—De modo que dices que no a contribuir a una causa que significa mucho para ti y que además no te costaría nada, ni tiempo.

—Exactamente —dijo él con la esperanza de que ella no hubiera notado el ligero tono de duda.

—Si el calendario fuera un éxito, creo que conseguiría un ascenso y podría comprarme una casita con jardín para Basil.

—Basil es el San Bernardo, espero.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que el casero sabe que lo tengo —añadió con tristeza.

—No voy a posar para un calendario solo porque quieres mantener a un perro que es más grande que mi caballo y tiene el dudoso talento de saber abrir las neveras.

Por lo menos, su hermana tenía la intención de organizar su vida en torno a un perro y no a un hippy. Se dio cuenta de que ella no había mencionado todavía al tipo ese. ¿Podría atreverse a pensar que había desaparecido del mapa? ¿O sería porque se

había puesto furioso cuando ella una vez había mencionado al hippy y al matrimonio en la misma frase? Decidió que prefería no saberlo.

Ella dio un sorbo de vino y se miró el regazo.

—Sabes que tengo más posibilidades de contraerlo, ¿verdad?

—¿Cómo? —había conseguido despistarle completamente con sus acrobacias retóricas.

—Que tengo más posibilidades de contraer cáncer de mama porque mamá lo tuvo.

—Vamos, Stacey...

—Lo único que puede hacer algo es la investigación.

Él la miró y vio que el temor de su hermana era verdadero. Notó que se le partía el corazón al imaginársela enferma. ¿No habría hecho cualquier cosa para curar a su madre?

¿No haría cualquier cosa para evitar que su hermana padeciera lo mismo?

¿Le quedaba alguna alternativa si podía recaudar fondos para investigar la enfermedad que podía afectar a su hermana? ¿Tenía alguna alternativa si ese maldito calendario podía reunir la tercera parte de dinero de lo que su fantasiosa hermana había dicho?

Miró a su hermana. Vio que las comisuras de los labios esbozaban una levísima sonrisa y se dio cuenta de que los dos sabían que estaba perdido.

—No sueñes con que voy a quitarme la camisa —dijo él con tono de rendición.

—No sé, Tyler, si te quitaras la camisa, quizá vendiéramos un millón de calendarios —ella interpretó correctamente la mirada de él—. De acuerdo, de acuerdo... —dijo entre risas—. Gracias, Tyler. Te debo la vida.

Él esperó que eso no fuera verdad nunca.

Ella se levantó, rodeó la mesa, le abrazó el cuello y le besó en las mejillas; como dieciséis veces.

Hasta que todos los clientes del restaurante los miraron y sonrieron con indulgencia.

—Es mi hermano —comunicó alegremente ella—. Es mi héroe.

## Capítulo 2

TYLER Jordan era el hombre más guapo sobre la faz de la tierra y que estuviera furioso no le restaba ni un ápice de belleza. Quizá, incluso, aumentaba el aire rudo, la perfección masculina de los rasgos curtidos por el sol y el viento.

Harriet Pendelton Snow sabía que estaba furioso desde antes de que él hablara. El ambiente echaba chispas a su alrededor.

—Esperaba a un hombre —dijo él con un destello de impaciencia en los oscuros ojos.

El miró a un trozo de papel que tenía en la mano y ella pudo vislumbrar unas palabras escritas con trazos nerviosos.

—Harry Snow —dijo él.

—Harriet Snow —corrigió ella—. Esa soy yo.

Él no la había reconocido y ella no sabía si eso le complacía o le dolía.

Las cosas habían cambiado mucho en cuatro años.

Se derretía lentamente, por fuera y por dentro, como lo había hecho la primera vez que vio al hermano de su mejor amiga. Entonces, ella tenía veintidós años.

Los dos de pie en ese mismo camino, la pequeña casa blanca de madera detrás de ellos y un granero detrás de la casa; las colinas que llevaban hacia las Montañas Rocosas los envolvían hasta el infinito, y toda esa majestuosidad que se desvaneció cuando la mirada de él se encontró con la suya.

Una mirada oscura y llena de misterio.

Durante años, ella había intentado convencerse de que se había quedado sin aliento por otros motivos.

La inmensidad del espacio abierto.

Lo romántico del rancho.

La fragancia del aire.

Pero en ese momento ya no estaba tan segura.

—Me cuesta creer que una mujer como usted se llame Harry —soltó él.

—Como yo... —dijo ella—. ¿Qué quiere decir?

A ella le costaba más creer que una mujer completamente racional como su madre hubiera mirado a una recién nacida y hubiera visto una Harriet. Era un nombre que odiaba y del que llevaba años intentando deshacerse.

—Como usted —dijo él malhumorado—. Refinada, guapa...

Refinada. Eso quería decir que habían merecido la pena todas las horas que había pasado eligiendo la ropa adecuada. Quería decir que el nuevo corte de pelo había conseguido, por el momento, dominar los rizos alocados. Quería decir que el nuevo color de pelo, cobrizo, en lugar de rojo mate, era tan sofisticado como ella esperaba. Quería decir que quizá no fuera tan ridículo querer entonar el color del pintalabios con el del esmalte de uñas.



Guapa. La había llamado guapa.

Para una chica que había crecido considerándose normal en el mejor de los casos y feúcha en el peor, esas eran palabras que nunca se cansaría de escuchar.

Sin embargo, antes de que pudiera deleitarse plenamente con ellas, comprendió que no había dicho guapa como si fuera algo bueno.

—... una desgracia absoluta en un rancho —estaba diciendo él—. ¿Va a montar a caballo con falda o pretende con ello que me inspire para que me saque la foto?

¿Había sido siempre tan arisco? Stacey decía que estaba siempre de mal humor, pero eso no era lo que ella había visto durante la semana que pasó allí hacía cuatro años.

Ella había visto a un joven que se había hecho cargo de una responsabilidad enorme y que había hecho frente a la posibilidad de no estar preparado para actuar como el padre de nadie. Ella había notado que él utilizaba la rigidez como una pantalla para que su hermana no viera que podía conseguir todo lo que quisiera de él porque la adoraba.

Ese amor había estado presente durante toda la semana, a pesar de que él intentara disimularlo. Lo demostró en la tolerancia que tuvo con las dos, incluso cuando ocurrieron los desgraciados accidentes.

Accidentes producto de las ganas que ella tenía por hacer bien las cosas, de lo nerviosa que se ponía cuando él estaba delante, del temor a decir lo que no debía. Ella quería que la considerara una mujer adulta.

Naturalmente, acabó considerándola una cría.

Naturalmente, ella pasó la semana haciéndolo todo mal, con torpeza y cohibida por el sentimiento que acababa de descubrir en su interior.

Se habría muerto si él la hubiera considerado guapa en aquél momento.

Ella se había enamorado en cuestión de minutos, de segundos, tal vez.

En ese momento, sabía que todo ello era ridículo. Después de haber tenido cuatro años para pensar en ello, para viajar por el mundo, para pasar por muchas situaciones, para haberse casado fallidamente, después de todo eso, sabía lo ridícula que había sido cuando era joven e ingenua.

Cuando supo los resultados de la votación, supo lo ridícula que había sido a los veintidós años.

Ridícula, sí, pero no era la única.

Las mujeres lo adoraban, era así de sencillo.

Ella había recibido el privilegio más extraordinario: una segunda oportunidad para demostrar que podía ser competente, que no era torpe y propicia a los accidentes.

Tenía también una segunda oportunidad para que él la viera atractiva, sin gafas de cristales gruesos gracias al milagro de la cirugía láser y con los dientes tan rectos y blancos como el dinero y el tiempo podían conseguir.

Sabía cómo vestirse para sacar provecho de su estatura y su delgadez. Quizá a él

no le gustara la falda, pero ella se había dado cuenta de que le había echado una buena ojeada a la longitud de las piernas. Las pecas iban desapareciendo con los años e iban dando paso a una tez delicada y encantadora. Había aprendido a emplear el maquillaje para resaltar los ojos y los pómulos. Además, algunos días, como ese, casi conseguía dominar la alborotada mata de pelo que tenía.

Pero sobre todo, había recibido una segunda oportunidad para demostrarse que no estaba enamorada de él.

Ni remotamente. Era una joven inexperta la primera vez que conoció a Tyler Jordan. En su vida siempre había faltado la influencia masculina, ya que su madre la había criado sola. Tenía una hermana. A pesar de su estatura, o, quizá, por ello, había pasado desapercibida para los chicos en el colegio y en la universidad.

No era de extrañar que Tyler Jordan la dejara tan impresionada. Incluso la indiferencia hacia ella parecía cargada de una magia masculina que le resultaba desconocida y apasionante.

Pero ya no era una joven ingenua y tenía un plan secreto: recuperar el corazón que había entregado cuando lo era. Recuperar el poder que era suyo.

—Stacey me ha pedido que trajera a Basil. El casero lo tiene enfilado y va a expulsarla.

—¿Basil?

Tyler miraba por encima del hombro de Harriet y ella miró en dirección al pequeño coche donde el animal los miraba con ojos suplicantes y el hocico pegado al cristal.

—¿El San Bernardo? —preguntó él con incredulidad—. ¿Mi hermana me ha mandado el San Bernardo que sabe abrir neveras? No puedo creérmelo.

—No mate al mensajero.

—No me tiente —dijo él con amargura.

¿Debía decirle quién era? Si lo hacía, él se temería lo peor desde el primer instante. ¿Cómo iba a tener una segunda oportunidad si él estaba predispuesto contra ella?

El perro salió del coche en cuanto ella abrió la puerta, fue hacia Tyler, le puso las dos enormes patas en el pecho y le lamió la cara.

Ella se preguntó si Basil no sería hembra. Él era irresistible.

Pero Harriet tenía intención de resistirse. Esa vez, todo sucedería conforme a su plan. Ella era una fotógrafa profesional. Había estado en guerras y había recorrido todo el mundo. Sabía mantener la calma en las situaciones más difíciles.

¿Incluso cuando la situación difícil era ella misma?

Había trabajado con algunos de los hombres más atractivos del mundo y había cometido el error de casarse con uno de ellos. Debería estar vacunada contra sus encantos.

¡Lo estaba!

Sin embargo, gran parte del encanto de Tyler estaba en que él no era consciente

de tenerlo.

Era más que guapo. Dieciocho mil mujeres lo habían constatado y lo habían votado como el hombre perfecto para un calendario.

Era alto, por lo menos cinco centímetros más que Harriet. Tenía unos hombros enormes que reflejaban la fuerza que le había permitido mantenerse de pie sin inmutarse cuando el gigantesco perro se había abalanzado sobre él. Además, los hombros no eran enormes porque fuera al gimnasio dos días a la semana. Lo eran de manejar balas de paja, de domar potros y de luchar con el ganado.

—Baja —le ordenó al perro.

Se quitó las patas de encima y le empujó la cabeza. Con el otro brazo se limpió la cara.

Ese simple movimiento hizo que Harriet se fijara en que la manga corta de la camiseta se ceñía sobre el bíceps y lo resaltaba. Tenía los brazos morenos incluso a esas alturas de año y las muñecas eran grandes y cuadradas.

La camiseta, con las huellas de Basil en ella, permitía entrever unos poderosos músculos pectorales y un vientre completamente liso. La camiseta entraba en unos vaqueros desteñidos con un cinturón de cuero marrón y usado. La hebilla estaba desgastada, pero era de plata. Harriet observó que representaba a un caballo con el lomo arqueado que quería tirar a un jinete.

Unas letras negras lo proclamaban campeón del rodeo de Wind River.

De repente, ella se dio cuenta de que al mirar la hebilla, había estado demasiado tiempo con los ojos puestos en una zona peligrosa.

Levantó la mirada inmediatamente.

Él tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la miraba con sorna.

—¿Monta caballos salvajes? —preguntó ella para demostrarle que había leído lo que decía la hebilla.

—No —contestó secamente él.

—Es una pena —dijo ella con lo que esperaba que fuera una sonrisa profesional e indiferente—. Habría podido hacer unas fotos sensacionales.

Él entrecerró los ojos.

—Quiero que entienda una cosa. No vamos a organizar mi vida en función de sus fotos. Va a seguirme un rato, va a sacar unas fotos y va a volverse a casa.

Ella seguía pensando en el cinturón y en que él tuvo que hacerse hombre sin haber llegado a ser niño.

Hechos, se recordó a sí misma, que, en teoría, no tenía por qué saber, pero que le ayudarían a captar la esencia de él en una película, una esencia que no parecía muy dispuesto a revelar mientras permanecía de pie mirándola con furia.

Sin embargo, esa esencia era la que le hacía tan estremecedoramente seductor.

Volvió a recordarse que era una fotógrafa, no una cría impresionable. Él quería intimidarla y ella no podía permitirse ese lujo. Tenía derecho a mirarlo a la cara. A estudiarla. A conocerla.

Tenía el pelo oscuro, como el cielo de verano a medianoche antes de una tormenta. Lo tenía corto y un poco levantado sobre la frente. El rostro era perfecto y ella lo sabía porque había fotografiado los rostros de algunos de los hombres más perfectos del mundo. Al menos, de hombres que se consideraban como los más perfectos del mundo en cuanto a su aspecto externo.

Lo miró a la cara e intentó analizar su atractivo. Tenía rasgos duros, sobre todo la línea que formaba la mandíbula. La barbilla era cuadrada y la hendidura era tan leve que apenas se notaba, pero un buen fotógrafo debía resaltarla.

Tenía los pómulos altos y las mejillas hundidas. Los labios eran carnosos y fumes y estaban enmarcados por unas arrugas rectas que denotaban austeridad y cierta tristeza. La nariz era poderosa y recta. Una ligera cicatriz en el puente le daba un toque de rudeza viril.

Sin embargo, la diferencia la marcaban los ojos. Ellos hacían que fuera algo más que un hombre guapo. Tenían forma almendrada y unas pestañas muy tupidas. El color era de chocolate derretido, pero lo que los distinguía era la mirada.

Resuelta. Fija. Tranquila. Fuerte. Profunda.

Misteriosa. No era cautelosa, pero si algo distante. Los ojos lo decían todo de él: que era un hombre que podía avanzar solo; que conocía su fuerza y confiaba en ella sin asomo de duda.

Quizá fuera saber demasiado por la mirada de un hombre.

Claro que ella tenía bastante más que eso. Tenía una semana con él grabada en la memoria y unas fotografías gastadas ya de tanto verlas.

El recuerdo de cómo cambiaba esa mirada cuando la risa los iluminaba desde el interior.

El perro notó algún movimiento y sacudió la cabeza. Las babas volaron por todos lados al hacerlo. Harriet se apartó para evitar que le manchara el traje.

Era un traje muy bonito. De seda gris y muy profesional, aunque lo suficientemente ceñido como para ser femenino.

De acuerdo, la falda era un poco corta y podía haberse abrochado un botón más de la camisa. Era verdad que lo adecuado habría sido presentarse con pantalones, pero...

El perro ladró. Ella no estaba preparada para resistir la fuerza del animal cuando se levantó de un salto y cargó hacia una vaca y su ternero que habían aparecido en el prado junto al camino. Notó que la correa le quemaba la mano, pero consiguió agarrarla con todas sus fuerzas.

Después de la anterior visita al rancho, Stacey le había dicho entre risas que Tyler estaba asombrado de que no hubiera provocado una estampida.

No iba a permitir que ese perro estúpido la provocara a los pocos minutos de llegar; justo cuando todo iba a ser tan diferente.

El perro siguió el ataque entre ladridos y ella perdió el equilibrio y cayó de bruces. El animal la arrastró hasta machacarle las rodillas y la cara, por no decir nada

del maravilloso traje de seda gris.

Tyler agarró la correa y tiró de ella con fuerza.

El perro se detuvo al instante y lo miró con arrepentimiento.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Tyler con más irritación que compasión.

La había agarrado del codo para levantarla.

—Estoy bien —contestó ella mientras se soltaba el brazo y miraba su traje destrozado.

—Se ha herido.

Él estaba agachado delante de ella, pero nada la había preparado para sentir la mano de él sobre la rodilla. Una rodilla que no estaba cubierta por el nylon. Él la miró.

Ella suspiró. Era un presagio. Llevaba cinco minutos con él y el desastre ya había hecho acto de presencia. Daba igual que él estuviera exactamente donde ella quería que estuviera: con la rodilla hincada en el suelo.

El motivo era muy distinto. Le miraba la rodilla con la misma expresión que pondría ante una vaca herida. Objetiva. Competente.

—Estoy bien —dijo lacónicamente ella—. Es un arañazo.

—El problema con las heridas —dijo él mientras se levantaba y daba un tirón de la correa del perro para demostrarle que seguía allí—es que hay mucho ganado por aquí y el suelo puede estar lleno de todo tipo de cosas. Tendré que desinfectarla.

No podía ser. Ella no había planeado que las cosas fueran así.

—Estoy bien —repitió ella.

—Hágame caso.

Abrió la puerta del coche y agarró la bolsa de viaje y la enorme bolsa con el material fotográfico.

—Puedo llevarlas —dijo ella.

El se alejó con facilidad.

—Yo las llevaré.

Lo dijo con una firmeza que irritó a Harriet. ¿Cómo era posible que Stacey hubiera salido tan independiente al lado de tanta arrogancia masculina pasada de moda? Quizá Stacey se hubiera rebelado ante tanta arrogancia. Su novio parecía lo opuesto a Tyler. Era liberal, artístico, amable y tenía el pelo largo.

Él se encaminó hacia la casa sujetando con fuerza la correa del perro.

El paseo le ofreció a Harriet la desafortunada oportunidad de verlo de espaldas. Una espalda ancha con cierta rigidez en los hombros producto del enfado, pero un trasero impresionante enfundado en los vaqueros desteñidos y unas piernas largas, esbeltas y fuertes. Cuando llegaron a la puerta trasera, ella estaba sin aliento y no era debido a la poderosa zancada de Tyler.

El perro caminaba junto a él y de vez en cuando levantaba la cabeza para mirarlo como si buscara su aceptación.

—Iba a instalarle en el barracón —dijo él mientras abría la puerta y se apartaba

—, pero comprendo que no sería una buena idea. Cringle dijo que estaría una semana. ¿Diría que es un cálculo acertado?

—No me importa ir al barracón. Una semana como máximo. Si todo sale bien.

¿Por qué le habría entrado esa duda? Todo le salía bien cuando se trataba de hacer fotos. Tenía experiencia en hacer fotos muy buenas en todo tipo de condiciones.

—Estoy seguro de que a los muchachos tampoco les importaría compartir el barracón con usted, pero puede quedarse en el dormitorio de mi hermana pequeña.

Lo dijo con la autoridad de quien no espera réplica.

Ella estuvo tentada de insistir en el barracón. Podía decirle que ya había lidiado bastante con otros muchachos. Que en las zonas de guerra se aprenden muchas cosas. Pero no lo hizo al notar cierta debilidad en su coraza cuando mencionó a su hermana pequeña.

Esa era la parte de él que quería captar con la cámara. El lado íntimo. Tendría más oportunidades de conseguirlo si se alojaba bajo el mismo techo que él.

Ató al perro al picaporte de la puerta y la siguió dentro de la casa.

—Ahí está el cuarto de baño —dijo él mientras dejaba caer la bolsa—. Traeré el botiquín.

Ella le dio las gracias cuando en realidad quería haberlo mandado al infierno. Agarró la bolsa, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Se quitó las medias y se miró la rodilla.

Había sido corresponsal de guerra durante dos años sin haber tenido un solo arañazo.

Se miró en el espejo. El traje estaba destrozado. Se lo quitó y abrió la bolsa. La primera impresión ya estaba dada. Esperaba que los primeros treinta segundos fueran más importantes que el resto, pero lo dudaba. Se puso unos vaqueros y una camiseta. Si quería recuperar su poder, desde luego no iba a peinarse y a maquillarse otra vez por él. Se lavó la cara antes de salir del cuarto de baño.

Él estaba en la cocina revolviendo en una caja' blanca con una cruz roja. Ni siquiera la miró.

La cocina seguía igual que siempre. Era una habitación normal y corriente que cumplía su función.

Sin embargo, también albergaba recuerdos. Cuando ella y Stacey lo dejaron todo hecho un asco al hacer masa de pizza y Tyler llegó del trabajo sucio, sudoroso y excitante hasta decir basta. Entonces, él rompió el hielo diciendo que olía de maravilla y que no podía esperar a probarlo. Recordaba cuando jugaba a las cartas con Stacey en la vieja mesa. Él intentó demostrar cansancio y se encogió de hombros, pero acabó sentándose con ellas después de que Stacey se lo suplicara y les enseñó a jugar al póquer. Más tarde, una vez vencida la resistencia, les enseñó otro juego de cartas.

No recordaba ni las reglas ni la puntuación, pero recordaba que había que ponerse la carta en la frente sin verla para que los demás jugadores la vieran.

Podía recordar las risas que llenaron la habitación y que borraron el cansancio del rostro de él. Su risa le hacía más joven y humano.

—¿Está bien?

Él la miraba atentamente.

—Sí —dijo ella—. Ya le he dicho que solo ha sido un arañazo.

Aunque ella sabía lo profundo que podía ser un arañazo. Él se lo había hecho en su corazón inexperto hacía cuatro años.

—Siéntese aquí, señorita Snow.

—Llámeme Harrie.

—No creo que pueda.

Ella se sentó en la silla que le había acercado él.

—No puedo mirarla y llamarla Harry.

Él se arrodilló delante de ella sin ningún reparo y con el botiquín al lado. Le levantó la pernera de los vaqueros sin haberse dado cuenta, aparentemente, de que se había cambiado de ropa. Ella se sujetó a la silla como si estuviera en un avión a punto de despegar.

—Me parece bien, señor Jordan. ¿Podrá llamarme señorita Snow?

El se encogió de hombros y no le propuso que le llamara Tyler.

Harriet miró la cabeza de cabellos negros y sedosos y se preguntó si seguiría conservando algo de aquel muchacho risueño.

—No voy a hacerle daño —dijo él que se había dado cuenta de que ella tenía los nudillos blancos de aferrarse a la silla.

—Gracias. Lo sé.

Ni siquiera la había tocado todavía.

Cuando llegó el contacto, fue tal y como ella había temido.

Era firme y extremadamente competente. La piel de la palma de la mano le rozaba la parte inferior de la rodilla mientras le limpiaba el corte. Era como cuero, era la mano de un hombre que trabajaba al aire libre, que llevaba riendas, que conducía grandes camiones y arreglaba cercas.

Sin embargo, el contacto fue delicado y cuidadoso.

Era un hombre muy considerado. Era un hombre que ya había cuidado de rodillas arañadas y de brazos rotos.

—Ya está. Creo que he limpiado toda la tierra —dijo él mientras la inspeccionaba con atención.

Sopló en la herida y ella tuvo que cerrar los ojos ante el cosquilleo que sintió en el estómago y el deseo de inclinarse y decirle que la besara.

Le aplicó yodo con una varita con cabeza de algodón. Afortunadamente, no fue necesario el contacto directo y ella pudo rehacer todas sus defensas.

Hasta que cortó una gasa y la colocó alrededor de la rodilla con una mano cálida mientras con la otra le puso un esparadrapo. El contacto de las yemas de los dedos hacía que ella sintiera como fuego líquido sobre la piel.

—Resuelto —dijo él mientras le bajaba la pernera del pantalón y se levantaba.

Harrie no sabía si se alegraba o lo lamentaba.

Era una de las situaciones más eróticas que había vivido en su vida, lo cual resumía bastante bien la espantosa suerte que había tenido con el sexo contrario, incluido su ex marido.

—Gracias —dijo ella después de haberse levantado y secado las sudorosas palmas de las manos en los vaqueros—. Estoy bien. No era necesario. Ha sido muy agradable, pero no era necesario.

Notó que se ponía colorada. ¿Por qué había dicho agradable?

—Quería decir amable —soltó ella—. No agradable.

Ella notó que a él le divertía toda esa explicación, y que empezaba a comportarse con la misma torpeza que hacía cuatro años. Tenía que dominarse.

—Lo he hecho pensando en mí mismo, señorita Snow. No tengo interés en que enferme en mi casa.

Ella tuvo la sensación de que volver allí no había sido una buena idea. Él hacía todo lo posible por resultar desagradable.

—Muy bien, en ese caso, vamos a trabajar, señor Jordan. Como sabe, tengo que conseguir crear ambientes que reflejen las cuatro estaciones del año. Había pensado aprovechar la chimenea para diciembre.

—¿Cómo sabe que tengo chimenea? —preguntó él.

Ella debería haber sabido que eso ocurriría antes o después. Que ella dejaría ver que conocía esa casa y a él más de lo que se suponía.

—Su hermana me lo dijo —mintió con desenfado—. Preparamos un poco el reportaje en la oficina.

Notó un brillo en los ojos de él y comprendió que no le había gustado que hablaran de él en la oficina. Ese era el problema de las pequeñas mentiras.

Ella había sido siempre una mentirosa muy mala y pudo comprobar por la mirada de él que no había mejorado nada en ese aspecto.

—Me limitaré a seguirle con la cámara —dijo ella—. Haga lo que hace normalmente. Ni siquiera se dará cuenta de que estoy ahí.

—En este momento, suelo darme una ducha —dijo él arrastrando las palabras y sin dejar de mirarla.

Ella lo miró y tragó saliva. Notó una oleada de calor que le recorría todo el cuerpo.

—¿A mitad del día? —consiguió decir ella con una especie de chillido.

—Solo pretendo dejar claro que tengo una intimidad, señorita Snow. Yo le diré cuándo puede sacar fotos.

Ella no estaba dispuesta a que él se saliera con la suya.

—No sé, señor Jordan, quizá una foto vaporosa en la ducha vendiera muchos calendarios.

Se ruborizó y estropeó todo el efecto. Tragó saliva y se miró los pies.



Ella vio que las botas de él entraban en su campo de visión. Ella no levantó la cabeza, pero notó que la mano que había conocido gracias a la rodilla le rozaba la barbilla.

Ella levantó la cara y no apartó la mirada mientras él la observaba burlescamente.

—No juegue con fuego, señorita Snow.

¿Qué podía haber más bochornoso que sentirse abochornada por algo tan inofensivo cuando era una mujer adulta?

Algo había cambiado en los ojos de él. Mostraban cierto desconcierto.

Estaba casi segura de que él la había reconocido y si no, algo le daba vueltas en la cabeza.

—Deberían haber mandado a un hombre —dijo él. Ella se sintió ofendida.

—Resulta que hago bien mi trabajo. Para que lo sepa, he sido corresponsal de guerra. He vivido en barracones con hombres y en condiciones muy difíciles.

—¿De verdad? —tenía los ojos entrecerrados como si no creyera ni una palabra.

—De verdad —dijo ella con frialdad—. Además, las mujeres hacemos mejores fotos de los hombres, por motivos evidentes.

—No sé qué tienen de evidentes. ¿Podría explicármelos?

—Se trata del pavoneo típico de los hombres. De las ganas de demostrar lo grandes y fuertes que son.

Él la miró fijamente y se le tensó un músculo de la mandíbula.

—¿Hay alguna posibilidad de que se vaya de aquí antes de una semana?

—Su colaboración ayudaría mucho.

—¿Sabe montar a caballo?

Era la pregunta que más temía. Ella se había caído del caballo la última vez que estuvo allí. Era la primera vez que montaba a caballo y no había sido culpa del animal.

Tyler iba el primero y lo seguía Stacey. Ella iba la última y estaba completamente absorta enfocándole con su cámara para captar ese momento.

Se cayó y se rompió el brazo.

La humillación hizo que aprendiera a montar cuando la destinaron a Inglaterra el año siguiente. En realidad, nunca le había gustado. Podía ir al paso, al trote y al galope, pero el profesor le dijo lo que ya sabía.

Ella se lo repitió al Tyler.

—Me defiendo con lo más elemental, pero no tengo buenas posaderas.

Ella notó que él desviaba la vista a la zona en cuestión y vio la réplica en sus ojos. Sabía que se lo había puesto muy fácil.

Sin embargo, al parecer, ya no le divertía sonrojarla porque no dijo nada. El seguía mirándola desconcertado cuando un estruendo retumbó en toda la casa seguido de aullidos y bisagras que se rompían.

Tyler salió corriendo hacia la ventana de la cocina y ella lo siguió.

Basil atravesaba el patio a toda velocidad con la puerta de la cocina atada a la

correa.

Tyler soltó una ristra de insultos que habrían ruborizado a un marinero y se precipitó hacia la puerta. Ella agarró la cámara, pero tuvo que pararse para ponerse los zapatos. Luego se unió a la persecución. Eso le gustaba más. Era como estar en una zona de guerra.

## Capítulo 3

ERA la sensación que Tyler Jordan odiaba más. Detestaba estar fuera de control. Notaba que la ira le hacía hervir la sangre mientras corría detrás del perro.

Del perro que había llevado ella.

Una mujer, cuando debía haber sido un hombre.

Pavoneo masculino. Como si él fuera un pavo que estuviera allí para que ella se divirtiera.

Sería mejor que ella lo entendiera rápidamente. El Bar ZZ era propiedad de Tyler Jordan, eran sus dominios y él estaba decidido a no cambiar su forma de vida para adaptarla a ese estúpido calendario.

Su hermana y el propio Cringle le habían prometido que nada le alteraría la vida.

El maldito perro iba derecho hacia la vaca y el ternero. Tyler aceleró y alcanzó la puerta que iba dando tumbos tras la correa del perro. Se lanzó encima con la esperanza de que eso detuviera al animal.

La señorita Snow, a quien él ni siquiera podía imaginarse como Harry, gritó algo que él no pudo entender.

Los noventa kilos sobre la puerta frenaron al perro, temporalmente. Tyler iba dando botes tumbado sobre la puerta como si fuera en una tabla de surf. Agarró el picaporte y desató la correa.

—¡Cuidado con la cara! —gritó ella y él comprendió que eso había sido lo que le había gritado anteriormente.

Él le lanzó una mirada despectiva antes de terminar de desatar la correa. Se bajó de la puerta, se puso de pie y tiró del perro, quien se dirigió hacia él con la lengua colgando y agitando el rabo de felicidad.

—Dame un beso y te corto el cuello —le avisó él.

—¿Cómo dice?

—No le hablaba a usted.

Se inclinó con la respiración entrecortada y oyó el disparo de la cámara. Se irguió y la miró fijamente.

Ella bajó la cámara y lo miró con satisfacción.

—Estaba preocupada por su cara —dijo ella—. Un ojo morado o una herida complicaría las cosas.

—Como si las cosas no fueran complicadas ya —replicó él con cierto tono de ofensa por sentirse tratado como una mercancía.

Por lo menos le había dado una solución. Si se ponía muy pesada, podía intentar domar ese caballo intratable y seguro que acababa con su indispensable rostro magullado.

Naturalmente, lo haría de noche para evitar que la humillación quedara reflejada en los calendarios y a la vista de todo el mundo.

Se dijo que solo era una semana. Doce fotos. Podía hacerlo. Lo había prometido. Aunque fuera en un momento de debilidad.

Para ser justos, aunque no tuviera unas ganas especiales de serlo, no era culpa de ella que Stacey le hubiera endosado el perro.

Tampoco era culpa suya si era hermosa. La había estado observando desde el granero mientras ella se bajaba del coche. Había observado cómo se colocaba bien el traje sedoso sobre las formas de su cuerpo; había observado cómo sacudía el pelo y se pasaba los dedos entre los rizos que parecían llamaradas por el brillo del sol.

Él pensó que se había perdido y había salido del granero para indicarle la dirección correcta. Pero al mirar el reloj tuvo la espantosa sensación de que debía de ser la fotógrafa de Francis Cringle.

En lo primero que se fijó al acercarse no fue en la estatura.

Fueron los ojos. Eran marrones con destellos verdes y dorados y brillaban con una luz que solo podía significar que serían un problema para un soltero vocacional como él.

Luego se fijó en la sonrisa. Era vacilante, casi tímida, y no encajaba con el aire refinado que ella tenía.

Esa vulnerabilidad le enfureció. Significaba que no podría ser tan perverso como quería ser.

No tenía tiempo para perderlo con mujeres. Estaba muy ocupado criando a una niña y llevando un rancho.

Le parecía que las relaciones exigían demasiado. Tiempo. Esfuerzo. Compromiso. No le quedaba nada cuando terminaba el día.

Cuando Stacey se marchó y las cosas podían haber cambiado, él ya estaba acostumbrado. No sabía cómo conocer gente y tampoco quería ir al cine y tomar a alguien de la mano. No quería sentarse a una mesa con velas y pensar en algún tema de conversación. No quería pensar en cosas como comprar flores.

Stacey, que se había convertido en una experta en asuntos amorosos a raíz de su trato con el hippy, decía que él tenía el corazón como una piedra. Pero lo decía como si tuviera algo de malo.

¿Qué tenía de malo que un hombre trabajara tanto que caía rendido en la cama? ¿Qué tenía de malo dormir profunda y plácidamente y vivir en un mundo en el que sabía exactamente lo que iba a pasar a cada instante?

Tyler Jordan estaba furioso porque su invitada llevaba menos de una hora allí y él ya había notado el profundo dolor del anhelo. Estaba furioso por haber tenido que curarle la herida y haber sentido la sedosa piel de la pierna de la señorita Snow. La rótula le había parecido algo ridículamente frágil.

Las mujeres eran seres ridículamente frágiles que no estaban hechos para ese tipo de vida, para esa soledad. A no ser que se hubieran criado allí. Pero las mujeres como esas que él había conocido, las que habían ido al colegio y habían crecido con él, también estaban atrapadas desde hacía mucho tiempo. Atrapadas en bailes, cines o

barbacoas, en sitios a los que él no había podido ir por estar demasiado ocupado o cansado.

La señorita Snow no tenía la culpa de que él hubiera elegido vivir como un ermitaño, lejos de las tentaciones que complicaban la vida de un hombre, complicaciones que hacían que perdiera el control de la situación.

La verdad era que lo que más le gustaba era el control. Si alguien le preguntaba si prefería un Ferrari rojo último modelo o que las cosas fueran iguales un día tras otro, él elegiría lo que ya tenía.

Una vida de trabajo al aire libre con animales, la libertad de no tener un jefe, la visión del ganado que pastaba en las oscuras laderas de las montañas cuando se despertaba a las cinco todas las mañanas.

Por eso le había irritado haber tenido una reacción tan masculina cuando le había tocado la rodilla, y eso le hizo poner a prueba los límites de su dominio, y del de ella, haciendo el comentario de la ducha.

Ella se puso tan colorada que pensó que tendría que ir por el extintor.

El problema era que había pasado solo demasiado tiempo. Stacey tenía razón. Era irritable y un maniático del dominio de sí mismo y había pocas posibilidades de que fuera a cambiar.

Ella era una mujer hermosa y él un hombre. Seres humanos, al fin y al cabo.

Pero si quería conservar el control de su vida al acabar esa semana, reconocer eso sería el fin de sus propósitos.

Estaba dispuesto a mantener el control de todo, a pesar del perro y de la fotógrafa. Hizo el menor caso que pudo y a los disparos de la cámara y arrastró al perro hasta el patio, donde lo ató a un grueso poste de la luz. Ya había atado caballos allí y si ellos no lo habían tirado, dudaba que el perro fuera a hacerlo.

Se volvió hacia ella.

—Tengo que ir a ver el ganado. Voy a ir a caballo. ¿Puede montar? Yo no tengo tiempo para ocuparme de usted.

—Puedo montar —dijo desafiantemente—. Siempre que el caballo no sea muy nervioso —añadió después de meditarlo un poco.

—Bueno... sería Negrita. Ha desmontado a todos los vaqueros de la zona. Su nombre completo es Negra Mortal.

Ella palideció y él no pudo evitar sentir cierto remordimiento.

—Era broma —dijo él.

—Ah, bueno.

Él se dirigió hacia la cuadra y comprobó que ella le seguía el paso con sus larguísimas piernas. Agarró a Mikey, su montura. Ella sacó una foto. Él le lanzó unos arreos con la esperanza de que eso impidiera que siguiera con su trabajo.

—Aquél —dijo él señalando a una vieja yegua que mascaba tranquilamente.

Tyler la observó con atención. Estaba decidida a no demostrar lo nerviosa que estaba, pero él sabía cuándo alguien estaba nervioso por un caballo. El levísimo paso

atrás en vez de adelante, la duda casi imperceptible, la voz suave y cantarina pero un poco entrecortada.

Sin embargo, sabía poner los arreos, lo cual era mucho más de lo que él esperaba. Además, Negrita era paciente e indulgente, cualidades que él no tenía.

La acompañó hacia la cuadra e hizo un gesto para que metiera el caballo en el primer establo. La miró con ojos críticos mientras ella hacía un nudo de colegiala aplicada con las riendas y pedía los utensilios de limpieza.

Lecciones. Estaba seguro de que había recibido lecciones. La dejó a lo suyo y llevó su caballo al establo contiguo para poder vigilarla por encima de la separación. Cuando Negrita ya estaba medio dormida por el vigoroso cepillado, él se dio la vuelta para no pensar en el aspecto de ella.

Ya había conseguido concentrarse en sus propios pensamientos cuando vio un destello. Su caballo dio un brinco, pero afortunadamente tuvo el detalle de hacerlo hacia el otro lado y no aplastarlo contra la separación de los establos. Mikey se giró y la miró con los ojos en blanco.

—Lo siento —dijo ella horrorizada y con las larguísimas piernas a horcajadas sobre la separación.

—Creía que le había pedido que me avisara cuando fuera a hacer eso.

—Pero yo quiero fotos espontáneas.

—¿De un hombre muerto?

—He pedido perdón y no creo que esté muerto. Por lo menos sigue hablando.

Él tuvo que darse la vuelta precipitadamente para que ella no viera la sonrisa que se le había dibujado en los labios contra su voluntad.

—Mire, un novato puede ser muy peligroso en un rancho. Avíseme si va a usar el flash —eso lo dijo sin rastro de sonrisa en el tono.

—A sus órdenes.

Había cierto sarcasmo en su voz y él notó una punzada. ¿Por qué? Ya la había notado otra vez cuando ella dijo lo de las posaderas para montar y se había ruborizado. Entonces él no pudo replicarla y tuvo la misma sensación.

Había intentado identificarla, pero no lo había conseguido. Era como si le recordara a alguien, pero los hombres no solían olvidarse de mujeres como esa.

—¿Qué le parece si en vez de asustar a los caballos se limita a prepararlo?

Y de paso quitaba esas piernas de su vista.

—A sus órdenes —repitió ella.

Él terminó mucho antes que ella y miró por encima de la separación para ver cómo lo hacía. No podía disimular que lo había aprendido en unas lecciones. Observó cómo ella sacaba su pañuelo del bolsillo y quitaba el polvo de la nariz de Negrita ante el espanto de esta.

El dejó una silla encima de la separación.

—¿Puede hacerlo sola?

—Naturalmente —dijo ella con una confianza absoluta.

Pero la mirada que echó a la silla reflejaba ciertas dudas. Él permitió que ella luchara con la silla durante más tiempo del que se permitiría un caballero.

Pasó al establo de ella.

Nunca se había dado cuenta de que los establos fueran tan estrechos, pero entonces lo comprobó. No había espacio para maniobrar sin estar en contacto con ella, sin oler el suave aroma que emanaba, sin sentir la calidez en el hombro cuando rozaba el brazo de ella.

Apretó la mandíbula y le mostró el nudo de la cincha. Lo deshizo y la observó mientras ella volvía a hacerlo.

El aroma de ella parecía más intenso al mezclarse con los olores de la cuadra y el olor de Negrita. Le hizo un cosquilleo en la nariz, un cosquilleo delicado y femenino.

Intentó reconocer aquel aroma y decidió que era como el de la madreSelva que crecía en el borde del porche, pero más sutil y mucho más sensual.

—No está lo suficientemente fuerte. Hágalo otra vez.

El tono fue cortante y firme; como el de un sargento que se dirigía hacia un novato. Lo fue porque intentaba defenderse de su aroma.

No hizo caso de la mirada de impotencia de ella y le obligó a hacer el nudo media docena de veces. Lo hacía por su bien. Tenía que estar completamente seguro de que la silla no se daría la vuelta si ella no mantenía bien el equilibrio. Además, ¿qué más daba si él no tenía la paciencia como para ser diplomático? Él era un vaquero, no era un profesor de primaria. Su profesión no exigía diplomacia.

Intentaba convencerse de que era por la seguridad de Harrie, pero cuando vio que los ojos de ella brillaban de ira, comprendió la verdad. Era por su propia seguridad. Quería mantenerla a distancia. Un hombre podía soportar difícilmente ese aroma a madreSelva antes de tirar por tierra su intención de mantener el control.

Le enseñó a poner la brida, sacó fuera al caballo y la obligó a hacerlo ella.

Negrita, como cualquier caballo, olía de lejos a los novatos y decidió complicar un poco las cosas a la señorita Snow. Tyler decidió no ayudarla y la observó con los brazos cruzados sobre el pecho.

En honor de la verdad, había que reconocer que la señorita Snow no se amilanó ni le pidió ayuda.

Ataron los caballos a un poste y él le enseñó a comprobar las pezuñas. Cuando terminaron de hacerlo, ella tenía unas pequeñas manchas de sudor debajo de los brazos, lo cual hacía que oliera mejor. También tenía manchada una mejilla y el pelo bastante alborotado.

No era la mujer refinada que se había bajado del coche.

Con unas piernas tan largas no debería haber tenido problemas para montarse en Negrita, que era más bien baja, pero los vaqueros eran demasiado nuevos y no se doblaban bien en la rodilla. O quizá fuera que la rodilla no se doblaba bien por la herida.

Fuera cual fuese el motivo, él no iba a ayudarla en eso.

Si le ponía una mano en las posaderas, todo su mundo se haría añicos. Observó cómo se montaba a duras penas, cómo tomaba las riendas con ambas manos, al estilo inglés, y cómo se dio cuenta de que el caballo seguía firmemente atado al poste.

Por primera vez, ella lo miró suplicante y él pudo notar cuánto le costó hacerlo.

Tanto como le costó a él no darse por enterado. Su madre siempre le había dicho que había que empezar las cosas tal y como quisiera que fuesen a continuación y él no pensaba ser su sirviente durante una semana. Él se montaba y desmontaba del caballo muchas veces durante el día. Tenía que estar convencido de que ella podía hacerlo por sus propios medios.

Si no podía hacerlo, sería una buena excusa para mandarla de vuelta.

Ella desmontó, desató el caballo y volvió a subirse a la silla. Nada más hacerlo dio un grito al comprobar que se había dejado la bolsa con la cámara en el suelo, pero a la tercera vez de repetir la operación, ya lo hacía con más facilidad.

Él sabía montarse dando un salto por detrás, como lo hacían en las películas. Le espantó haberlo pensado siquiera. Era el típico pavoneo masculino.

Puso un pie en el estribo y subió lentamente, todo lo lentamente que pudo.

—¿Puedo usar el flash?

—Estamos en el exterior.

—Es un flash de relleno —dijo ella como si él fuera a entender lo que decía.

Tyler asintió con la cabeza con aire de haberlo entendido y se preguntó si eso no sería una variante del pavoneo masculino.

Soltó las riendas con la esperanza de que Mikey lo tirara al suelo de bruces. Eso sería el fin de la presencia de la señorita Snow y del molesto descubrimiento del pavoneo masculino.

Mikey no se movió para que sacara la foto.

—No me pida que sonría —dijo Tyler.

—No se preocupe. Las fotos deben parecer naturales.

Él frunció el ceño sin estar muy seguro de por qué le molestaba que ella aceptara la imagen que él transmitía. Ella hizo la foto del gesto malhumorado y él se puso en marcha mientras ella hacía lo posible por guardar todo el material. Después de unos segundos, pudo oír a Negrita detrás de él. No se volvió para mirar.

—¿No se usan todoterrenos y motocicletas en los ranchos? —preguntó ella cuando se pararon en la primera cerca:

Él la miró y vio que ella se frotaba el interior de la rodilla.

—Algunos lo hacen.

Tyler cruzó la cerca e hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo y él pudiera cerrarla.

La cerca era de madera y había que engancharla a un lazo de alambre. Tuvo que tirar de ella con fuerza y, oyó el sonido del disparador mientras hacía el esfuerzo. El no podía comprender que veía de interesante en esa actividad concreta. La miró desde debajo del sombrero.



Ella tenía la cámara delante del ojo y apuntaba al brazo de él.

Él se miró los músculos en tensión. Se había imaginado que aborrecería esa experiencia, pero nunca supuso que lo haría tanto. Cerró la puerta de golpe antes de caer en la tentación de demostrarle todo lo grande y fuerte que era y se montó en el caballo sin alterar el gesto.

—Pero usted no usa vehículos —dijo ella.

—No.

—¿Por qué?

—Lo verá dentro de poco ¿Está tomando fotografías o escribiendo un libro?

La miró y comprendió que ella solo intentaba ser amable y hablar de algo.

Él no quería hablar con ella.

Llevaban veinte minutos cabalgando cuando vieron un rebaño de vacas y terneros al otro lado de una ondulación del terreno.

—¿Lo ve? —dijo él—. Por esto no me gustan los vehículos.

Él señaló y se fijó en la cara de ella cuando vio que había un ternero sobre la hierba justo delante de ellos. Pareció iluminarse.

—Oh —Harrie tomó aire—, es precioso.

Él no podía negarlo, aunque volvió a tener esa sensación al ver cómo se le iluminaba el rostro.

La extraña sensación de conocerla cuando sabía que no la conocía.

Avanzaron entre el rebaño y él comprobó detenidamente las vacas que habían parido desde que él había estado por la mañana. Afortunadamente, no había habido ningún problema.

Pero cuando la miró a ella supo que los problemas eran de distintos tipos y tamaños y que un problema había entrado por la puerta de su casa.

Pensó en la posibilidad de volver a galope tendido. Lo bueno sería que la mantendría callada y lo malo que podría considerarse como una forma de pavoneo masculino.

Se puso en marcha hacia la casa, lentamente y escuchando el disparador de la cámara por detrás. Se dio la vuelta para mirarla con la idea de que nadie podía encontrar interesante la fotografía de una espalda. ¿Qué tipo de fotógrafa era esa?

Ni siquiera lo miraba. Tenía la cámara enfocada en un ternero recién nacido y luego en las sombras humeantes de las montañas que empezaban a cambiar de color con la luz.

Miró durante más tiempo del aconsejable. Lo suficiente como para ver que estaba maravillada, que aspiraba profundamente el aire puro y lo expulsaba con deleite.

La miró durante el tiempo suficiente como para darse cuenta de que una semana podría pasar a ser la unidad de tiempo más larga que había conocido.

Tres días después, Tyler Jordan supo que nunca había tenido un pensamiento más

acertado. Ella era hermosa, pero lo que hacía que fuera imposible mantener la calma era su sensación de admiración. Ella disfrutaba como una chiquilla por cosas que él daba por sentadas. Además, tenía sentido del humor. Hacía que él se riera, aunque intentara disimularlo. Era enérgica e ingeniosa y cuanto más le gustaba, más intentaba él fingir lo contrario.

Era la tercera noche que pasaba bajo el mismo techo que ella. Estaba en la cama y escuchaba los sonidos que hacía ella al otro lado de la pared. Tyler comprendió que se habían acabado los días de quedarse dormido nada más meterse en la cama.

Intentaba culpar al perro que estaba atado fuera y no paraba de ladrar. Al parecer, Basil no estaba acostumbrado a que lo dejaran fuera y después de tres noches no daba señales de que fuera a ceder. Seguramente, estaría furioso por no poder acceder a la nevera cuando quisiera. Además, no entendía lo que quería decir «cállate».

Tyler miró al reloj que tenía en la mesilla y se tapó la cabeza con la almohada.

Era la una.

La almohada no mitigó lo más mínimo los ladridos del perro. Tampoco mitigó el problema real.

En el dormitorio contiguo al suyo había una belleza de piernas largas, pelo rojo como una hoguera, unos ojos marrones impresionantes y una figura que le secaba la boca.

Una mujer que debía de ser mundana. Al fin y al cabo, había aceptado quedarse bajo el mismo techo que un hombre al que no conocía.

Un hombre que no tenía nada de mundano.

El perro dejó de ladrar. Tyler contuvo la respiración. Quizá Basil se hubiera dormido. Harry era un nombre que podía corresponder al perro, pero ¿a ella...?

El nombre era feo y ella era hermosa. El nombre era masculino y ella era femenina. Estaba seguro de que no era su nombre verdadero.

Sería un apodo que le habían puesto en las zonas de guerra.

Cuando se lo dijo la primera vez estuvo a punto de echarse a reír. ¿Ella en una zona de guerra? Ella parecía delicada. No tenía rastros de rudeza.

Hasta qué la vio trabajar con la cámara. No le importaba nada ensuciarse hasta arriba para conseguir la foto que quería.

La cámara no dejaba de disparar. Él podría haberse olvidado de que estaba allí si no fuera porque ella estaba detrás cambiando objetivos y películas, midiendo la luz, subiéndose a cercas o arrastrándose por el suelo.

La llevó al barracón para comer y que conociera a los demás trabajadores. Tenía tres empleados que habían estado con él desde hacía mucho tiempo y Tyler creía que cualquier mujer que creyera en el encanto de los vaqueros tenía que conocerlos. Pete y Slim eran dos gemelos de mediana edad. Eran calvos y les faltaban dientes y eran tan atractivos como el barro. Los dos mascaban tabaco sin parar, juraban para empezar todas las frases que pronunciaban y no creían que bañarse con regularidad fuera ni higiénico ni necesario.

Los dos valían su peso en oro para el rancho.

Como el viejo Cookie. Ya no podía hacer muchos esfuerzos y dedicaba toda su energía al viejo horno del barracón. Hacía distintos tipos de pan, galletas, pasteles o bollos para acompañar a las chuletas que preparaba todas las noches. Tyler siempre acudía a la sabiduría de Cookie cuando quería un consejo sensato y anticuado sobre asuntos de vacas.

Al ver a la señorita Snow entre esos hombres, Tyler admitió la posibilidad de que hubiera estado en zonas de guerra. Ni siquiera arrugó la nariz ante Pete y Slim y ganó tres veces seguidas a Cookie al ajedrez.

Se los ganó al sacar un montón de fotos de sus espantosas caras y al bromear con ellos con una tranquilidad que no había mostrado con Tyler.

Se dijo a sí mismo que no quería pensar en ella. No quería hacerlo. Solo quería que el perro se tomara un respiro para que él pudiera quedarse dormido.

Se quitó la almohada de la cabeza, escuchó y respiró profundamente.

El perro volvió a ladrar.

Lanzó un juramento, se bajó de la cama y se puso los vaqueros. Mataría a Stacey la próxima vez que la viera. El perro. La mujer. El maldito calendario. Todo encajaba y todo era culpa de Stacey.

Salió y se chocó con ella en medio de la oscuridad.

Se quedaron en el vestíbulo demasiado cerca el uno del otro. Se ordenó dar un paso atrás y quitarle la mano del brazo, pero no lo hizo.

—Oh —dijo ella en un susurro como si temiera despertar a alguien—. Iba a hacer algo con ese perro. Está volviéndome loca.

—Yo también —aunque el perro le había desaparecido de la cabeza repentinamente.

Lo que estaba volviéndole loco era el delicado aroma de ella y el brillo de los ojos.

Notaba una piel suave bajo la yema de los dedos.

La soltó a regañadientes y dio un paso atrás.

—¿Qué pensaba hacer?

—Meterlo en mi habitación. ¿Y usted?

Él pensó que no ganaría muchos puntos si le mencionaba la escopeta que tenía detrás de la puerta de la cocina.

—Iba a darle algunos huesos para que los royera.

Se quedaron en el vestíbulo sin moverse.

—Bueno, entonces, le dejo que se ocupe de él —dijo ella.

Ella llevaba una bata de seda muy corta. Él podía notar que los pechos le subían y bajaban. Tenía los labios carnosos y brillantes como si hubiera pasado la lengua por ellos. Sintió el disparatado deseo de besarla.

Él se inclinó hacia ella como llevado por unas cuerdas invisibles. Ella se inclinó hacia él. Los labios se tocaron.

Era como el paraíso y el infierno a la vez. El paraíso porque el sabor de los labios era dulce y seductor, como el olor a madreselva que tenía ella.

Él sabía que si mordía la pequeña base de una flor de madreselva, su boca se llenaba con el sabor de la miel más dulce y que lo atormentaría haciéndolo desear más.

Ese pequeño beso había conseguido lo mismo.

Esa era la parte infernal. Ese beso tuvo una inocencia que a él le pareció insondable. Ella lo miraba con unos ojos inmensos. Él podía ver que temblaba. Ella se llevó un puño a la boca y lo mordió como si así fuera a dejar de temblar.

El gesto lo dejó helado. Él la miró fijamente y volvió a tener esa sensación extraña, más fuerte que nunca.

Alguien se había mordido el puño como lo había hecho ella. Cuando se secó el pozo. Cuando los terneros desaparecieron en dirección a High River.

—Harriet —gruñó él—. Harriet Pendelton.

Ella se rió nerviosamente y él se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes. La risa era inconfundible.

—Muy crecida —dijo ella como si eso hiciera que lo sucedido no tuviera importancia.

Como si por algún motivo significara que podían continuar.

Ya. Era la amiga de su hermana. Podía tener ochenta años y estar en una mecedora que eso sería lo que él vería siempre.

Una niña.

Fuera de sus límites.

La semana, aunque ya hubiera tachado tres días del calendario, se le presentó repentinamente como algo interminable, una eternidad.

Sin embargo, la misión se había hecho más sencilla: pasaría los cuatro días que quedaban sin volver a mirarla a los labios porque no eran los labios de una niña. En realidad, el cuerpo tampoco era el de una niña.

Le irritó que ella no le hubiera dicho quién era para que él hubiera podido prepararse mentalmente.

Ya ni siquiera podría ser un poco malvado con ella. Dijo un improperio entre dientes y se dio la vuelta para ir por el perro.

## Capítulo 4

SHHH... No ladres. Te traeré una galleta.

Harriet oyó a Tyler que llevaba furtivamente al perro por delante de su dormitorio. Miró el reloj de la mesilla y gruñó. Eran las cinco y media.

Tyler intentaba salir de la casa sin despertarla. Después de lo que había ocurrido la noche anterior, seguramente querría ensillar un caballo y salir corriendo a México como el protagonista de una vieja película de vaqueros.

¡No iba a consentirlo! Se levantó de la cama.

De repente, desaparecieron todos los esfuerzos que él estaba haciendo por no hacer ruido. Oyó un bramido en el piso de abajo, y después una ristra de cinco palabras que no había oído jamás, ni siquiera en las zonas de guerra, y en un tono que helaba la sangre.

Se puso los vaqueros. Le habría gustado elegir la ropa con más cuidado esa mañana, pero si no se equivocaba, el primer ruido era de cristales rotos. Sacó un jersey de la maleta y al mirarse fugazmente en el espejo se sorprendió al ver su aspecto. No había ojeras y el pelo no estaba demasiado desordenado. No parecía ni la mitad de cansada de lo que se sentía.

En realidad tenía como una especie de resplandor y un brillo en los ojos que le hacía parecer descansada y preparada.

¿Para qué estaba preparada?, se preguntó a sí misma.

«Para recibir más besos», le contestó una vocecilla en su interior.

¡Ni hablar! ¡Ni pensar en ello! Decidió que no diría ni una palabra de lo ocurrido a Tyler Jordan y que no volvería a pensar en ello. Estaba zanjado. Si quería conservar la salud mental, no volvería a ocurrir.

Apenas había sido un beso. Como mucho un mero roce de los labios. Aunque aquello iba a servirle para demostrarse que Tyler Jordan no tenía ningún efecto sobre ella.

«¡Ja!», volvió a contestarle la dichosa vocecilla.

Se dio cuenta de que estaba pensando en ello aunque había decidido no hacerlo y se dijo con firmeza que no podía ser una tonta romántica. Volvió a mirarse en el espejo y se pasó una mano por el pelo. Luego se lo cepilló.

Se dijo que preocuparse por el aspecto de una no era lo mismo que ser una tonta romántica.

Tyler estaba recogiendo trozos de cristal con la escoba cuando ella entró en la cocina. El suelo estaba lleno de leche y había pepinillos por todos lados. Un trozo de queso, todavía envuelto en plástico, estaba medio devorado. Basil estaba tumbado en el quicio de la puerta con los ojos tristes y la cabeza sobre las patas.

—Vuelve a la cama—dijo lacónicamente Tyler—. Siento haberte despertado.

Ya. Y que él se escapara a México...

—¿Qué ha pasado?

—Me dio pena anoche y lo llevé a mi dormitorio. ¿Sabes qué? También sabe abrir las puertas de los dormitorios. Al parecer ha salido para tomar un tentempié.

Ella notó que no podía evitar que se le dibujara una leve sonrisa.

—Y no tiene gracia —remató él.

Se le escapó una pequeña carcajada.

—Vamos, Tyler, sí tiene algo de gracia. Reconócelo.

Ella se agachó y empezó a recoger trozos de comida que flotaban en la leche.

—Pensé que querrías dormir después de haber estado despierta hasta tan tarde.

—¿Hasta tan tarde?

—Es una casa vieja. Las paredes son finas como un papel. Pude oírte dando vueltas en la cama hasta las tres.

—Lo que quiere decir que tú también has estado despierto.

—¿Cómo iba a dormir con todo ese jaleo? —dijo a la defensiva mientras se daba la vuelta para vaciar el recogedor lleno de cristales.

—Pero estabas dormido mientras el perro saqueaba la nevera —puntualizó ella.

—Es otro jaleo distinto. Además, a esas alturas estaba agotado. Tú tampoco lo oíste.

Ella notó un escalofrío. Él estaba iluminado por la luz tenue y pálida que entraba por la ventana. Llevaba unos vaqueros desgastados hasta ser casi blancos y deshilachados por debajo de los bolsillos traseros y una camiseta azul marino que no se había metido por dentro de los pantalones. Las dos prendas eran viejas y suaves y se adaptaban a las líneas de su cuerpo. Los vaqueros se ceñían a las piernas interminables y a la tersa curva del trasero, y la camiseta lo hacía a la ancha espalda y hombros.

Iba descalzo y a ella le llamó la atención absurdamente la intimidad de estar con él descalzo en la cocina. Era verdad que olía a pepinillos en vinagre y no a café y que él se podía cortar con un cristal roto, pero era un momento delicioso. Le habría gustado tener la cámara.

Él dejó el recogedor a un lado y agarró una bayeta del fregadero. Empezó a fregar el suelo.

—No me quedé despierto solo por tu culpa. El perro ronca, gruñe, resopla, gimotea, cambia de posición. Hace de todo para que yo piense que está dormido y poder saquear la nevera. Basil eres un perro malo.

El perro suspiró profundamente.

Tyler escurrió la bayeta en el fregadero y empezó a poner café en la cafetera.

—¿Te gusta el café fuerte?

Harriet pensó que le gustaban los hombres fuertes y el café flojo.

—Me gustará como lo hagas —dijo ella con la voz entrecortada como la de una adolescente ante el Adonis de turno.

—Sobre el beso... —dijo él tras tomar aire y afrontando el verdadero motivo por

el que los dos habían estado dando vueltas en la cama hasta las tres y media.

Ella miró las anchas espaldas de él.

—Ni lo menciones —dijo ella secamente.

En realidad, no quería oír ni una palabra, pero ¿podía tener algún significado que él lo mencionara nada más verse por la mañana mientras hacía el café y ni siquiera se había puesto todavía los calcetines?

—Has cambiado —dijo él—. No creo que haya visto a nadie que haya cambiado tanto. El pelo, las gafas, hasta los dientes.

—De patito feo a cisne —dijo ella con una ligereza forzada y dolida porque él recordara tan claramente todos sus defectos.

—Evidentemente, yo no sabía quién eras.

—Es más correcto besar a una desconocida que a alguien a quien conoces —concedió ella con una voz lo suficientemente delicada como para disimular su irritación.

Él se volvió y la miró con una ira evidente.

—No beso a las amigas de mi hermana.

—Una norma que tenía mucho sentido cuando tu hermana es una niña —dijo ella antes de darse cuenta de que podía haber sonado a proposición—. No estoy diciendo que quisiera que ocurriera. Ni que lo provocara. Ni que quiera que vuelva a ocurrir.

Esas eran el tipo de cosas que le costaron tan caras a Pinocho.

—Bien —dijo él con satisfacción—. Solo quería estar seguro de que coincidimos.

—Oh, completamente —dijo ella intentando parecer una mujer mundana—. Coincidimos plenamente.

—¿Por qué me mentiste sobre tu nombre? ¿Por qué no me dijiste quién eras?

—No te mentí sobre mi nombre. Me casé.

—¿Estás casada? —el tono era atragantado, indignado.

—Ya no —contestó ella.

—Ah. Lo siento —no parecía arrepentido, sino aliviado más bien.

—Tuve el matrimonio más corto de la historia.

Ella se sintió ridícula de querer contárselo, de querer compartirlo con él, como si él, de entre todo el mundo, fuera a entenderlo.

Él la miró detenidamente y con firmeza. Ella notaba en el brillo de sus ojos que la entendería. Ella notaba que quería que se lo contara.

Notaba también que él se debatía consigo mismo. Se encontraban en un dilema: o se acercaban o se alejaban. Él tomó aire entre los dientes perfectos y ella contuvo el aliento.

—Mira, Harriet, creo que lo mejor sería terminar con todo esto lo antes posible.

Durante un segundo eterno ella entendió mal. Ella pensó que había elegido la primera posibilidad: analizar la tensión que había entre ellos para apartarla lo antes posible y ponerse manos a la obra.

Sin embargo, comprendió que no era eso lo que él quería decir. El, como ella,

había percibido el peligro en el ambiente, la atracción sexual que había entre ellos. Había elegido alejarse de ello y centrarse en el trabajo. La quería fuera de ese ambiente y de su casa. Él tenía el pelo encrespado, como la cola de un gallo de pelea. Ella sintió la necesidad de alisárselo para ponerlo en su sitio:

—De acuerdo —dijo Harriet con un tono agudo—. Terminemos con ello.

—Entonces, dime lo que tengo que hacer para que puedas hacer las fotos del calendario y yo lo haré. Colaboración plena.

Haría lo que fuera para deshacerse de ella. Era un incordio para él. No había cambiado nada desde el verano que estuvo allí por primera vez, desde que lo vio por primera vez, desde que se enamoró por primera vez.

Salvo... que tenía un brillo distinto en los ojos. ¿Existía la más mínima posibilidad de que tuviera algún poder sobre él? ¿De que él la encontrara atractiva?

Tenía la tentación de jugar con ese poder y, quizá, una mujer más segura de sí misma lo habría hecho. Pero Harriet, segura de sí misma en casi todos los aspectos de la vida, sabía que se le daban fatal los asuntos entre hombres y mujeres.

Acabaría siendo la víctima del juego, en vez de serlo él. No podía jugar con la electricidad que había en el ambiente sin electrocutarse. Si no tenía mucho cuidado, podía salir de allí en un estado mucho peor de lo que lo hizo la otra vez.

—De acuerdo —dijo ella con tono profesional—. Me gustaría hacer la foto de Navidad la primera. Veo por la ventana que parece como si fuera a llover. La luz es mala y pueden caer gotas en el objetivo. Lo mejor sería hacer hoy las fotos de interior.

—Tengo que hacer un par de cosas y organizar a los muchachos. Me llevará una hora. Luego estaré a tu disposición.

Dio la sensación de que él se había dado cuenta de que podía malinterpretarse lo que había dicho, porque se dio la vuelta y tamborileó los dedos en la máquina de café.

—Perfecto —dijo Harriet mientras se acordaba de las horas que había pasado mirando las fotos que había hecho de él y escuchando palabras como «estoy a tu disposición»—. Yo necesitaré una hora para preparar las fotos —el tono no era el de aquella adolescente—. ¿Te importaría no afeitarte ni peinarte?

Ella sabía que cualquier mujer que viera esa cola de gallo de pelea pensaría en pasarle los dedos para alisárselo.

Tyler la miró con ojos incrédulos.

—¿Las mujeres sueñan con pasar la mañana de Navidad con un patán? No me extraña que me encuentre tan perdido con la mitad femenina de la humanidad.

—¿Te encuentras perdido con las mujeres?

—Bueno, ya sabes. No sé qué decir. Me aburro a los diez minutos de mirarlas a los ojos y tomarles la mano. Ya sabes.

Sabía que ella se sentía así, pero él... Al verlo recién levantado con las mejillas oscurecidas por la sombra de la barba y los pelos de punta, ella supo lo que él no



sabía: que ninguna mujer lo miraría y vería a un patán. Parecía seductor, misterioso y un poco peligroso. Además, una mujer no se aburriría tampoco a los diez minutos de que él la tomara de la mano y la mirara a los ojos.

Harriet tenía que captar en película la mirada con la que la miraba en ese momento. Una mirada de soslayo medio tapada por las pestañas y una mueca en la boca. Tenía que captar en película la tensión sexual que había en el ambiente sin sucumbir a ella.

—Te sorprendería saber lo que les gusta a las mujeres —dijo Harriet a la vez que intentaba que el tono no delatara cuánto les gustaba.

—Ya. Me temo que me esperan un montón de sorpresas.

Ella estaba segura de que lo sorprendería si iba hasta donde estaba él, le rodeaba el cuello con las manos y lo besaba apasionadamente.

¡Tenía que dejar de pensar en cosas así!

Tenía un trabajo que hacer, se recordó severamente. Tenía que captar su esencia y su encanto sin sucumbir a ninguno de los dos. Tenía que demostrarse que Tyler Jordan era un capricho juvenil que había superado con la edad.

—Haremos las fotos de Navidad —dijo ella con la necesidad de tomar el mando —y luego puedo hacer otras fotos en el pajar o en los establos. Cepillando un caballo o recogiendo heno. Podrían pasar por escenas invernales ya que no hay nieve.

—Los caballos no tienen la capa de pelo invernal —dijo él con cierta falta de colaboración.

—Créeme, la mayoría de la gente no lo sabe.

—Yo lo sé y no me gustaría sentirme como un idiota en miles de calendarios, gracias.

Alguien se había olvidado de darle el manual de instrucciones. Ser la jefa quería decir que se hacía lo que ella decía.

—¿Eso es lo que tú llamas colaborar?

—No puedes poner caballos con el pelo de primavera y decir a la gente que es invierno —dijo él obstinadamente—. ¿La palabra integridad no significa nada en tu mundo?

Ella parpadeó.

—¿De qué mundo hablas?

—Del mundo de las relaciones públicas —dijo él.

—¿Noto cierto desprecio?

Él se encogió de hombros.

—Sencillamente, no lo entiendo. Mujeres como Stacey y tú que emplean su energía en crear un mundo en el que los niños creen que no son nadie si no tienen la marca adecuada en sus zapatillas. Un mundo en el que los conejos venden papel higiénico. ¿Así empleas tu vida?

Ella había trabajado mucho tiempo con hombres en condiciones difíciles. Ella había dominado sus emociones. No podía entender que en ese momento estuviera a

punto de gritar.

—Mi vida no es vender papel higiénico —dijo lenta y claramente—. Es crear imágenes de una belleza perdurable.

Él pareció sorprenderse.

—Caray. No me refería a ti. Hablaba de Stacey y del hippy con el que sale. Ella podía haber hecho cualquier cosa y ha acabado en ese mundo de supercherías en el que nada es verdadero del todo.

Hablaba de Stacey. ¿La consideraba la mujer que había descarriado a su hermana y la había llevado a un mundo de supercherías?

Se advirtió de que no debía tomárselo como algo personal.

—No estamos rescribiendo el código de honor de los vaqueros —dijo con tono arrogante Harriet—. Estamos creando una ilusión. Es como trabajar en un decorado de cine. Además, el novio de Stacey no es hippy solo porque tenga el pelo largo.

—Te he ofendido —dijo él mientras la miraba con una perspicacia que le permitía ver todo lo que ella había creído ocultar—. Te lo dije. Se me dan fatal los asuntos entre hombres y mujeres.

Otra vez el asunto entre hombres y mujeres. Entre ellos. Aunque fuera la amiga de Stacey... la que la había llevado por el mal camino.

—Limitate a sonreír a la cámara —dijo ella—. Si yo hago bien mi trabajo, nadie notará que se te dan fatal los asuntos entre hombres y mujeres. Es mi especialidad; como tú has dicho. El patán más espantoso del mundo puede ser el mayor seductor con solo disparar una cámara.

—¿El patán más espantoso del mundo? ¿De verdad? —parecía gustarle la idea.

—Intenta imaginarte los próximos días como si estuvieras rodando una película.

El la miró con la mirada de patán y empezó a impacientarse porque el café no terminaba de salir. Puso la taza debajo del chorro y apagó la cafetera cuando estuvo llena.

—Volveré dentro de una hora o así —dijo mientras iba a hacia la puerta.

—¡Espera! Necesitaré... accesorios. ¿Tienes decoración de Navidad?

—Debajo de las escaleras.

—¿Calcetines? Ya sabes, para colgar en la chimenea.

Él puso los ojos en blanco.

—En el cajón de mi armario. Sírvete tu misma.

A Harriet no le importaba revolver en los cajones de su armario, pero dada la ansiedad que tenía por alejarse de ella, podía darse cuenta de que él no iba a ayudarla.

—Comeré algo en el barracón. Te invitaría, pero no creo que quieras ver a esos tipos por la mañana. Tienes cereales y esas cosas en los armarios. Considérate en tu propia casa.

Ella sospechaba que la verdad era que él no quería pasar ni un segundo más del necesario en su compañía, pero se volvería loca si tenía que adivinar si se debía a que se ganaba la vida vendiendo papel higiénico o a que la encontraba insoportablemente

atractiva.

Ella volvió a la sala después de haberse hecho unas tostadas y de haber probado el café, que era espeso, oscuro y amargo.

Cerró las cortinas y miró alrededor. Era una habitación con poca decoración, pero la butaca de cuadros azules era hogareña y alegre. La acercó a la chimenea, que era una pieza magnífica de piedra. Colocó algunas luces y trabajó hasta conseguir el suave resplandor que estaba buscando.

Fue por la caja con los adornos de Navidad. Puso una guirnalda sobre la chimenea. Era de plástico, pero ella sabía que con la luz adecuada y algunos retoques en el laboratorio parecería de verdad. Encontró papel de envolver y lazos e hizo una caja. La leña estaba en un recipiente cerca de la chimenea. Ella preparó unos leños para encenderlos en cuanto él volviera. Unos calcetines pinchados a la repisa de madera que había sobre la chimenea y la escena sería perfecta.

Con cierto nerviosismo fue al dormitorio de Tyler. Se sentía como una fisgona, como una adolescente que hacía acopio de recuerdos de él para poder utilizarlos en el futuro.

Se recordó que esa vez sería completamente distinto. Podría haberlo sido si su dormitorio hubiera exhibido poder y seguridad en él mismo; si pareciera la habitación de un hombre que hubiera podido tener a la mujer que hubiese querido. Podría haberle resultado más fácil empezar a afianzar el muro que estaba construyendo alrededor de su corazón y su mente si hubiera tenido una cama con cuatro columnas y una cómoda de caoba y todo reflejara fuerza y virilidad; si pareciera el dormitorio en el que había seducido a mil mujeres.

Pero la habitación no tenía nada de eso.

Hacía que sus palabras se quedaran cortas. Tenía que ser un espanto en los asuntos entre hombres y mujeres.

El dormitorio de Tyler era una habitación sin encanto, no tenía un ápice de atractivo. Había una cama doble hecha a la ligera con una manta gris sobre sábanas y fundas de almohada blancas. Enfrente de la cama había una cómoda decrepita. Encima de la cómoda había un cepillo y unos calcetines asomaban del cajón inferior. Esos eran todos los muebles. No había cuadros en las paredes, ni una colcha de colores, ni siquiera una alfombra para tapar el suelo de madera.

Le pareció una habitación terriblemente solitaria y le afectó mucho.

Le hizo pensar en Tyler no como en el hombre al que deseaban nueve de cada diez mujeres, sino como un hombre vulnerable que se dejaba llevar por su soledad. Además, parecía desconocer dichosamente su situación.

En el cajón superior había camisetas guardadas de cualquier manera. El cajón central estaba completamente vacío. El tercero tenía la ropa interior. Calzoncillos largos, aunque a ella eso le daba igual y no iba a ruborizarse.

Los calcetines que estaba buscando estaban al fondo y encontró algunos que eran perfectos. Eran de lana, grises y anticuados con los talones y los dedos blancos.

Después de colgar los calcetines, se apartó un poco y se sintió satisfecha. Lo único que faltaba era un tazón de chocolate caliente en la esquina de la mesilla. Un chocolate caliente de verdad habría sido un desastre porque habría derretido la crema batida, aunque, en cualquier caso, era bastante improbable que él tuviera crema batida.

Agarró un tazón grande y muy masculino de la cocina y lo llenó de espuma de afeitar. El aspecto era delicioso.

Para terminar, liberó a Basil de su exilio y lo llevó dentro. Él despreció el cuenco con comida para perros y fue directamente a la nevera. No se apartó de la puerta hasta que ella le dio un filete y al comprobar que eso no bastaba para que alegrara el gesto, le dio otro trozo del queso que había empezado por la mañana, esa vez sin envoltorio de plástico.

Luego le puso un lazo rojo alrededor del cuello y fue al dormitorio a buscar la cámara. Cuando volvió, Basil había vuelto a hacer de las suyas en la nevera y estaba lamiendo unos huevos rotos del suelo.

—Eres un perro muy malo —dijo ella mientras fregaba el desaguisado.

El perro la miró con unos ojazos desolados.

—De acuerdo —concedió ella—. Muy guapo, pero muy malo.

—¿Quién es guapo pero malo? —preguntó Tyler.

Dios mío, no hacía falta ni preguntarlo. Ella se dijo que su trabajo exigía que lo mirara tan atentamente.

Su trabajo exigía que ella encontrara en él aquello que haría que nueve de cada diez mujeres quisieran encontrarlo debajo del árbol de Navidad.

—¿Tienes un pijama? —le preguntó ella.

Él tenía el pelo mojado de estar fuera. El efecto era mejor que el de la cola de gallo. Parecía como si acabara de salir de la ducha.

—¿Pijama? —repitió él mientras la miraba como si le hubiera pedido que sacara una correa de cuero.

—Ya sabes... de franela. De cuadros.

—No uso pijama.

Harriet notó que le ardía la cara. ¿Cómo era posible que la conversación estuviera tomando un giro tan personal? Se preguntaba qué llevaría puesto en la cama y esperaba que no llevara nada, como si eso le importara.

—¿Una bata? —preguntó ella con el tono profesional y firme de una mujer a la que no le importaba lo que llevara puesto en la cama.

—Sí, Stacey me regaló una las navidades pasadas.

Al parecer, no había sido el regalo que más ilusión le había hecho.

—Yo había pedido una llave inglesa nueva —dijo él con un gruñido.

—¿Te importaría ponerte la bata encima de unos pantalones cortos? Sin camisa

—¿Vas a comprobar si los llevo? Los pantalones.

Estaba siendo intencionadamente perverso.

—Recuerda que soy una amiga de Stacey —le recordó ella con delicadeza mientras él iba a su habitación y cerraba de un portazo.

Volvió al cabo de unos minutos, vestido como le había pedido y con el ceño fruncido.

—Es una estupidez —dijo él mientras se dejaba caer en la butaca junto a la chimenea.

La bata era de felpa, blanca y larga. Tenía una capucha. Era evidente que no se la había puesto nunca. Le daba un aspecto irresistiblemente erótico; solo faltaba que ella consiguiera que dejara de fruncir el ceño. Ella encendió una cerilla y la acercó a los leños que había preparado. Luego lo rodeó y se colocó detrás de la cámara.

—Tyler, sería estupendo que parecieras... contento.

—¿Así?

Curvó los labios, pero seguía con el ceño fruncido y con mirada de impaciencia.

El Tyler colaborador era mucho peor que el no colaborador.

—Abre este paquete —le dijo ella mientras se lo daba—. Imagínate que es la llave inglesa.

Ella encuadró. Era precioso. El fuego al fondo; el perro y el chocolate en primer plano; la bata que se abría por encima del cinturón y dejaba ver el vello del pecho desnudo; el cabello sobre la frente y él inclinado sobre el paquete.

Pero la expresión de la cara era rígida y amarga.

El fuego ardía con fuerza y empezaba a hacer un calor insoportable en la pequeña habitación. Daba igual lo que ella hiciera, no conseguía que él sonriera convincentemente. Cuanto más calor hacía, más sombría se tornaba la expresión de Tyler.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella—. Es Navidad. Pon cara de felicidad.

—Claro. Nunca he estado más feliz en mi vida. Estamos a treinta y siete grados y cada vez hace más calor. El perro no digiere muy bien los pepinillos y el queso. Que lo sepas. No hay llave inglesa. Me siento ridículo con la bata. ¿Cómo puedo parecer feliz?

—¡Puedes fingirlo!

Aunque ella sabía que no podía. Era sencillo; un hombre sin fingimientos.

Cuanto más fingía felicidad, más se alejaba de lo que ella buscaba.

—Necesito un descanso.

Había estado quince minutos y había desenvuelto el paquete tres veces. Se quitó la bata.

El pecho y los brazos le brillaban con una leve capa de sudor.

Llevaba unos calzoncillos largos de cuadros y era el hombre más excitante del mundo. Ella lo observó a través del objetivo mientras él alargaba el brazo para tomar la taza de chocolate. La tensión de los músculos la tenían hipnotizada.

—Tyler no...

Demasiado tarde. El dio un trago. Se puso bizco y la miró con odio, luego escupió

la crema de afeitar y se limpió los labios con la mano.

—Quieres envenenarme.

Tiró al suelo el tazón. Basil se levantó y lamió los restos de crema de afeitar, luego se relamió y eructó lleno de satisfacción.

Tyler se sentó y pareció quedarse paralizado un momento. Luego se volvió muy lentamente y la miró.

Le quedaba un poco de crema de afeitar sobre el labio superior que parecía crema batida. El papel del envoltorio estaba a sus pies. El fuego crepitaba alegremente y Basil olisqueaba el tazón.

De repente, sucedió lo más increíble. Tyler sonrió.

Click. En una fracción de segundo, había sacado la foto de Navidad. Era una fotografía maravillosa: el fuego, los calcetines colgando, un hombre impresionante que reía al ver al perro que se había tomado su chocolate caliente. Nadie, menos Tyler, el perro y ella, sabría la verdadera historia.

Pero ella pagaría un precio tremendo por haber conocido esa risa natural. Notaba que el corazón quería salir del pecho para ir donde él. Podía oír a la vocecilla que le decía que ya sabía que él era así en realidad.

Se preguntó cómo podría sobrevivir.

Miró a Basil.

—¿Hay antídotos para perros? —preguntó ella. —Esto es lo que recordaba de ti —dijo él con delicadeza.

Ella contuvo la respiración.

—Desastres. Doña Desastres —luego le quitó todo el hierro al asunto—. Harriet Pendelton, consigues lo que nadie en el mundo había conseguido. Consigues que me ría.

## Capítulo 5

EL sí que la había hecho buena. Decirle que era la única persona que le hacía reír era peor que besarla. Después de todo, el beso podía reducirse a una cuestión biológica.

Pero la risa era distinta. La risa entraba en ese terreno resbaladizo de las emociones. Decirle que no se reía era reconocer que su vida carecía de ciertos elementos. Ella podía cometer el error de pensar que estaba solo y que era vulnerable.

Lo era. El hecho de no haberlo pensado en absoluto hasta que Harriet Pendelton había aparecido en su puerta le producía un profundo resentimiento. ¿Qué pasaría si en las malditas fotos se reflejaban todos esos aspectos que había protegido durante tanto tiempo y aparecía como era realmente?

Penoso.

Un hombre cuya vida giraba alrededor de vacas y caballos y cuyo concepto de disfrutar era pasar una noche jugando a las cartas con tres hombres horribles. O hablando de béisbol. O de hockey, según la época del año que fuera.

Si no tenía cuidado, podía acabar como los hombres del barracón. Viejo. Aborrecible. Solo.

Tyler pensó, mientras el resentimiento crecía en él, que hasta unos días antes nunca había pensado en esas cosas. Jamás. Nunca había pensado que pudiera ser penoso.

Era culpa de ella y tenía que marcharse.

Esas piernas largas y esos ojos chispeantes eran demasiado para un hombre que vivía solo. Los labios carnosos pedían a gritos que los besara. Lo pedían a gritos.

A juzgar por su reacción, ella no le había encontrado ni penoso ni aborrecible la noche anterior. Tyler se aborreció a sí mismo por haber sentido un alivio momentáneo al darse cuenta de que todavía no había cruzado la línea del verdadero celibato.

—Muy bien —dijo él mientras se levantaba con decisión—. La siguiente foto. Dijiste que sería en el pajar.

—¿Qué hacemos con Basil? —preguntó Harriet preocupada.

¿Por qué no le decía lo que pensaba? Él tenía una excavadora. Si el perro estiraba la pata, él podría cavar un agujero lo suficientemente grande en treinta segundos.

No lo haría porque no quería que ella supiera lo bárbaro y desalmado que podía ser.

—Voy a vestirme —dijo él—. El número del veterinario está junto al teléfono.

—Ponte los vaqueros que llevabas antes —dijo ella—. Los que... están deshilachados por detrás. Y la camiseta blanca.

—¿Puedo peinarme ya? —preguntó él con sarcasmo.

Ella no hizo caso del sarcasmo y le miró el pelo con los ojos entrecerrados como si lo analizara.

—Déjalo así por el momento.

El entró en el dormitorio y cerró la puerta. Estaba tentado de ponerse los vaqueros más oscuros y nuevos y una camiseta negra para demostrarle quién era el jefe. Pero si lo hacía, ella podía quedarse un par de días más y él no estaba dispuesto. Sería peligroso que pasara una hora más y no por los desastres.

¿Desde cuándo era tan hermosa? ¿Cómo lo había hecho?

¿Qué quería decir con lo de deshilachados por detrás? Recogió los vaqueros del suelo y los examinó. El trasero estaba desgastado justo debajo de los bolsillos y solo había unos hilos entre él y el mundo exterior.

Notó que se le sonrojaban las mejillas. ¡Rubor! Harriet Pendelton le había visto la ropa interior y quería mostrarla a todas las mujeres del hemisferio occidental. ¿A las mujeres les gustaban los hombres pobres? ¿Quién iba por ahí con agujeros en la ropa? ¿Qué color de ropa interior debía ponerse?

Decidió que blanca.

Detestaba lo que ese mundo empezaba a ser.

Se dijo con toda firmeza que tenía que deshacerse de ella. Si para conseguirlo tenía que ponerse unos vaqueros agujereados, pagaría ese precio. Se puso los vaqueros y los calzoncillos blancos. ¿Qué podía importarle si la gente quería verle los calzoncillos? Era un mundo muy extraño el que había ahí fuera. Por eso vivía allí, en un trozo de tierra tranquilo y lejos del mundanal ruido. No era pura casualidad que él controlara hasta el más mínimo detalle de sus propiedades.

Sin embargo, todavía era lo suficientemente vaquero como para someterse completamente a ella y se peinó en un acto de rebeldía que le pareció lamentable. No quería impresionarla con sus buenas costumbres, solo quería que ella supiera quién mandaba.

Entró en la sala.

Aunque fuera él quien mandaba, se aseguró bien de que se ponía de espaldas a la pared.

Ella estaba sentada en el suelo con las piernas dobladas y la cabeza del perro en el regazo. Harriet le acariciaba con delicadeza y Basil suspiraba de satisfacción.

Tyler se preguntó cómo sería sentir esos dedos sobre su frente. Cómo sería volver de una jornada agotadora en el campo y reposar la cabeza sobre el regazo de ella y mirarla a los ojos.

Seguramente, un hombre podía confiar sus penas a una mujer que podía tratar así a un perro. ¡Ni hablar! ¡Jamás!

—¿Sería esperar demasiado que el perro no sobreviviera? —preguntó él.

Tuvo el efecto deseado. Ella acunó protectoramente la cabeza de Basil y le lanzó una mirada asesina.

—Los animales no me producen lástima —dijo él como si quisiera terminar de cavar su propia tumba.

Eso sí que era mandar. No había más que ver el brillo de furia en los ojos de ella.



—¿Te ha contado Stacey que soy cazador? Los ciervos les quitan el pasto a las vacas. Bambi está en mi lista.

Ella le dejó claro con la mirada que los asesinos de Bambi estaban a salvo de su afecto.

—El veterinario ha dicho que Basil se pondrá bien, pero que tenemos que vigilarlo. Quizá deberíamos provocarle el vómito.

—¿Nosotros? Yo no voy a hacerlo.

—Yo lo haré si es necesario.

A él no le gustaba que ella estuviera realmente preocupada por esa bestia inmunda. No le gustaba el rastro que dejaba la preocupación en su cara.

Harriet estaba tan concentrada en el perro que no se había dado cuenta de que él la había desafiado al peinarse.

—Ese perro podría comerse las ruedas del tractor sin que le pasara nada —dijo él con cierta condescendencia.

Sin embargo, el perro aspiraba aire como si fuera a vomitar en cualquier momento.

Tuvo la mala idea de pensar que si se encontraba cubierta por el contenido del estómago del perro, quizá eso le restara algo de compasión, pero tampoco quería comprobarlo a costa del suelo de su sala.

Se acercó, tomó al perro en brazos y se dirigió a la puerta. Se acordó demasiado tarde de que no quería que ella le viera el trasero. Se dio la vuelta y le frunció el ceño por mirar.

¡Ella se ruborizó!

El calor que hacía en la casa empezaba a ser insoportable y cada vez tenía menos que ver con el fuego.

Dejó al perro en el suelo y los dos se quedaron un rato fuera dando bocanadas de aire fresco.

—Ella tiene el mismo efecto en mí, amigo —le dijo Tyler al perro—. Aunque no quiero que te hagas ilusiones de ser mi amigo. Es más; vas a pasar el resto del día atado a...

—No irás a atarlo, ¿verdad?

Tyler miró la cadena que tenía entre las manos y resistió la tentación de esconderla en la espalda. Quería que lo considerara un desalmado que odiaba a los perros y asesinaba a Bambi.

—Sí, voy a atarlo.

—No deberías.

Él sacó pecho y la miró. Ella tenía los brazos ocupados con la ropa de invierno de él. También tenía su sombrero vaquero negro.

—Ese sombrero no es adecuado para el pajar —dijo él mientras le arrebatava el sombrero y lo limpiaba cuidadosamente.

—¿Para qué es adecuado? —preguntó ella divertida de que los sombreros de

vaquero tuvieran funciones específicas.

—Es un sombrero para ocasiones especiales.

—¿Ocasiones especiales? ¿Como los bailes en el granero o algo así?

¿Dónde había visto ella la vida de un rancho? ¿En las películas de Walt Disney?

—Sí, algo así —dijo él.

No hacía ninguna falta que supiera la verdad. No hacía falta que ella sacara conclusiones si le decía que la última ocasión especial fue el entierro de un vecino de ochenta y seis años.

—¿No podíamos emplearlo para las fotos? Ya que te has peinado...

El debería haber sabido que tendría que pagar un precio por esa pequeña victoria.

—Tendremos cuidado. Si estropeamos el sombrero, podrás comprarte otro a cuenta del presupuesto del calendario.

¿Estaba burlándose de él? ¿Pensaba que era un paleta por tener un sombrero para las ocasiones especiales? ¿Qué le importaba a él lo que ella pensara? Se puso el sombrero y se bajó el ala sobre los ojos para que ella no pudiera saber si le preocupaba lo que estaba pensando.

—Sería mejor que Basil viniera con nosotros. Podríamos vigilarlo.

Tyler no creía que fuera a ser muy divertido ver cómo Basil vaciaba el contenido de su estómago, pero Stacey le había enseñado que no se debía discutir con una mujer que tenía esa expresión tan delicada y bondadosa.

Volvió a colocarse el sombrero, se acordó de su parte trasera e hizo una seña a Harriet para que fuera por delante.

—El pajar —dijo él cuando llegaron.

Volvió a intentar deshacerse del perro. El poste que había en la valla junto al granero parecía muy apropiado.

—¿No crees que deberíamos llevarlo con nosotros por si se pone enfermo?

—Sinceramente, si se pone enfermo, preferiría estar en otro condado.

—Quizá tuvieras que hacerle el boca a boca —dijo ella.

La miró con los ojos entrecerrados. A él le pareció que no lo decía en broma.

—Si has creído por un segundo que voy a tocar esos labios repugnantes con mi boca...

Ella sonreía y él comprendió que le había tomado el pelo. No le gustaba que ella sonriera. En absoluto. Tenía unos dientes blancos y pequeños y veía la lengua rosa entre ellos.

Tyler se adelantó. Empujó a Basil para que subiera al piso superior y en el último momento se acordó de poner una mano sobre los agujeros de los pantalones. ¿Fue una risita lo que oyó a sus espaldas? Cuando se volvió, ella subía los peldaños con mucho cuidado.

Se filtraba una luz tenue. Ató a Basil a una viga que había en el centro del piso.

—Seguramente tire el pajar con nosotros dentro —predijo sombríamente Tyler.

Aunque puestos a pensarlo, quizá prefería que se hundiera el pajar a estar toda la tarde sonriendo e intentando evitar que su trasero pasara a la posteridad. Naturalmente, como Tyler prefería que se hundiera el pajar, Basil se tumbó apaciblemente en el suelo y apoyó la cabezota sobre las patas delanteras.

Desgraciadamente, parecía que iba a sobrevivir.

Tyler se cruzó los brazos sobre el pecho y la miró.

Ella había dejado en el suelo el montón de ropa y examinaba el pajar. Sacó el fotómetro y midió la luz. Luego se volvió hacia él. Harriet llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey verde del que le costaría Dios y ayuda quitar las briznas de paja.

No era que ella tuviera pensado darse un revolcón sobre la paja.

Tampoco era que él tuviera pensado darle un revolcón sobre la paja.

—¿Te importaría dejar de fruncir el ceño y ponerte la chaqueta de cuadros?

—No estoy frunciendo el ceño —dijo él.

La chaqueta en cuestión era de pura lana y solo se la ponía durante los días más fríos del año. Notó el calor en cuanto se la puso. Entonces sí frunció el ceño.

Se recordó que era parte del precio que pagaba para que ella abandonara el Bar ZZ. Sonrió.

—Vaya, es perfecto —dijo ella que había encontrado una horca. Él no pudo evitar pensar que era demasiado entusiasmo para ese utensilio—. ¿Puedes recoger algo de heno? ¡Ya sé! Podemos abrir la puerta y hacer como si echaras heno abajo.

Por lo menos entraría algo de brisa por la puerta. Con una sensación ridícula, posó en la puerta del pajar mientras fingía recoger heno con la horca.

—Tyler, estás muy rígido. Relájate. ¿Puedes arrojarlo ahí abajo?

Él la miró.

—Claro.

Naturalmente, todo lo que bajara tendría que volver a subir, pero ¿qué importancia tenía eso si le ayudaba a liberar el rancho de una bruja pelirroja?

«Hechicera», le recordó una voz traicionera en su cabeza.

Le hacía sentir cosas que no quería sentir en absoluto.

Pasión, preocupación y una timidez propia de un adolescente en el primer baile del colegio.

La paja le pareció muy tentadora. Empezó a arrojarla por la puerta con sensación de venganza y al cabo de un rato se había olvidado del constante zumbido de la cámara y de protegerse la parte trasera.

Después de unos minutos de arrojar paja para ella, empezó a pensar en la posibilidad de saltar él por la puerta. Había suficiente heno abajo como para que seguramente solo se rompiera una pierna. Ese sería el final de su carrera como modelo.

Por no decir nada de llevar el rancho durante los meses siguientes.

—¿Podrías sonreír? —le rogó ella.

Él se detuvo y la miró fijamente. Estaba pensando en romperse una pierna y ella

quería que sonriera.

—¿Sonreír? —repitió él con todo el autocontrol del que fue capaz—. ¿Sonreír? Me siento como en una sauna que cada vez está más caliente. Estoy arrojando una paja perfectamente válida al suelo y tendré que bajar a recogerla. Ningún hombre en su sano juicio sonreiría. Saca esa maldita foto.

—¿No puedes pensar en nada que te haría feliz?

—En estrangularte.

—Bueno, podías pensar en otra cosa.

—¿Por ejemplo?

Besarla otra vez podría hacerle feliz o quizá no. La última vez no lo hizo. Un placer a corto plazo y una confusión mental a largo plazo.

—¿Qué me dices de esas balas de paja de allí? ¿Puedes levantarlas? Cambiaremos la chaqueta.

Le lanzó una chaqueta vaquera forrada de lana. Él se quitó la que llevaba puesta y se puso la otra. Mientras ella cambiaba de película, él se quitó el sombrero y lo miró. Jamás había tocado el polvo o la paja y en ese momento estaba cubierto de las dos cosas.

—De acuerdo —dijo ella mientras lo apuntaba con la cámara—. Si no pesa demasiado, levanta una y camina hacia mí.

Él gruñó, levantó una bala con cada mano y se acercó hacia ella.

—Si no puedes parecer feliz —dijo ella mientras retrocedía—, podías parecer menos amenazador por lo menos.

—No sabía que pareciera amenazador —dijo él a la vez que sentía una profunda sensación de timidez.

Lo detestaba. Pudo notar que el gesto se hacía más amenazador.

Ella suspiró y dejó que la cámara quedara colgando del cuello.

—Lo intentaremos de otra forma —se acercó a él y le bajó el sombrero hasta que le tapó la frente—. Muy bien, camina hacia mí. Límitate a bajar la cabeza y a pensar en algo agradable.

—¿Cómo en el final de esto?

—O en un chuletón con patatas fritas.

«O en los labios de ella bajo los de él, delicados y dóciles».

—Así, así —ella tomó aire y disparó.

La buena disposición se desvaneció.

—Mira a ese perro estúpido —dijo él para que dejara de mirarlo un minuto y él pudiera recuperar sus pensamientos.

Ella miró a Basil y sonrió antes de estallar en una carcajada. Unos gatitos lo habían encontrado y se le habían subido a la espalda. El perro parecía contento e imperturbable. Tenía uno entre las gigantescas patas y el animalito lo estaba lamiendo.

Ella dejó de enfocar a Tyler y dirigió su cámara al perro.

La verdad era que le resultaba insultante que ese animal se sintiera más cómodo delante del objetivo que él.

Después de sacar unas cuantas fotos, ella dejó la cámara y se tumbó en la paja con Basil y los gatitos. Estaba claro que era una mujer de ciudad. No sabía lo que iba a costarle quitarse esas pajas del jersey.

Tyler dudó, pero fue y recogió la cámara. La miró atentamente y decidió que no podía ser muy distinta de la suya de bolsillo. Tomó algunas fotos de ella.

Estaba maravillosa. El pelo cubierto de paja, un gatito en el pecho y el perro que la miraba con rendida admiración.

—Ven, Tyler. Mira este —tenía un gatito en alto, le brillaban los ojos y apenas podía hablar por la risa.

—¡Bah!

—Ven. Es gruñón, como tú. ¡Mira como frunce el ceño!

Él se acercó.

—¿No te parecen adorables?

—Me parece que crecerán y matarán ratones —dijo secamente él.

Sin previo aviso, ella se levantó de un salto, le arrojó el gatito y le arrebató la cámara entre risas.

Él sujetó el gatito con los brazos completamente extendidos y lo miró. El animalillo tenía una expresión feroz y le lanzó un zarpazo.

—Un tipo duro, ¿eh? —dijo él.

El gatito estaba caliente y tenía una piel sedosa. Tyler se lo acercó al pecho y le pasó un dedo por el ceño fruncido.

El gatito pareció cambiar de actitud y se puso a ronronear contra el pecho de Tyler. Agarró un trozo de la chaqueta y la succionó con fuerza.

—Está buscando a su madre —dijo él con una sonrisa.

Click.

—Creo que ya tenemos una —dijo ella—. Enero o noviembre.

Fantástico. Todo el mundo le vería jugando con un gatito entre la paja como si no tuviera nada mejor que hacer.

Pero sintió un extraño alivio, como si realmente no tuviera nada mejor que hacer. Se sentó en el montón de paja y se reclinó para que los gatitos se subieran por él.

—Deja esa condenada cámara un rato —dijo él—. Tu modelo necesita un descanso. ¿Quién diría que un hombre puede sudar por algo tan tonto como que le saquen unas fotos?

Uno de los gatitos subió confiadamente por el pecho masculino, le puso una de las patas en el cuello y le lamió la barbilla.

Él soltó una carcajada y su mirada se encontró con la de ella. Alisó la paja que había a su lado.

Hablando de tontos.

—Tómame un descanso, Harriet.

Ella dudó, luego dejó la cámara y se tumbó junto a él. Demasiado cerca.

Tyler podía oler su aroma y notar el calor de su pierna que casi lo tocaba. Él le dio un gatito y sintió un profundo anhelo.

Por todo lo femenino. Por una mujer que se dirigía a un gatito como si fuera un bebé y lo sujetaba sobre el pecho sin inhibiciones, que lo arrullaba y le dejaba que le succionara los dedos.

Su vida se había centrado en cosas difíciles. Hombres difíciles. Trabajo difícil. Condiciones difíciles.

Al estar rodeado de cosas agradables se sintió débil e hizo que quisiera algo más para sí.

Se ordenó no preguntarle nada personal, pero al verla con el rostro radiante y la mirada soñadora no podía creerse que hubiera un hombre suelto por ahí que la había tenido y la había dejado escapar.

—De modo que el matrimonio no funcionó, ¿eh?

Ella inclinó la cabeza y ocultó la mejilla contra la piel del gatito.

—No —dijo ella con una voz delicada y despreocupada que no encajaba con el resto del lenguaje corporal—. No funcionó.

Se dijo firmemente que a él no le importaba. Estaba claro que ella no quería hablar del asunto.

—¿Por qué no? —vaya, esa era su voz.

—Bah —dijo ella—. Es una historia muy larga y aburrida.

—No puedes sacarme más fotos mientras esté sudando. Me brillaría la nariz.

Ella se rió con cierta vacilación.

—Es una historia muy corriente. Lo pasé muy mal durante el matrimonio.

—¿Cómo? ¿Tú lo pasaste mal y él lo pasó bien?

Le espantaba la sensación que tenía. Que ella hubiera sido de otro. Estaba, por algún motivo que no podía explicar ni enorgullecerse de él, contento de que no hubiera funcionado.

—No duró mucho —dijo ella—. Un par de meses. Era un actor. Zorro Snow. ¿Has oído hablar de él?

—No. No voy al cine.

—No hizo ninguna película. Trabajaba en una serie de televisión.

—Bueno, tampoco he visto ninguna.

—Es maravilloso encontrar a alguien que no ha oído hablar de él.

—¿Por qué te casaste con un actor?

Él no estaba muy seguro, pero le parecía que Harriet necesitaba un hombre de verdad. ¿Qué había de verdad en un hombre que se ganaba la vida fingiendo ser otra persona?

—Yo era joven y estúpida —dijo ella con un desenfado que a él le pareció increíble—. Era guapo y se deshizo en atenciones hacia mí. Me desconcertó.

—¿No podías confiar en un hombre que se deshacía en atenciones hacia ti? ¿Por

qué?

—Tyler... Esa chica pecosa con los dientes torcidos y gafas que conociste sigue dentro de mí diciéndome que soy demasiado alta y fea y que nadie me querrá jamás.

Harriet se ruborizó y se levantó tan precipitadamente que un gatito cayó al suelo con un maullido.

—¿Por qué he dicho eso? —dijo ella—. Detesto estar cerca de ti.

—¿De verdad? —él se levantó y dejó al gatito con más delicadeza—. ¿Por qué? ¿Tan insoportable soy?

—No es por eso. Tú haces que me sienta como esa niña otra vez. Digo muchas tonterías cuando estoy contigo. Que nadie me querrá jamás, es penoso. No quería decirlo.

—Él debería haberte querido, Harriet. No sabía lo que tenía.

—Lo que tenía era una mujer de hielo. No fue culpa suya.

—¿Tú? ¿Una mujer de hielo?

Ella asintió con la cabeza llena de orgullo.

—Exactamente. Ya sabes la verdad de por qué mi matrimonio no funcionó. ¿Estás contento? Soy frígida. Un desastre absoluto en ese aspecto. Volvamos al trabajo, ¿de acuerdo? Antes de que suelte toda mi vida secreta.

Tyler notó que una furia lenta y abrasadora se apoderaba de él. Miró el pelo cobrizo y los ojos destellantes y recordó el delicado anhelo de los labios de ella. ¿Frígida...?

Si Zorro Snow estuviera en el pajar en ese momento, podría haberlo matado con sus propias manos. Un actor que la había convencido de que ella era la responsable de su propia incompetencia.

—No eres frígida —dijo él.

—Gracias —dijo ella con un tono demasiado ligero y quebradizo—. Estoy segura de que eres un experto. Vamos a probar con la bufanda y la chaqueta vaquera. Seguro que...

—Harriet —dijo él tomándola de los hombros y haciendo que lo mirara a la cara—. No eres frígida. ¿Me oyes?

Ella abrió los ojos de par en par. Se pasó nerviosamente la lengua por los labios. Lo miraba con desesperación, como si él pudiera echarle un salvavidas.

Había momentos en los que un hombre tenía que dejar a un lado su propio instinto de supervivencia. Había momentos en los que tenía que hacer lo correcto aunque tuviera que pagar un precio elevado.

Él se inclinó hacia ella y ella se inclinó hacia él. Él tomó el labio inferior de ella entre los dientes y lo mordisqueó con delicadeza.

Ella se derritió. No tenía nada de hielo, como ya sabía él, sino fuego.

Ella se derritió contra él y las suaves curvas de sus pechos se fundieron contra el duro pecho de él. A pesar de la gruesa chaqueta, él podía notar los pezones de ella endurecerse y la respiración entrecortarse.

Él le separó los labios con la lengua y la introdujo en su boca para notar la pasión de ella.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí con fuerza.

A Tyler se le ocurrió, en medio del vértigo, que no había pensado en el final de esa situación. Era Harriet, la amiga de su hermana pequeña. ¿Qué demonios iba a hacer? ¿Tumbarla sobre la paja y llevarla al lugar donde los dos ansiaban tanto llegar?

No.

A Harriet no. Ella podría decir que eso era lo que quería, ella podría convencerse de que era lo que quería, incluso ella podría creerlo.

Pero él sabía algo de ella que ella no sabía. Como no era frígida, no podría resistir las agitadas aguas de un idilio.

Ya, ella se creía mundana y sofisticada.

Pero sus labios decían otra cosa. No era frígida en absoluto, pero era una chica anticuada con una coraza puesta al día.

Se merecía un hombre para siempre.

Él había perdido la fe en las relaciones para siempre hacía mucho tiempo. Cuando enterró a su madre, esa fe se quebró y cuando le tocó el turno a su padre se desmoronó.

El criar a Stacey le había hecho ver el dolor y el miedo que van aparejados al amor; la pérdida de control absoluta sobre las cosas que él quería controlar más.

No era casualidad que estuviera solo en el rancho.

Tyler Jordan había decidido hacía mucho tiempo que no amaría a nadie nunca en su vida. Tenía abundante fuerza física. Tenía fuerza mental por toneladas.

Pero no tenía la fe necesaria para arrojarse a los pies del destino y suplicar clemencia.

La separó de sus brazos y se sintió helado a pesar del calor que tenía dentro de la chaqueta, como si se apartara de la única fuente de calor en medio de una tormenta de nieve.

—Perdona —dijo él.

—¿Perdona? —repitió ella.

Antes de separarse, él le acarició la mejilla y se deleitó con la delicadeza de la piel.

—Eres fuego —le dijo él con cierta rabia—, no hielo.

Se levantó y se alejó antes de que la calidez de ella le hiciera salir de la gelidez en la que había vivido tanto tiempo.

—¿Cuál es la próxima fotografía? —preguntó él con un gruñido sin atreverse a mirarla para ver las lágrimas que él sabía que le brillaban como diamantes.

Qué tonto había sido al pensar que era la clase de hombre que podía reparar algo tan delicado y complicado como el corazón de una mujer.



## Capítulo 6

HARRIET estaba furiosa por el giro que habían dado los acontecimientos. Le había preguntado que cuál sería la próxima fotografía. ¿Iba a besarla de esa manera para luego marcharse como si nada? Se parecía demasiado a la última vez y a todas las veces.

Cruzó el pajar tras Tyler. Este abrió los ojos como platos al verla acercarse. Se plantó con las piernas separadas, los brazos cruzados sobre el pecho y las cejas bien juntas. Parecía grande como una montaña y dos veces más intimidante.

—No lo hagas —le advirtió él.

Pero para ella se habían terminado las advertencias y las órdenes. Estaba cansada de que Zorro le dijera que era frígida y Tyler que era fuego. Eran dos caras de la misma moneda. ¿Quiénes eran ellos para decidir lo que era ella? ¿Cómo se atrevían a dar por sentado que podían hacer tal cosa! Harriet comprendió repentinamente y con certeza que ella tenía que descubrir por sí misma quién era, saber por sí misma qué era.

Tomó aliento, reunió todo su valor y recorrió la distancia que los separaba. Cuando ella se detuvo a la sombra de los enormes hombros de Tyler, él se dio cuenta de que ella no iba a limitarse a obedecerlo.

—No soy un perrito faldero —le dijo—. Ni se te ocurra decirme que no haga algo.

El le aguantó la mirada y luego miró a Basil.

—Tampoco tengo mucha suerte con él. No es que insinúe que os considero de la misma categoría. En absoluto.

A ella le agradó comprobar que la desmesurada confianza que tenía en sí mismo empezaba a resquebrajarse. Más aún, él ya no tenía los brazos cruzados. Retrocedió un paso. Parecía como si fuera a darse la vuelta y salir corriendo. Ella se lanzó sobre él con la intención de agarrarlo por la cintura y atraerlo contra sí para que se dejara llevar por la atracción que había entre ellos.

Pero calculó mal la distancia y lo golpeó con más fuerza de la que había previsto. Tyler ya estaba medio girado y la fuerza le sorprendió con la guardia baja. Dobló la rodilla y empezó a caerse. El ímpetu de ella la arrastró con él.

Él la rodeó con los brazos para protegerla de la caída, aunque ella sabía que no merecía esa protección. La paja amortiguó la caída, pero levantaron una nube de polvo y heno.

Ella estornudó tres veces seguidas y se hundió en el pecho de él profundamente humillada.

—Solo podía pasarme a mí —dijo ella—. Solo yo podía decidir besar a un hombre y acabar tirándolo al suelo y estornudar encima de él.

Su bochorno se mitigó al sentirse tan extraordinariamente bien junto a él. El

cuerpo esbelto bajo el de ella era duro como una roca. Podía sentir la respiración firme y profunda y el calor que le producía aquel contacto. Por fin, cuando él no hizo nada por salir de debajo de ella, se atrevió a mirarlo.

Tenía el aire de un hombre atónito, nada parecido a lo que ella había esperado.

—Tyler —dijo sin saber por qué, solo por sentir cómo lo pronunciaba su lengua y rozaba sus labios. Solo por decirlo de una forma distinta: delicada, firme y muy provocativa.

Él había perdido el sombrero, y Harriet le pasó los dedos por el pelo.

Él le agarró la muñeca.

—No lo hagas —le advirtió con cierto tono burlón—, Harriet —añadió suavemente.

Ella acercó los labios a los suyos. Él le puso las manos en los hombros con fuerza y Harriet pensó que iba a apartarla.

—He liberado a un monstruo —dijo él en voz baja y con los labios casi rozando los de ella—. Creo que prefería cuando creías que eras frígida.

La otra Harriet habría quedado devastada. Se habría levantado, se habría sacudido la ropa y habría salido corriendo del pajar. Pero una Harriet nueva se había apoderado de ella y podía notar los latidos descontrolados de él, podía apreciar algo masculino y excitante en el aire, podía percibir el anhelo en cada tono de voz de Tyler.

La nueva Harriet interpretó cada palabra, sobre todo cuando lo miró a los ojos. Ya no tenían un ápice de tranquilidad y bajo la superficie inmóvil bullía una pasión irrefrenable.

—No me preferías cuando era frígida y puedo demostrarlo.

Tyler la agarró de los hombros y ella notó su fuerza; comprendió que podía apartarla en un segundo, pero también notó la vacilación y aprovechó para besarlo leve y delicadamente.

Los labios de él parecían duros, pero eran suaves. Tenían un sabor dulce y silvestre y cuando los separó, ella supo que la batalla había terminado.

El gimió y le pasó los brazos por la espalda. La apretó contra sí hasta que los cuerpos se fundieron en uno. La lengua de él, ardiente y sensual, entró en la boca de ella y Harriet sintió un escalofrío cuando recorrió su interior.

Metió las manos dentro de la chaqueta y las apoyó en los marcados músculos del vientre para subirlas lentamente hacia los poderosos pectorales. Atrapada en la sensualidad pura, aumentó su osadía. Le levantó la camiseta con la necesidad de sentir, de conocer, de descubrir, de explorar. La piel era como un milagro maravilloso. Era sedosa, cálida, flexible y resistente. Se le aceleró la respiración al igual que a Tyler.

Este intentó mantener el control, pero la osadía de Harriet lo paralizó un instante. Ella notó que se le tensaban los músculos, que quería apartarse, que quería recuperar el poder perdido. Ella le acarició el pecho y los pezones y notó una tensión distinta que se adueñaba de los músculos.

Él dudó, pero luego le pasó leve y delicadamente el pulgar por los pechos.

Harriet no se había imaginado que la experiencia pudiera ser más intensa, pero cuando él la acarició, ella tuvo que volver a plantearse todo lo que había dado como cierto hasta ese momento. Lo que le había parecido ardiente, le parecía frío, como si esa pasión que la dominaba fuera fuego líquido que le corría por las venas, que le quemaba cada terminación nerviosa y le producía una mezcla de placer y dolor.

El volvió a besarla. Había desaparecido cualquier inocencia que hubiera podido haber en el primer contacto de los labios. La boca de Tyler la atrapó con fuerza. No era brutal, pero tampoco delicado. Se había desatado la pasión, esa furia maravillosa.

—Jefe, ¿estás por aquí?

Se quedaron de piedra. Tyler se incorporó un poco y se quedó escuchando.

—¿Jefe?

El dijo entre dientes una palabra que ella había oído decir a muchos hombres cuando estaban en situaciones extremas. Harriet se elevó un poco con el deseo de acariciarle el lugar donde le latía el corazón, de detener el tiempo, de que él no hiciera caso de la llamada. Tyler la miró y se puso de pie con una agilidad felina. El pecho le subía y bajaba, se colocó la camiseta, se pasó una mano por el pelo y se sacudió la ropa.

Los pasos que se oían subir las escaleras sonaban como los del gigante de Pulgarcito.

Harriet tenía más dificultades para volver al mundo real que él. Quería prolongar esa sensación de que el mundo estaba hecho para ellos dos.

Tyler se agachó y la levantó con cierta brusquedad, después le sacudió la paja rápidamente.

—Sabía que era un disparate llevar este jersey en un pajar —dijo él.

—Lo recordaré para la próxima vez.

Ella, aunque aturdida, notó que había algo protector en la forma de pasarle la mano por el pelo y de colocarle el cuello del jersey.

—No va a haber otra vez —gruñó él.

Cuando apareció Slim, él se puso delante de ella, como si tuviera que proteger su decencia, como si estuviera desnuda y no solo ruborizada y cubierta de paja desde los pies a la cabeza.

—¿Qué quieres? —soltó Tyler.

Slim le echó un vistazo y su cara fue adoptando el gesto de haber comprendido lo que pasaba hasta que los ojos se le iluminaron con un aire burlón.

—No es lo que estás pensando —dijo con rabia Tyler—. Harriet está haciendo fotos.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando? —preguntó con sorna Slim.

Tyler lo miró fijamente.

—Créeme, sé lo que piensas.

—Muy bien. Te encuentro en el pajar con una chica hermosa, los dos cubiertos de

paja y sonrojados...

Tyler dio un paso adelante y Harriet notó que tenía el puño cerrado.

El rostro curtido de Slim reflejó sorpresa.

—Que yo sepa, los dos sois mayorcitos. No es asunto mío.

—Así es —dijo lacónicamente Tyler—. Límitate a decirme qué quieres.

—Ah, tenemos un problema con una vaca que está pariendo en el prado del suroeste. He hecho todo lo posible, pero ya no me quedan fuerzas y he pensado que lo mejor sería venir a buscarte.

Harriet se asomó por detrás de Tyler e intentó interpretar su rostro. Era casi lúgubre. ¿Estaba aliviado por el rescate o pesaroso? ¿O un poco de las dos cosas como ella?

Tyler se agachó y recogió el sombrero, lo sacudió contra la pierna y lo miró con una expresión de pena que hizo que Harriet, quisiera echarse a reír. Quizá esas ganas de reír eran para romper la tensión que empezaba a ser insoportable.

Hasta Basil parecía haberse dado cuenta y miraba con ansiedad a una cara y otra.

Slim decidió, con mucho sentido común, centrarse en el sombrero.

—Es una pena —dijo—. Ese es tu sombrero bueno, ¿no?

Tyler lo miró con furia.

—De acuerdo, de modo que tampoco se puede hablar del sombrero, ¿no? —farfulló Slim—. Puedo ocuparme yo solo de la vaca, supongo. Solo necesito unas cadenas. Creo que están en la otra camioneta y la tiene Pete y yo no creía que fuera a tener tiempo, pero...

—No te preocupes —dijo Tyler—. Voy contigo.

—Yo también —dijo ella mientras agarraba la cámara. Slim se dio la vuelta y bajó a toda prisa las escaleras.

—Ha sido una suerte que apareciera cuando lo hizo —dijo con un gruñido Tyler.

Ella se colgó la cámara del cuello y miró a Tyler.

—No creas que esto va a quedar así —le advirtió ella con tono desenfadado— porque no va a hacerlo.

—Sí va a hacerlo —replicó él con una firmeza inquebrantable.

—¿Quién lo dice? —dijo ella mientras se cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Lo digo yo —dijo él mientras se cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Quién te ha dado el mando de todo lo que se mueve sobre la faz de la tierra?

—Intento ser juicioso.

—¿Sabes una cosa? He sido juiciosa toda mi vida y he decidido dejar de serlo.

—¿Has esperado hasta ahora para tomar esa decisión? —preguntó él que se debatía entre la irritación y la diversión.

—Eso parece —contestó ella sin arrepentimiento.

Se quitó una brizna de paja del jersey y él siguió el movimiento de la mano con ojos ardientes.

—¿Por qué tengo tanta suerte?

—En el terreno de la suerte no has visto nada todavía —contestó ella disfrutando de su recién estrenada osadía.

Él no parecía tan complacido de esa osadía como ella. Se caló el sombrero hasta las cejas y bajó las escaleras de dos en dos por delante de ella.

Harriet comprobó que tenía cosas más importantes de las que preocuparse; como los dos agujeros del pantalón. Soltó a Basil y siguió a Tyler fuera del granero.

Una vieja camioneta salía del granero con Slim en el asiento del conductor. Pareció como si Tyler fuera a decir algo sobre ello, ya que, evidentemente, creía que estaría mucho más a salvo si Slim estaba en el asiento central, pero, al final, se limitó a observarla mientras metía a Basil en la parte abierta de la camioneta y a sujetar la puerta mientras ella se sentaba en el asiento central.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó él cuando se hubo colocado con precaución junto a ella.

Los hombres eran grandes y la cabina pequeña, por lo que resultaba milagroso que él consiguiera no rozar ninguna parte del cuerpo de Harriet.

Ella se movió ligeramente. Tocó el brazo de él con el hombro y le rozó el muslo con la rodilla. La puerta le impedía apartarse más.

Los dos hombres se encontraban muy cómodos con la conversación y ella solo entendía una palabra de cada dos.

—¿Qué es un añojo? —acabó interrumpiendo—. ¿Y un novillo?

Tyler había intentado aparentar que no notaba su presencia, a pesar de que tenía su rodilla clavada en el muslo. Miró por la ventanilla mientras Slim la aleccionaba sobre los terneros con problemas de nacimiento y las vacas primerizas.

—El toro que la echamos era un buen ejemplar —dijo Slim con rotundidad—. Seguramente, el ternero sea muy grande para ella. Va desgarrarle el...

—Slim, no sigas —Tyler lo dijo sin levantar el tono y sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¿Mmm?

—Quiere que no ofendas mi sensibilidad femenina —le susurró Harriet.

—Ah, ya entiendo, jefe —intentó cambiar de tema—. Até una cuerda en la espalda por si había que sacarlo de allí.

—¿Sacarlo de allí? ¿Qué quieres decir? —preguntó débilmente ella.

No estaba segura de si había hecho bien en empeñarse en ir con ellos. Había visto muchas cosas durante su profesión de fotógrafa y no todas habían sido agradables, pero no soportaba la sangre y las entrañas.

—Quiere decir que a lo mejor tenemos que ayudarle a llegar al mundo —dijo rápidamente Tyler antes de que Slim tuviera la oportunidad de ser más explícito.

La camioneta se paró ante una cerca y Tyler se bajó para abrirla. Era una cerca como la otra y exigía cierta fuerza para manejarla. Ella tuvo la sensación de que se derretía al ver los músculos de los brazos en actividad. Miró por la ventanilla mientras él volvía a la camioneta y observó la zancada decidida con otros ojos, con

cierta sensación posesiva que le produjo un escalofrío por todo el cuerpo.

—Allá está —dijo Slim al cabo de un rato.

Frenó y apagó el motor.

Los dos hombres se bajaron inmediatamente. Harriet los siguió mientras preparaba la cámara. A ella no le pareció que la vaca fuese pequeña.

Le pareció enorme con la espalda curvada y los cuartos traseros rebosantes; con los ojos desorbitados, impotente y sufriendo mucho.

Tyler se quitó la camiseta de un tirón a pesar de la humedad.

—Veo las pezuñas —dijo antes de añadir una ristra de improperios espeluznantes.

—¿Qué le pasa? —dijo ella mientras se acercaba tanto como se atrevía.

—¿Ves esas dos cositas negras? Son las pezuñas. Deberían apuntar hacia el cielo y no lo hacen —le explicó Slim.

Tyler se tumbó sin pensárselo un instante y metió el brazo en la vaca hasta casi el hombro.

—Maldita sea, no encuentro la cola.

Slim suspiró.

—Dale la vuelta y para adentro.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

—Que hay tarea para un par de horas. El ternero estará muerto para cuando hayamos terminado. Es demasiado tiempo.

Ella jadeó.

Tyler miró a Slim con el ceño fruncido.

—Sácala de aquí. No tiene por qué ver esto.

—¿Quieres irte? —le preguntó Slim que parecía más al tanto de lo que era el trato con las mujeres.

Ella negó con la cabeza.

—No quiere irse —replicó obstinadamente Slim—. Además, vas a necesitarme.

Tyler los miró con ira y volvió a dedicarse a lo que tenía entre manos. Ella miró a Tyler como hipnotizada. Tenía las pezuñas entre las manos y las empujaba con toda su fuerza. Nunca había visto a un hombre emplear tanta fuerza en algo. Tenía erizados los músculos de la espalda y el cuello a punto de reventar.

—¿Qué hace? —susurró ella.

—Intenta volver a meter al ternero para darle la vuelta. No es fácil. Es como intentar parar un río. La vaca empuja con toda su alma y eso es mucho más de lo que puede resistir Tyler. Puede durar un par de horas. El ternero suele morir. No aguanta la tensión durante tanto tiempo.

Ella miraba mientras el cambiaba de postura. Era como un Sansón. Empleaba cada fibra de su cuerpo contra una fuerza mucho mayor que la suya. La expresión de su cara decía que estaba dispuesto a morir antes de rendirse, era una decisión tan firme que hizo que ella se sintiera débil.

La batalla se encarnizó. Era una pelea como ella no había visto jamás. Después de

unos instantes, Harriet tomó la cámara y empezó a sacar fotos. Tyler no se enteró, estaba demasiado concentrado en librar esa lucha a vida o muerte.

Los hombres apenas hablaban y cuando lo hacían era con lacónicas claves.

Los minutos se hicieron horas. Ella no sabía cuánto tiempo aguantaría Tyler. Cuánto tiempo podría dar de sí al cien por cien un hombre antes de darse por vencido, antes de derrumbarse.

—¿Tendrá que darse por vencido? —preguntó a Slim.

—No suele hacerlo. Además, si lo hace perderá a los dos. A veces se pierde un ternero, pero no una vaca.

—Creo que ya está.

Pero no era la primera falsa alarma. Luego la vaca volvía a empujar fuera las pezuñas y Tyler hacía un gesto de dolor cuando sentía que le atrapaba el brazo con la contracción.

—Lo tengo —dijo repentinamente Tyler con un gesto de alegría que le iluminó el rostro—. Ha dado la vuelta.

Slim le acercó una cuerda. Él ató la cuerda a las pezuñas con el gesto experto de quien lo ha hecho un millar de veces. Luego se ató el otro extremo a la cintura y tomó aliento.

—Tira, Tyler —gritó Slim.

Cada vez que la vaca se contraía, él tiraba de la cuerda.

El sudor le corría mezclado con sangre y barro. Harriet estaba casi segura de que jamás había visto a un hombre tan hermoso, tan en su elemento y tan viril.

—En cualquier momento —dijo Slim—, pero no te hagas ilusiones. Hay pocas posibilidades de que el ternero salga adelante.

Cinco minutos. Diez. El pecho desnudo de Tyler brillaba y palpitaba. Tenía el pelo pegado a la frente. El sudor le caía a chorros. Los músculos estaban a punto de estallar. Ella sacó fotos hasta que se acabó la película, hasta que el esfuerzo de él supuso el agotamiento de ella.

Entonces, en un momento que pareció casi intrascendente, el ternero se deslizó fuera del cuerpo de su madre.

A pesar de las palabras de Slim, ella había conservado la esperanza. Pero, evidentemente, el ternero estaba muerto, era una masa inmóvil.

Tyler seguía sin darse por vencido. Se volvió hacia Slim y este fue corriendo a la camioneta y volvió con un puñado de paja.

¡Parecía imposible que un puñado de paja sirviera para algo!

Tyler se inclinó sobre el ternero, le metió la paja por la nariz y sopló.

Nada.

Volvió a soplar y el ternero estornudó. Ella estaba tan asombrada que rompió en una carcajada. A Tyler se le iluminó el rostro.

Volvió a soplar y gritó de alegría al ver que el estómago del ternero se inflaba como si lo hubiera llenado de aire.

Fue el grito de un guerrero que había vencido al enemigo más espantoso.

Al verlo, ella supo por qué lo hacía. Era una de las pocas formas de vida que quedaban en el mundo que permitían a un hombre como Tyler ser como era: más fuerte que la fuerza y total y plenamente masculino. Era un mundo que ponía a prueba su fuerza con obstáculos que él superaría, o no.

Ella se preguntó qué haría cuando perdía.

El la miró y sonrió. Era una sonrisa intemporal. Dé ese momento. Del momento en el que había vencido.

Se levantó, buscó la camiseta, se limpió con ella y se la puso. Estaba agotado y con los hombros caídos por el esfuerzo.

—¿Crees que saldrá adelante, Slim?

—Lo dudo —contestó él, pero sonreía.

Tyler hizo un último esfuerzo para tomar al ternero en brazos y acercarlo a su madre. Ella lo olisqueó y lo lamió.

—Hay pocos que salgan adelante —dijo Tyler a Harriet—. Quizá uno de cada mil.

—Pero, ¿él lo hará?

—Es posible.

Harriet había vislumbrado algo de él que el mundo nunca vería por muchas fotos que le sacara: Una especie de fuerza interior que era pareja a la exterior.

—Slim, vamos a ponerlo en la parte de atrás de la camioneta y a llevarlo a los establos. Creo que su madre nos seguirá. Conduce despacio, no como sueles hacerlo.

Volvió a tomar en brazos al ternero bajo la atenta mirada de su madre y lo dejó en la parte de atrás de la camioneta, luego se montó a su lado.

Ella trepó y se colocó al otro lado del ternero. Parecía un mundo mágico, pero ella no sabía si era por el milagro sanguinolento que tenía delante o por el otro milagro que se producía entre Tyler y ella.

Era algo que crecía en el ambiente.

—¿Crees que a las chicas de la ciudad les gustarán esas fotos? —preguntó él mientras acariciaba la cabeza y las orejas del ternero.

Ella se encogió de hombros y se dio cuenta de que no sabía si quería compartir esas fotos con alguien. Eran demasiado íntimas y mostraban demasiado de él.

Las mujeres acudirían a raudales a la puerta de Tyler si llegaban a conocerlo, y ella comprendió que no quería compartirlo.

¿Compartirlo? Eso significaría que era suyo y eso distaba mucho de ser verdad.

Aunque hubiera parecido verdad cuando se besaron en el pajar. Fue como si él fuera de ella y ella de él.

Se dio cuenta de que estaba atrapada por la fuerza de ese poder.

Entendió, con una claridad sorprendente, a dónde quería llegar. Tan lejos como pudiera ir.

Le impresionó y le agradó tener esa faceta nueva dentro de sí.



—¿Por qué sonríes? —le preguntó él.

—Por el ternero —mintió ella.

—Seguramente la cena ya esté preparada en el barracón. Además, podré darme una ducha. ¿Tienes hambre?

—La verdad, si pudieras dejarme en la casa... tengo algunas cosas que hacer.

¿ Estaba realmente decepcionado? Se lo compensaría.

El se asomó a la ventanilla y Slim paró delante de la casa. Ella se bajó y Basil dudó un instante entre ella y su nuevo amigo, pero acabó decidiéndose por ella.

Estaba haciendo otro decorado, pero esa vez sería para seducir a Tyler Jordan.

Buscó un poco y encontró un mantel bonito y algunas velas. Había una botella de vino abandonada en un armario y unas copas. Ojeó la música que había junto al tocadiscos y era muy poco variada.

Fue a su habitación y miró en la maleta.

La situación era tan distinta de la que tenía pensada que empezó a dudar que pudiera conseguirlo.

Entonces se acordó de que aquella había sido la habitación de Stacey.

Seguro que los cajones escondían todo tipo de tesoros. Velas de olor y perfumes. En el armario había un vestido largo. ¿No sería ir demasiado lejos?

Por algún motivo, no se lo pareció.

Stacey tenía también discos. Muchos. Tomó uno y lo puso. Luego se tumbó en el sofá y esperó. Esperó. Se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada. La habitación se había quedado oscura y oyó a Tyler entrar por la puerta de atrás. Él entró, encendió la luz y se quedó helado al verla mientras intentaba sentarse en el sofá.

Ella se levantó, se acercó a él y le tomó la mano.

—Estás muy hermosa —le dijo él con un tono extraño—, pero he venido a recoger mis cosas. Voy a quedarme con los muchachos mientras estés aquí.

Ella se apartó de él, se mordió el labio inferior e intentó no llorar. Le ofrecía todo, todas y cada una de las cosas que tenía, y él iba a marcharse.

Él le tocó el labio.

—Harriet, lo he estado pensando. Sé que estar contigo me proporcionaría el placer mayor que haya tenido jamás, pero a corto plazo. Yo tengo que pensar en el largo plazo. En lo que sería mejor para ti y para mí a largo plazo. No es una aventura. Tú no eres de ese tipo de chicas.

—¿Cómo sabes qué tipo de chica soy? —consiguió mascullar ella.

Él le acarició la mejilla. Tenía las manos ásperas y curtidas.

—Siempre he sabido el tipo de chica que eras.

—¿Y qué tipo es ese?

—Del tipo que puede hacerme reír.

—Pero no del tipo que puedes amar.

—Harriet, ese es el problema. No puedo amar a nadie. Es demasiado difícil y

doloroso.

Ella pensó en el hombre que había visto esa tarde. Parecía como si a él nada le resultara demasiado difícil. Parecía como si él no pudiera tener miedo.

Se sintió ridícula por haber introducido la palabra amor en la conversación porque se había convencido sinceramente de que no se trataba de eso.

Se trataba de estar viva, de tomar con ambas manos lo que le ofrecía la vida, de vivir al día sin importarle el mañana.

Pero él había comprendido la verdad antes que ella.

Sencillamente, no era ese tipo de chica. El tenía razón. Ella habría pagado un precio demasiado alto por un momento de placer.

Pero por algún motivo, ella no le estaba agradecida.

En absoluto.

En realidad, le dominaba una furia fría y dura. Le dio una bofetada en la hermosa cara con toda su fuerza antes de darse cuenta de lo que hacía. Él la miró a los ojos sin parpadear.

Ella se dio media vuelta, entró en su dormitorio, se tumbó en la cama y lloró.

## Capítulo 7

TYLER, con la bolsa de lona al hombro, llamó a la puerta del barracón. Slim se acercó a la ventana y miró fuera. Le entreabrió la puerta.

—¿Sí?

Lo dijo con cierto tono de recelo, como si Tyler no fuera por allí cuatro de cada cinco noches para tomar una taza de café y jugar a las cartas.

—Voy a dormir aquí.

Slim abrió un poco más la puerta, pero en vez de apartarse para dejar paso a Tyler, se cruzó de brazos.

—¿Una pelea de enamorados? —dijo lacónicamente.

—No —respondió Tyler de la misma manera—. No somos enamorados. ¡Ni siquiera somos amigos! No hemos peleado.

Tyler notaba que la marca de la mano le palpitaba en la mejilla. Si no habían peleado, ¿por qué estaba Harriet llorando en la habitación de Stacey?

Al parecer, Slim no estaba convencido, porque no se movió y esperó a que le diera más detalles. Tyler suspiró.

—Sencillamente, no es buena idea que... Harriet y yo estemos bajo el mismo techo en estos momentos.

—¿Por qué no? —era la voz de Cookie desde dentro.

—¿Puedo pasar? Hace mucho frío aquí fuera.

Toda la ropa de abrigo que tenía estaba en el pajar. Tyler empujó la puerta cuando comprendió que Slim no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Entró y dejó en el suelo la bolsa de lona.

Se encontró observado por tres pares de miradas ceñudas.

—¿Qué pasa?

—Bueno, los muchachos y yo estábamos hablando de eso —dijo Slim.

—¿De qué? —preguntó Tyler.

Le dolía el cuerpo de tirar del ternero; le dolía la cabeza de intentar olvidarse de esa condenada mujer.

Le dolía el corazón de la mirada de ella cuando le dio la bofetada. Miró con deseo la litera vacía que había al fondo de la habitación. Eso era todo lo que él quería. Reposar la cabeza, taparse los ojos con una almohada y que el sueño hiciera que se olvidara de todo.

—De Harriet y de ti —dijo Pete.

Tenía que dejar las cosas claras.

—No hay nada entre Harriet y yo. Ella está aquí para hacer un trabajo y yo hago todo lo que puedo para sobrevivir a él.

—Bueno, nosotros no lo vemos así del todo.

—¿De verdad? —preguntó Tyler con un tono gélido.

Slim no se amilanó.

—Nosotros creemos que te has encerrado en el rancho como un ermitaño y que Dios te ha mandado una mujer. Ya sabes, como tú no has ido a buscarla...

Las ganas de echarse a reír de Tyler se desvanecieron cuando vio la solemnidad de las tres caras. Cookie asentía con la cabeza como si tuviera línea directa con Dios.

—No sabía que unos viejos depravados como vosotros se hubieran vuelto unos beatos —dijo Tyler.

—Eso solo demuestra que no conoces a estos viejos depravados tan bien como te imaginas —dijo Slim poniendo un énfasis especial en la palabra «depravado», para demostrarle que sabía lo que quería decir y que le ofendía que la hubiera empleado con ellos.

—Mirad, solo quiero tumbarme y pasar la noche sin que me echéis sermones...

—No —dijo Slim.

—¿Cómo has dicho?

—Me has oído.

—¿No puedo tumbarme? ¿O tengo que escuchar antes el sermón?

Pensó que era absurdo estar negociando. Si bien era un asunto que no solía salir a relucir, la verdad era que él seguía siendo el jefe.

—¿Os olvidáis de que este sitio es mío?

—Bueno, entonces despídeme —dijo Slim.

—Y a nosotros —corearon Pete y Cookie. Se levantaron y deambularon con los hombros caídos y los pulgares en las hebillas de los cinturones, desafiantes. Parecían grandes y amenazadores, como unos forajidos de una mala película.

—Jefe, tienes la oportunidad de no acabar así —dijo lentamente Cookie—. Solo y jugando a las cartas por la noche.

—¡Nos gusta jugar a las cartas! —les recordó Tyler con cierta desesperación.

Miró los rostros resueltos y arrugados de los hombres que habían sido sus amigos y familia desde que podía recordar. Parecían satisfechos, pero las palabras de Cookie eran como un eco horripilante de lo que él había pensado últimamente.

—Podrías tener una esposa —dijo Pete—. Me gusta la idea de que haya unos vaqueritos corriendo por aquí.

—No consigues una esposa como si se pidiera por correo —soltó Tyler. Ni siquiera quería pensar en cómo se hacían esos vaqueritos—. Es mucho más complicado.

Los tres empleados seguían inamovibles como rocas, como si pensaran que iba a explicarles las complicaciones.

—¿Podríamos hablar de esto por la mañana? Por favor —dijo Tyler—, estoy machacado.

—Claro —dijo Slim.

Fue como si hubiera dado una señal. Los tres hombres rodearon a Tyler; eran extraordinariamente fuertes y él no esperaba lo que vino después. Cookie y Pete

agarraron una pierna cada uno mientras Slim le rodeaba el pecho con los brazos. Luego lo arrojaron fuera.

Tyler cayó contra el duro suelo y la bolsa de lona le cayó junto a la cabeza. La puerta se cerró y él escuchó el pestillo al cerrarse y las risotadas de los hombres al otro lado de la puerta.

Se quedó tumbado un rato mientras contemplaba el rumbo espantoso que había tomado su vida. El frío le obligó a moverse. Se levantó lentamente, se sacudió la ropa y miró la puerta con ira. Sintió un escalofrío. Desde luego, no iba a suplicarles nada a esos viejos necios y casamenteros.

Se echó la bolsa al hombro y se dirigió hacia la casa. Con un poco de suerte, ella habría dejado de llorar y estaría en la cama. Él podría entrar sigilosamente en su habitación sin que ella se enterara.

La casa estaba completamente a oscuras. Fue a abrir la puerta de atrás, pero el picaporte no giró.

Tardó un momento en asimilarlo.

¡Había cerrado la puerta con llave! Harriet Pendelton le había cerrado la puerta de su casa. ¿Acaso sabía que iba a volver? Todavía notaba el escozor en la mejilla. No podía creer que hubiera cerrado la puerta intencionadamente.

No, lo que pasaba era que una chica de ciudad como ella estaba acostumbrada a cerrar las puertas con llave. Sería algo que hacía sin pensarlo, como lavarse los dientes.

Miró la puerta con el ceño fruncido. Intentaba recordar si alguna vez había estado cerrada con llave. Estaba seguro de que no. Él ni siquiera sabía que tuviera una llave. Oyó un ruido y miró por la ventana de la cocina con ciertas esperanzas. Le resultaría algo violento que fuera Harriet, pero estaba a punto de congelarse y tendría que tragarse el orgullo.

No era Harriet.

Era el maldito perro que tenía la nariz pegada al cristal de la ventana. Para que pudiera hacerlo, tenía que estar subido a la encimera. Seguramente estaría comiéndose el pan de molde que había allí, con plástico y todo.

La cruda realidad era que el perro estaba dentro de la casa y él fuera. Sus fieles empleados lo habían expulsado de su propiedad mostrándole el mismo respeto que tendría un camarero con un borracho.

Tyler empezaba a notar que la ira se apoderaba de él por las injusticias de la vida y pensó en tirar la puerta de una patada, pero habría asustado a Harriet y habría tenido que consolarla y habrían vuelto a la situación en la que ella le había dado una bofetada. Ella necesitaba cosas que él no podía darle.

Recordó que tenía dos chaquetas gruesas en el pajar. Se volvió a colgar la bolsa de lona al hombro con un suspiro y se dirigió allí. Comprobó cómo estaba el ternero. Estaba fuerte y sano con su madre muy satisfecha a su lado. Las chaquetas estaban en el pajar, donde las había dejado.

Se puso la de lana y se tumbó sobre la paja con la intención de dormir. La paja le picaba, los gatitos, muy espabilados por la noche, le rodearon y se le subieron encima. Tenía frío a pesar de la chaqueta. Se envolvió las piernas con la otra chaqueta y se cubrió con la paja. Tyler había pensado siempre que el infierno sería ardiente, pero estaba completamente seguro de que él estaba en el infierno y que tenía frío.

Consiguió dar algunas cabezadas. Sus sueños estuvieron salpicados de pensamientos inquietantes y de imágenes perturbadoras, muchas de las cuales tenían que ver con la carnosidad del labio inferior de Harriet Pendelton. Nadie podía haber sido tan feliz como él al ver los rayos del amanecer que se colaban entre las tablas del pajar.

La evitaría esa mañana. Seguro que los muchachos no le negarían un desayuno.

Oyó risas al llegar al barracón, entre otras la de ella. ¿Qué debía hacer? tenían que trabajar juntos. No podía evitarla toda la vida.

Abrió la puerta del barracón y las risas cesaron de repente.

Tenía clavados los ojos de todos y ninguno le daba la bienvenida.

—Buenos días —dijo.

El perro estaba debajo de la mesa y hasta él lo ignoró.

—Buenos días, Tyler.

La respuesta vino de ella y lo hizo con un tono enérgico y profesional. Llevaba unos pantalones caqui muy poco favorecedores y algo que parecía una chaqueta de aviador. Tenía ojeras y parecía como si hubiera llorado.

Lo cual explicaba que los muchachos lo miraran con ojos asesinos.

—Pete, Cookie y Slim estaban echando una ojeada a mis storyboards —le dijo Harriet antes de que todos volvieran a inclinarse sobre la mesa como generales que planeaban un ataque y que no podían atenderle.

Tyler se guardó el comentario de que esos tipos no sabrían distinguir un storyboard de una bolsa de Gucci, pero allí todos parecían saber lo que era un storyboard.

—Estábamos hablando de las fotos del verano y han tenido una idea de lo más sugerente —dijo ella con dulzura.

¿Eran sonrisas cómplices lo que veía en las caras de esos hombres? ¿Se intercambiaban miradas maliciosas? Estaba claro que sí.

—Dicen que hay una poza en la finca con un columpio hecho con un neumático. ¿No te parece que sería una foto sensacional para julio?

—Sensacional, salvo por el hecho de que se descongeló hace una semana y el agua estará fría de... Slim lo miró con ojos de advertencia. ¡Vamos! ¡Si había estado en zonas de guerra!

Sin embargo, no acabó la frase.

—No hace falta que te metas en el agua —explicó ella con un exagerado tono de paciencia—. Solo tienes que fingir que vas a hacerlo. Columpiarte un poco en el neumático.

—Parece muy divertido —dijo Tyler sin un ápice de sinceridad y clavando la mirada en los conspiradores—. Gracias muchachos.

—De nada —dijo alegremente Slim—. Nosotros iremos a verlo.

¿Qué era eso? ¿Una revolución en toda regla? ¿Ya nadie trabajaba en ese rancho? ¿Nadie iba a preguntarle lo que iban a hacer ese día?

Al parecer no. Todos estudiaban detenidamente el storyboard.

—¿Sabes? Para la foto de otoño —dijo Cookie—, podíamos preparar una escena con ganado. Fuego para marcar las reses, lanzarles el lazo. Yo podía estar de fondo en el carronato. Para que sea más auténtico.

—¿De verdad?

Ella tomó aire como si tener a Cookie dando vueltas a un puchero fuera el fondo con el que había soñado toda su vida.

—¿Yo también podría estar en el fondo? —preguntó tímidamente Slim.

—Claro —dijo ella—. Tú también, Pete.

Tyler los miró con ira reconcentrada.

—Es el quinto día y preparar una escena como esa llevaría tiempo y no queremos que Harriet se salga de los plazos.

—La verdad es que voy adelantada sobre el plazo previsto —dijo ella inexpresivamente—. En dos días podría haber terminado. Mañana por la noche podría estar fuera de aquí si consigo imaginarme las fotos de invierno.

Cookie le llevó un plato a la mesa.

Eran huevos revueltos, que a Tyler le espantaban, y el beicon no estaba crujiente. Él se dio cuenta de que no era el día apropiado para quejarse de nada. ¿Mañana por la noche? Sería maravilloso. ¿Por qué entonces aquella idea le deprimió? Seguramente fuera porque el beicon estaba casi crudo, tenía que ser por eso.

—¡Invierno! —dijo Slim—. Todavía hay nieve en las montañas. Podíamos...

—Ocuparnos del rancho —le interrumpió Tyler.

—Subir allí —dijo Slim como si Tyler no hubiera hablado—. La nieve estará muy blanda en esta época del año. Mira.

Slim había captado la idea del storyboard y dibujó un muñeco de nieve con un hombre detrás que esquivaba bolas de nieve.

—Podías utilizar el perro —continuó entusiasmado—. Esos perros se emplean para los rescates en la nieve. Me pregunto si tendríamos algo para ponerle alrededor del cuello.

—¡Yo podría hacer un barril con ese bote de arenques en vinagre! —exclamó Cookie.

Tyler notó que le volvía el dolor de cabeza.

—Sería perfecto —dijo Harriet como si no se diera cuenta de que estaba quebrando todas las reglas—. Podríamos hacer las escenas con el ganado por la mañana, la nieve por la tarde y por la noche me habría ido.

—No hace falta que salgas corriendo —dijo malhumoradamente Pete—. Estamos

empezando a conocerte.

Tyler sabía que su obligación era recordarle las reglas aunque ello lo convirtiera en el ser más detestado del rancho.

—Te recuerdo que mi vida no iba a sufrir interrupciones, que yo apenas iba a notar tu presencia.

Los hombres se miraron como si estuvieran pensando en volver a arrojarlo fuera.

—No seas aguafiestas —le dijo con delicadeza Slim mientras volvía a concentrarse en los dibujos—. Mira, podríamos...

—Si nos ajustamos a las reglas —dijo ella con calma—, seguramente no pueda estar fuera de aquí mañana por la noche.

Tyler no podía seguir escuchando. Se comió la comida a toda velocidad.

—Creo que iré a ver cómo están las vacas y a hacer las tareas —dijo con tono concluyente.

—Perfecto —afirmó Pete sin ofrecerse para ayudarlo—. Para las fotos de la poza necesitamos que el sol esté alto y todavía falta un buen rato. ¿Qué tipo de traje de baño tienes, jefe?

Tyler solía nadar desnudo, salvo que Stacey anduviera cerca.

—Tengo un par de vaqueros recortados —dijo él secamente.

Pete pareció decepcionado.

—Sería mejor uno de esos que llevan los nadadores de competición, ¿verdad, Harriet?

—Mucho mejor —dijo ella con gesto serio.

Estaba disfrutando con la venganza por el desprecio de la noche anterior.

—Puedo ir al pueblo para comprar uno —dijo Pete muy serio también.

—¡No! —dijo Tyler con los dientes apretados—. No, ni aunque mi vida dependiera de ello. Nunca jamás. No, hasta que se hiele el infierno.

Lo cual él sabía por experiencia propia que había sucedido la noche anterior.

Pete y Harriet estallaron en una carcajada y Tyler los miró con ira antes de levantarse con toda la dignidad que pudo. Salió y el día era radiante. Un día perfecto para hacer las malditas fotos del verano. Se temió que las oraciones para que lloviera no iban a ser atendidas después de que esos depravados hubieran decidido ponerse en contacto con Dios.

Sin embargo, si él ya creía que Harriet había disfrutado con su venganza, eso no era nada comparado con la ocasión que tuvo unas horas más tarde mientras Tyler temblaba de frío junto al neumático que colgaba sobre la poza.

Se había levantado un viento del norte y aunque el día era maravilloso, hacía un frío realmente helador.

Tyler solo llevaba puesto unos vaqueros recortados. En principio le llegaban justo hasta encima de la rodilla, pero sus condenados ayudantes habían decidido que sería mucho más erótico si llegaban más arriba y los habían cortado con sus navajas hasta medio muslo.



Cuando se quejó, le recordaron que era por una buena causa y Pete le había apuntado con la navaja, de modo que decidió que sería mejor tener la boca cerrada.

Harriet disfrutaba a conciencia con lo mal que lo estaba pasando.

—Esa sombra morada que tienes en los labios no va a quedar muy bien en la foto, jefe.

—Venga, date un chapuzón. Sería una foto preciosa.

—Deja de temblar, las fotos van a salir movidas.

Sin embargo, Tyler notó, sin que ello le gustara, que Harriet no disfrutaba tanto como los muchachos.

—Hoy hace demasiado frío —decidió ella mientras se abrigaba mejor con la chaqueta—. Tyler, vamos a dejarlo.

—Sigamos.

Demostrar que uno era duro como el que más debía ser una muestra de pavoneo masculino, pero él no estaba dispuesto a desaparecer de allí. Hacerlo supondría otro día más de fotos en cualquier otro sitio.

—De acuerdo, si tú lo dices... —dijo ella un poco dudosa—. Súbete al neumático.

El neumático estaba colgado de una gruesa rama que se arqueaba por encima de la poza. Él subió a la rama y luego bajó por la cuerda hasta el neumático. Por el momento todo iba perfecto. No se había mojado lo más mínimo. Empezó a impulsarse para que el columpió se balanceara.

Basil, que parecía haber hecho muy buenas migas con los hombres, empezó a correr como un loco por la orilla mientras ladraba frenéticamente cada vez que el neumático pasaba por encima del agua.

—¡Jefe, sonríe!

Tyler mostró los dientes. No creía haber pasado más frío jamás. Hizo distintas poses encima del neumático sin que nadie se lo pidiera. Se sentó encima, se puso de pie y sacó pecho, metió las piernas por el agujero... Tenía tanto frío que se sentía rígido como un muñeco de madera. Le extrañaría que en la foto no se notara la carne de gallina.

A juzgar por los comentarios, los muchachos no estaban muy satisfechos con la sonrisa y las poses. A Harriet solo se le veía le ceño fruncido detrás de la cámara.

—¡Pon cara de felicidad! —le gritó Cookie por encima de los ladridos del perro.

—¡Ven tú aquí y ponla! —le respondió él tiritando.

—Se acabó —dijo Harriet—. No hace calor para esto. El pobre va a morirse. Tyler, vuelve, lo intentaremos otro día.

¿Otro día? Eso significaba alargar su estancia. Lo del «el pobre» sonaba casi como si le hubiera perdonado. Evidentemente, no era el momento de abandonar. Intentó parecer feliz con más ahínco. Impulsó el neumático hasta que describió un arco altísimo y se puso a horcajadas como si fuera un caballo.

—¡Muy bien, vaquero! —gritó Pete entusiasmado.

—Eso es —reconoció Pete.

—¡Vas a caerte! —gritó Harriet con un curioso tono de espanto en la voz—. ¡No hagas eso!

Naturalmente, tuvo que hacerlo con una mano.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo con un hilo de voz Harriet aunque no paraba de disparar la cámara.

Tyler volvió a ponerse de pie en el neumático. Se agarró de la cuerda con las dos manos y empujó el neumático con las piernas. La cuerda actuaba de muelle que impulsaba el neumático arriba y abajo.

—Muy bien —dijo Harriet como si estuviera sobre un millar de lanzas—. Ya está. Ya tengo todo lo que necesito. Se acabó.

—¡Eh! ¡Haz la bomba en el agua! —gritó Pete con una repentina inspiración—. ¡Sería una foto de verano sensacional!

—Eso, jefe, salta.

—¡Vamos! ¡Sería una foto maravillosa! —añadió Slim.

Él los miró con el ceño fruncido. Se olvidaban de lo fácil que iba a ser para él tomarse una cumplida revancha. La próxima vez que hubiera una ventisca los tres iban a comprobar todas las cercas a caballo, incluido Cookie, que llevaba años sin montar.

—¡Salta! —gritó Pete.

—Ni se te ocurra —dijo Harriet—. No seas ridículo. Hace demasiado frío. Para el neumático.

—¿Qué no se me ocurra?

Él la miró cuando pasó junto a ella. La mirada de ella expresaba ansiedad. Realmente no quería que saltara al agua. Hasta él comprendía lo bien que quedaría la foto.

—Baja de ahí —dijo ella.

Estaba poniéndose furiosa.

¿Significaba eso que anteponía su seguridad a la maldita foto? ¿Le preocupaba él? Si tenía en cuenta lo sucedido la noche anterior, eso no era una buena señal. En absoluto. Entonces, ¿por qué sentía cierto placer ante la expresión angustiada de ella?

—Tyler, ¿te importaría bajarte de ahí antes de que te pase algo? —suplicó ella.

—¡Vamos, jefe, salta!

—¡Vosotros, dejadlo ya! —dijo ella con firmeza. Pero los malditos gamberros ya no escuchaban a nadie.

—¡Salta! ¡Salta!

Tyler volvió a dar otro impulso al neumático. Vio que ella se echaba la cámara a la cara a regañadientes y sacaba más fotos. Aunque entre foto y foto le gritaba que volviera.

La orilla era un caos en donde ella gritaba que volviera, los muchachos que saltara y el perro no paraba de ladrar.

En realidad, era bastante divertido estar donde estaba. Ya ni siquiera tenía frío. Se agarró con una mano y se inclinó sobre el agua.

—¡No hagas eso! —vociferó ella.

—¡Salta! —gritaron los muchachos.

Él se rió con una carcajada. Dio otro impulso al neumático, metió las piernas en el agujero y se dejó caer hacia atrás. Colgaba boca a abajo y rozaba el agua con la punta de los dedos.

Cuando volvió a sentarse en el neumático, vio que ella estaba pálida y preocupada. Hacía mucho, mucho tiempo que nadie se preocupaba por él. Preocuparse era tarea suya. De Stacey. Del ganado. De las facturas. Incluso de los tres depravados que habían enloquecido en la orilla.

—Tyler, por favor —dijo ella—. Nunca me lo perdonaría si te pones enfermo por esto.

—Hace falta mucho más que un poco de agua para que se ponga enfermo —contestó Cookie—. Mójate, jefe. Venderás un millón de calendarios.

—Un millón, ¿eh? —se puso en el borde del neumático.

—¡Dos millones!

—¡Yo mismo compraré uno! —gritó Slim.

—Callaos los tres —ordenó Harriet—. ¡En este instante! Agarrará una neumonía e hipotermia.

Tyler estudió las posibilidades.

—¿Bomba o salto mortal?

—Primero la bomba y luego el salto mortal —gritó Pete.

Eso era demasiado. Saltaría una sola vez.

—Ninguno de los dos —ella gritaba desesperada—. Tyler Jordan, bájate de ahí ahora mismo.

—Sí, señora —dijo él complacido.

Evidentemente, un salto mortal quedaría mejor para la foto, pero no se le vería bien la cara y salpicaba menos.

—Prepara la cámara —dijo Slim—. Va a saltar.

—No volveré a hablarte jamás —dijo ella a Tyler mientras preparaba la cámara.

—Promesas, promesas —respondió él.

Se soltó y salió hacia el cielo, luego se dobló, se agarró las rodillas y entró en el agua.

No estaba preparado para el frío. Los miembros se le entumecieron al instante. Pero la orilla estaba a un par de metros y la habría alcanzado fácilmente si no llega a ser porque Basil, completamente histérico, se lanzó al agua para rescatarlo.

El enorme perro había hecho un par de torpes movimientos cuando pareció darse cuenta de que no sabía nadar. Los ojos se le llenaron de espanto y miró primero a la orilla y luego a Tyler. La mirada se le quedó clavada en Tyler y se abalanzó sobre él.

Fue como si le cayera encima una manta empapada de ciento cincuenta kilos. La

piel mojada hacía que pesara el doble y Tyler se hundió, sintió que el agua helada le entraba por la boca y la nariz. Consiguió librarse de Basil, pero el perro volvió hacia él dando patadas en el agua hasta que le apoyó las patas en los hombros y volvió a hundirlo.

Tyler salió entre toses, Basil se apoyó en su cabeza e intentó agarrarse a él. Esa vez, cuando se hundió, Tyler se separó del animal y apareció a unos metros de él.

El perro lo vio y avanzó en su dirección. El hombre y el perro nadaron hacia la orilla. Tyler llegó antes, pero por muy poco. Consiguió arrastrarse fuera y se tumbó en la hierba dando bocanadas. Basil salió justo después y se tumbó junto a él. Era un montón de perro mojado y maloliente.

Le lamió la cara a Tyler, y este sintió una felicidad estúpida porque el perro no se hubiera ahogado.

—Chucho estúpido —dijo Tyler mientras le rascaba detrás de las orejas.

Luego consiguió ponerse de pie para enfrentarse a la ira de Harriet.

—Imbécil. Podías haberte ahogado. Darle un manta —ordenó al grupo de ayudantes antes de volver a dirigirse a Tyler—. ¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido? Que alguien traiga la camioneta corriendo. Tyler métete en la cabina de la camioneta.

—Prometiste no volver a hablarme —le recordó él con suavidad mientras Slim le daba una vieja manta que había conocido los lomos de muchos caballos—. No suponía que Basil fuera a saltar.

—Podías haberte ahogado.

—Y habría sido una forma bastante desairada de morir —dijo él intentando hacer una broma. Al parecer no lo consiguió.

Harriet rompió a llorar.

De repente, sus ruidosos ayudantes estaban muy silenciosos. Cookie miraba el agua. Pete buscaba algo debajo de la uña del pulgar y Slim mostraba un interés desmesurado por las punteras de sus botas.

—Solo queríamos divertirnos —dijo entre dientes Slim después de pasar un minuto entero mirándose los pies.

Agarró a Basil del collar y Pete y Cookie les acompañaron a la camioneta.

Cookie le dio una palmada en la espalda al pasar junto a Tyler.

—Haz algo —le susurró.

Tyler se quedó mirando a las espaldas que se alejaban.

—Eh, no metáis a ese perro mojado en la cabina. Olerá toda...

La puerta se cerró con Basil dentro. Para eso era el jefe.

Tyler la miró. Ella no lo miraba. No le extrañaba que esos tres hubieran salido corriendo. No había nada que estremeciera tanto a un hombre como ver a una mujer llorando. Nada.

Él suspiró y dio un paso hacia ella. Ella seguía sin mirarlo. Él volvió a suspirar y abrió la manta para rodearla con ella. La estrechó contra el pecho.

De vuelta al hogar. Sentirla contra su pecho era como volver al hogar.

—No era peligroso —dijo él—. Solo un poco frío. Desagradable. ¿Ves? Ni siquiera tiemblo.

Ella temblaba más que él, pero prefirió no comentarlo.

Debería haber sabido que ser racional no iba a servir de mucho.

Ella le dio un puñetazo en el pecho.

—El perro casi te mata.

Él se rió.

—Me parece que Basil tenía un concepto muy elevado de sus facultades como rescatador. Seguramente lo expulsen del servicio de salvamento.

—¿Cómo puedes reírte?

Él notaba que las lágrimas le bajaban por el pecho desnudo. Tenían una calidez muy agradable. Ella tomó aire precipitadamente y se apartó de él.

—Monta en la camioneta antes de que te mueras de frío.

Entonces, lo miró. Directamente a los ojos. Ella tenía los ojos húmedos y brillantes, de un marrón claro, como el ante.

Lo que vio en los ojos estuvo a punto de pararle el corazón mucho más que el baño de agua fría. Ella lo amaba.

Eso era mucho más peligroso que desearlo.

Tyler notó un calor en la cara que le bajó al pecho y las piernas. Era como si estuviera junto a una hoguera de tres metros de altura en vez de estar empapado en medio del campo y con un viento helador.

## Capítulo 8

TYLER temblaba sentado en el asiento de la camioneta entre Slim y Harriet. Iban todos en la enorme cabina que olía a perro mojado, a cigarro apagado y a manta de caballo. Cookie había apagado un enorme cigarro barato cuando Harriet y Tyler se montaron.

La calefacción echaba bombas y Harriet intentaba convencerse, con la frente pegada a la ventanilla, de que se sentía enferma por el olor a perro y a cigarro mezclados con el calor de la calefacción.

Pero en su corazón, ella sabía que no era así. Tenía el estómago revuelto por la tensión de ver a Tyler que casi se ahoga. Peor aún, fue la expresión que vio en la cara de Tyler cuando la abrazó a la orilla del agua.

Él lo sabía.

Había visto cómo se encendía la luz de la comprensión en el fondo de la oscuridad de sus ojos. Él sabía cuál era su secreto mejor guardado, el que ni siquiera se había desvelado a sí misma.

Harriet se había convencido a sí misma de que iba a Bar ZZ para superar un capricho juvenil que debería haber superado con la edad.

En ese momento lo veía en términos mucho más claros. Había vuelto a Bar ZZ con el propósito expreso de desenamorarse de Tyler Jordan. En ese sentido, su misión había sido un fracaso absoluto.

Más que un fracaso.

—Seguro que tienes fotos fantásticas —dijo Slim con satisfacción.

El camino por el que avanzaban era un camino de carretas y cada bache revolvía un poco más el estómago de Harriet.

—Estoy deseando ver las de la poza.

Quizá su misión no hubiera sido un desastre completo. Harriet sabía que estaba haciendo las mejores fotos de su vida. Sabía que todos los sentimientos ocultos que albergaba hacia Tyler servirían para las fotos. Las fotos captarían su esencia como solo podía hacerlo una mujer que lo amara.

Con tal de agarrarse a un clavo ardiendo, Harriet decidió que quizá estar enamorada de él tenía su lado positivo. Cuanto mejor fueran las fotos, más calendarios se venderían. Ella haría una buena obra. Su dolor serviría para una buena causa. Si lo miraba de esa manera, podría conservar la salud mental un día y medio más.

Naturalmente, su primera tarea sería convencer a Tyler de que estaba equivocado sobre lo que había visto claramente al borde de la poza. Ella pensó que él iba a morir y que sería culpa de ella. En primer lugar por llevar a Basil y, además, por haber decidido hacer las fotos allí cuando sabía que hacía demasiado frío.

Doña Desastres.

Pero al ver que no le había pasado nada, no pudo evitar que la cara reflejara alegría, alivio y sí, amor también. Pero ella tenía que encontrar la forma de borrar ese momento de la memoria de él.

Él tuvo un violento escalofrío y ella se aventuró a mirarlo. Tenía la piel de gallina y un leve cerco azul alrededor de los labios.

¡Otra vez el amor!

—Tyler necesita una ducha caliente —dijo.

Se dio cuenta inmediatamente del error que había cometido cuando Pete, Slim y Cookie se rieron disimuladamente. Si quería convencer a todo el mundo, y sobre todo a él, de que no sentía nada por Tyler, debía dejar de comportarse como una madraza ante esos rudos hombres.

—No puedo permitir que enferme —dijo ella con la voz más inexpresiva que pudo—. Tiraría por tierra mis planes de trabajo.

Notó que el dardo había alcanzado el objetivo. Tyler hizo una mueca y ella notó que le clavaba los ojos en la cara.

—Gracias por preocuparte tan sinceramente —dijo él con sarcasmo.

Una reacción perfecta. Harriet no lo miró.

—Se necesita algo más que un poco de agua para que enferme —la tranquilizó Pete—. Nunca ha sido un frágil modelo masculino.

Todos se rieron a carcajadas. Ella miró a Tyler. Tenía un gesto impasible. Slim paró la camioneta delante de la casa de Tyler y ella abrió la puerta. Los baches, el calor y los olores querían pasar factura. Fue detrás de la camioneta y vomitó.

Notó una mano que le acariciaba el cuello. Era fuerte, tranquilizadora y extraordinariamente amable.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

—Ha sido el humo del cigarro —dijo ella—. Ve a darte la ducha. Estoy bien.

Le dejó la mano sobre el cuello un instante y luego la dejó caer a un lado.

—Ve con los muchachos —dijo él—. Cookie se ocupará de ti.

Ella quería que fuera Tyler quien se ocupara de ella, de modo que no se atrevió a mirarlo no fuera a ser que lo tuviera escrito en la cara. Era evidente que Basil había decidido que le debía la vida a Tyler porque salió detrás de él arrastrando las patas. Los muchachos le gritaron unas sugerencias sobre el vestuario y se echaron a reír cuando él cerró de un portazo.

¿Qué se esperaba? Tyler era irresistible para los hombres y los animales. Y las mujeres. Vendería calendarios por toneladas, se recordó ella.

Cuando llegaron al barracón, Cookie hizo que ella se sentara a la mesa. Al poco rato le puso delante un vaso enorme con una pócima que burbujeaba y echaba humo.

—Bébetete hasta la última gota —dijo él.

Lo hizo y se quedó sorprendida de lo bien que se encontraba cuando Tyler apareció por el barracón media hora más tarde. Comprobó que no había hecho caso de los consejos sobre el vestuario, pero la verdad era que daba igual lo que se pusiera.

Los vaqueros estaban rotos por la rodilla y la camisa de tela vaquera era casi blanca de lo gastada que estaba. Estaba mucho más excitante que si se hubiera puesto algo para estarlo.

También estaba dispuesto a que sus empleados dejaran de rebelarse.

—Pete, Slim —dijo él—. Vamos. Tenemos trabajo.

El tono no permitía discusión. Se había recuperado de los temblores y parecía fuerte y vital. Ella sabía que era uno de esos hombres que estaban hechos de acero y eran inflexibles hasta la médula.

Luego recordó la caricia en el cuello y se preguntó si sería tan inflexible.

Los hombres intercambiaron una mirada. Todo el mundo había comprendido que el buen humor de Tyler había terminado. Ella se levantó también y él frunció el ceño.

—Tú, no.

Ella notó que le ardían las mejillas. Había demostrado tanto su afecto que él no quería tenerla cerca. No podía culparlo.

—Cuídate el estómago —dijo Tyler con un tono más suave—. Vamos a cabalgar mucho. Vamos retrasados en todo. En estos momentos no puedo pararme por ti. Sobre todo —miró a sus hombres—, si mañana vamos a hacer esas fotos con el ganado.

Dio media vuelta y se marchó. Pete y Slim la miraron como disculpándose y lo siguieron.

—Será antipático... —dijo con alegría Cookie—. ¿Sabes hacer galletas? Mi receta de virutas de chocolate ganó un premio en la feria hace unos años.

Harriet no sabía a qué responder.

—Parece un poco antipático, pero me considero culpable. Le he exigido demasiado. No debió meterse en el agua.

—Bobadas. A él le viene bien. A todos nos viene bien. Aquí todo es rutinario.

—Bueno, a juzgar por su cara, quizá él no esté muy de acuerdo sobre lo bien que le viene —quería dejar ese tema—. No, no sé hacer galletas.

—Yo sí y dentro de una hora tú también sabrás.

Ella esperaba que no hubiera segundas intenciones. Que los muchachos pensarán que una mujer que fuera a ocuparse de Tyler tenía que saber cocinar. Eran hombres muy tradicionales y seguramente esperarían que sus mujeres lo fueran también en cierta medida.

Esa idea debería alegrarle. Para encajar en Bar ZZ ella tendría que coser botones, hacer punto, cocinar y llevar delantal. En ese caso, ella no encajaría jamás. Era una bendición que Tyler la hubiera despreciado. Él seguramente habría notado todas las cosas que estaba a punto de confesar a Cookie.

—No soy hogareña —dijo ella con cierto orgullo desafiante—. En casa solo utilizo el microondas. Cocina frugal.

Cookie la miró como si estuviera hablando en chino. Ella comprendió que tendría que expresarse con más claridad.



—Cookie, nunca he hecho un pastel ni he asado un pavo. Supongo que una mujer que viva en un rancho tendrá que ser capaz de dar de comer a un regimiento. Hacer pan, tartas, carne asada y todo ese tipo de cosas.

Se agotó solo de pensarlo.

—En este rancho, no —dijo Cookie con una mueca—. ¿Qué haría yo?

—Bueno, ya que hablamos del tema, hay otras muchas cosas que no sé hacer. No sé hacer una colada. Lo blanco se vuelve rosa y los jerseys encogen y tengo dudas sobre los bebés.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —preguntó con desolación Cookie.

—Solo por si vosotros, los muchachos, teníais algunas ideas sobre Tyler y yo.

Se sintió ridícula nada más decirlo. Cualquiera con dos ojos en la cara se daba cuenta de que Tyler y ella estaban en dos mundos completamente distintos.

—No me importa si sabes hacer pasteles y a mí no se me dan bien los bebés. La verdad es que me aterroran.

—A mí también —ella tomó aire atónita al descubrir esa afinidad.

—Él está muriéndose de soledad —le confesó Cookie—. Si los pasteles y las camisas limpias pudieran hacer algo para solucionarlo, ya estaría solucionado.

Cookie le puso un cuenco delante que era tan grande que podría bañarse en él.

¿Pensarían Cookie y los otros que ella era el antídoto para la soledad de Tyler? ¿Estarían tramando algo? Sería gracioso si no fuera aterrador.

—El no está muriéndose de soledad —dijo ella con firmeza—. No he visto a ningún hombre tan satisfecho consigo mismo. No necesita a nadie más.

—Seguro que eso es lo que él quiere creerse. Veo que te ha engañado a ti también.

Cookie sacudió sombríamente la cabeza.

—No me ha engañado. Sencillamente no está interesado en mí de una forma que pudiera solucionar sus problemas de soledad, en el supuesto de que los tenga —se dio cuenta de que había omitido algo—. No es que yo esté interesada en él de esa forma, tampoco.

—Mmm.

Evidentemente no había convencido a Cookie. Miró con espanto la mugrienta receta que Cookie estaba alisando delante de ella.

—¿Doce tazas de harina? ¿Estás de broma?

—No tiene sentido hacer una hornada minúscula para esta gente. Él siente algo por ti. Lo lleva escrito en la cara. ¿Crees que ha saltado al agua para impresionarme a mí?

—Lo hizo porque es rebelde. No siente nada por mí —dijo con firmeza Harriet mientras medía cuidadosamente la primera taza de harina. No iba a permitir que ese anciano diera alas a la esperanza que ella intentaba sofocar—. A no ser que sienta aversión.

—¿Aversión? ¿Qué quiere decir eso?

—Que no le gusto —dijo Harriet.

Era bueno decir las palabras, sentir el dolor que le producían. Miró el siguiente ingrediente de la lista. Parecía como si le bailara delante de los ojos.

—Lo interpretas todo mal —Cookie no se refería a las recetas—. Si él tiene aversión, no es por ti. Ha conseguido pasar muchos años sin sentir nada. Estoy seguro de que tú estás sacudiendo su mundo cómodo y seguro.

Estaba claro que el mundo de Tyler no tenía nada de seguro. Montaba a caballo, se ocupaba del ganado y luchaba contra ventiscas. Hacía cosas peligrosas un día sí y otro también, pero sabía que no debía decírselo a Cookie, quien se reiría de que esas cosas le perecieran peligrosas. Una chica de ciudad, la distancia entre ella y Tyler era mayor cada vez.

Dado que la situación no tenía porvenir, en el terreno sentimental, Harriet se propuso no aprovecharse de esa oportunidad maravillosa para fisgar en la vida íntima de Tyler, pero era como si le ofrecieran una dosis a un drogadicto.

—¿Qué quieres decir con que no siente nada? —dijo ella mientras se concentraba en la receta como si estuviera en un laboratorio nuclear.

—Era un niño cuando murieron sus padres. Sacó una idea equivocada de lo que significa preocuparse de los demás. El amor le hizo daño, mucho daño. No quiere volver a sentirlo.

Ella puso azúcar en las galletas.

—No debes preocuparte porque él me quiera. Sé que no tengo ninguna oportunidad.

—¿Por qué lo dices?

—Vamos, Cookie... No me hago ilusiones. Soy larguirucha, flacucha y no tengo pelos en la lengua. No soy el tipo de mujer que necesita Tyler.

—Yo creo que eres atractiva —dijo Cookie con una franqueza hosca—. Tú debes tener tus cicatrices como las suyas. Se puede decir alta y esbelta en vez de larguirucha y flacucha.

Se suponía que estaban fisgando en la vida de Tyler, no en la suya.

—Solo quiero decir que no soy lo suficientemente buena para él. Cookie, hicieron una encuesta en el centro comercial. Todas las mujeres que lo vieron lo adoraron. ¿Cómo puedo tener una oportunidad ante eso?

—¿Quieres decir que lo adoras?

Ella tomó aire. Estaba desvelando demasiadas cosas de sí misma. Ese cauteloso cocinero estaba consiguiendo que ella hiciera demasiadas cosas a la vez. Se había olvidado de cuanta levadura había puesto. ¿Había puesto levadura?

—Claro que no lo adoro —dijo con vehemencia—. Solo digo que es uno de los hombres más guapos del mundo y que eso es demasiado para mí.

Cookie gruñó.

—Él no sabe que lo es. Todo el interés que despierta su aspecto le abruma. Tengo la sensación de que tú has visto algo más. Algo más profundo que su cara.

—Pues no lo he hecho —dijo ella con obstinación, lo cual podría considerarse como una de las mayores mentiras de su vida.

—¿Cuánta sal has puesto?

No tenía ni idea.

—Lo que dice la receta.

—Mmm. Que conste, lo has entendido todo mal. Él no se encuentra demasiado bueno para nadie. Ni siquiera se encuentra bueno.

—¿Por qué?

—Eso deberías preguntárselo a él.

A Harriet le dolió que Tyler no se encontrara suficientemente bueno.

—Quizá lo haga —dijo pensativamente antes de dedicarle toda la atención a las galletas.

Le pareció larguísimo hacerlas. Había tanta masa que le dolían los brazos de revolverla. Ella y Cookie las probaron cuando salieron del gigantesco horno.

Eran repugnantes.

—Demasiada sal —dijo pensativamente Cookie—y quizá te hayas olvidado de la levadura.

¿Qué esperaba? Había estado pensado en otra cosa.

—Vamos a tirarlas.

Demasiado tarde. Los muchachos entraron y se dirigieron directamente a las galletas. Pete y Slim se hicieron con un puñado, pero ella, naturalmente, miraba a Tyler.

Lo miró y pensó en la ilusión más dolorosa. ¿Entraría algún día por la puerta para encontrarse con una joven esposa que le había hecho unas galletas y esperaba con ansiedad su reacción?

Tomó una galleta y se la metió entera en la boca. De repente, empezó a masticar más despacio y tragó saliva. Él miró a Cookie. Dejó de masticar y la miró. Terminó de masticar y, se la tragó.

—No necesito tu aprobación —le dijo ella—. No soy ese tipo de mujer.

—¿He dicho algo? —preguntó Tyler—. ¿Qué tipo de mujer?

Notó que todos la miraban como si fuera una osa atrapada en la cabaña con ellos.

—De las que hacen galletas y saben asar un pavo.

Lo dijo como si les hubiera arrojado el guante. Tyler la fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿qué tipo de mujer eres?

—Completamente independiente y alta.

—Ya me había dado cuenta de eso —dijo Tyler.

—Y no lo apruebas.

—¡Nunca he dicho tal cosa!

—¿Lo apruebas?

—Creía que no necesitabas mi aprobación —le recordó él—, pero para que conste, te diré que me gustan altas e independientes.

Los muchachos sonreían de oreja a oreja, como si Tyler estuviera sacándolos de un campo de minas.

—Tomad más galletas —dijo retorcidamente Cookie. Pete y Slim iban a obedecer.

—No lo hagáis —dijo con orgullo Harriet—. Por favor. Sé que no sirvo para las cosas del hogar.

En realidad, sabía que no servía para nada. Miró a Tyler. Él la miraba de reojo.

Era lástima. Como si él pensara que hacer las galletas hubiera sido otro intento de conquistarlo. Ya que no lo había conseguido con los besos lo había intentado por el sistema tradicional.

No iba a consentir que él sintiera lástima de ella. Prefería que la odiara.

—Deberíamos probar otro peinado para las fotos de mañana —dijo Harriet mientras lo miraba con los ojos entrecerrados—. ¿Te has puesto alguna vez crema en el pelo?

—¿Crema en el pelo? Cookie, ¿qué le has dado de beber para arreglarle el estómago?

Todos se rieron.

—¿Y nata? ¿Te has puesto alguna vez nata? —preguntó Pete.

—No, pero una vez tuve natillas. Me las tiraron en una boda y tardé varios días en quitármelas.

No iba a inspirarle lástima, pero tampoco iba a reírse de ella.

—Es un producto de peluquería.

Él la miró un instante y luego sonrió lenta y seductoramente.

—Creo que prefiero las natillas.

—Cookie, ¿cuánto falta hasta la cena? —preguntó ella.

—Un poco.

—Perfecto. Lo suficiente para que peine a Tyler. Siéntate.

—No —dijo él a la vez que se cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Vamos, jefe —dijo Slim—. Seguro que a Fabio le peinan.

—¿Quién es Fabio?

—Déjale que te arregle el pelo —dijo Cookie—, o no te doy de comer.

Tyler los miró a todos, farfulló algo sobre una conspiración y se sentó a la mesa.

Cuando terminó de peinarlo ya había conseguido la mitad de su objetivo. Tyler Jordan no sentiría lástima de ella, la sentiría de sí mismo.

Pero el plan había tenido un fallo. Ella no había contado con el placer de pasarle los dedos por el sedoso pelo negro ni con la punzada que sintió en el estómago al hacerlo.

Después de una cena que demostraba que ninguna mujer tendría que cocinar en Bar ZZ mientras Cookie viviera, Harriet decidió que no quería seguir en la misma habitación que Tyler.

El pelo de punta era excitante como un pecado y ella no podía olvidarse de la

sensación de tenerlo entre los dedos.

—Me voy a la cama —anunció ella—. Buenas noches a todos.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella se había dado cuenta del codazo que Slim le había dado a Tyler en las costillas antes de hacer la oferta.

—No hace falta. Sé cuidar de mí misma. Además, Basil vendrá conmigo, ¿verdad?

El perro se levantó y los dos salieron. Ella ni siquiera quiso preguntarse dónde dormiría Tyler esa noche.

Basil la acompañó hasta la casa y estornudó tres veces. Ella comprendió que el chapuzón le había sentado peor que a Tyler. De modo que le dejó entrar, aunque Tyler prefiriera que se quedara fuera.

Fue un error. Nada más entrar, el perro fue directamente a la habitación de Tyler, empujó la puerta entornada y se tumbó en la cama

—Sal de ahí —le dijo con firmeza.

Descubrió que cincuenta y cinco kilos de mujer no podían con sesenta kilos de perro cabezota. Basil se puso cómodo entre el edredón.

—Tienes suerte. Seguramente, Tyler no vendrá a dormir —dijo ella, pero según lo decía oyó que la puerta de atrás se abría y cerraba.

Tyler apareció en la puerta del dormitorio y los miró con los brazos cruzados. Tenía los ojos oscuros y misteriosos. Su cuerpo era hermoso y ella solo podía pensar en arrojarse sobre él; como nueve de cada diez mujeres que lo vieran.

Ella intentó por todos los medios mantener algo de orgullo. El nuevo plan era hacer que la odiara en vez de que sintiera lástima por ella.

—¿Qué hace el perro en mi cama?

—Vaya —dijo ella con dulzura—. Yo lo he metido ahí. Tenía mucho frío, ¿verdad, cariño?

Ella pensó que no podría aguantarlo, que acabaría riéndose del tono almibarado de su voz. Miró a Tyler. Su expresión no indicaba nada de lástima.

Estaba profundamente irritado. Lo malo del asunto era que Tyler irritado era tan atractivo como no irritado, aunque si se ponía a pensarlo, no recordaba muchas veces que no hubiera estado irritado por algún motivo.

—¿Has metido al perro en mi cama? ¿Tú lo has metido ahí?

—Está enfermo —dijo ella para evitar la mentira sin que ello disminuyera su irritación.

—Harriet Pendelton, eres exasperante.

—Gracias. Ya me lo habías dicho. No te olvides de que tenemos que levantarnos pronto para arreglarte el pelo.

—No vas a arreglarme el pelo otra vez. Me espanta como está. Me veo ridículo y me siento peor.

—Tyler, estás muy mono —dijo ella con una voz melosa.

Si ella fuera un hombre habría encontrado ese tono de voz completamente insoportable.

Él la miraba con los ojos entrecerrados y ella comprendió que estaba sobreactuando y que iba a conseguir que él sospechara.

—Si hay algo que no he querido ser nunca es mono —dijo secamente él.

—Bueno, son jugarretas de los dioses, a veces te dan lo que no quieres.

—¿De verdad? ¿Qué te han dado a ti?

—¿Estás de broma? ¡Todo! Una gran estatura. Poca carne. Pecas. Dientes torcidos. Un pelo con un color y una textura que nadie en su sano juicio podría desear.

—Yo no veo nada de eso cuando te miro —dijo él con delicadeza.

—¿No?

La voz entrecortada la habría avergonzado en otras circunstancias, pero esa noche debía recordar que quería ser incordiante.

—Solo veo tus... ojos.

Ella sabía que era mentira porque él la miraba directamente a los labios.

—¿Mis ojos?

—Tienen un color muy especial. En general son marrones, pero tienen destellos dorados.

¿Se había fijado tanto en sus ojos? Iba a perder todo el terreno que había ganado si no tenía mucho cuidado.

Afortunadamente, Tyler pareció contenerse. Apartó la mirada y ordenó al perro que se bajara de la cama. Basil cerró los ojos y fingió estar profundamente dormido. Tyler lo rodeó con los brazos y lo dejó en el suelo.

—Apesta —dijo él—. Supongo que la cama olerá igual.

Bajó la nariz hasta el edredón y se apartó de un salto.

—Me iré al sofá.

El perro bostezó, se estiró y volvió a la cama.

Tyler salió con paso airado de la habitación. Cuando ella pasó de puntillas unos minutos más tarde por la sala lo vio envuelto en una manta como una salchicha.

—¿Necesitas algo? —le preguntó ella en un alarde de amabilidad.

¿Por qué iba a sentirse culpable? En realidad, ella no tenía la culpa de que Basil se hubiera metido en la cama. Además, ella iba a pasar la noche dando vueltas atrapada en una maraña de emociones. No sería justo que Tyler estuviera cómodo y feliz.

—Sí —contestó él—. Necesito una cosa: recuperar mi vida.

—Yo, también —susurró ella al otro lado de la puerta cerrada—. Yo, también.

## Capítulo 9

EL le había oído susurrar que necesitaba recuperar su vida. Ella no se acordaba nunca de que en una casa con las paredes tan finas era imposible mantener un secreto. De modo que necesitaba recuperar su vida. Como él. Ya que los dos necesitaban lo mismo, le pareció que la vida debería ser muy sencilla.

Con un poco de suerte, solo le quedaba un día de condenadas sesiones fotográficas. Por la mañana el ganado y por la tarde una rápida visita a la nieve. Luego, como por arte de magia, recuperarían sus vidas.

Pensó que debía ser el agotamiento lo que le hacía preguntarse qué tenía de excepcional su vida como para querer recuperarla.

Como punto a favor encontró que era predecible.

Dios sabía bien que nada era predecible cuando Harriet andaba cerca. Lo cotidiano se convertía en una aventura y la calma se tomaba en un caos. Incluso el palpar de su corazón era algo impredecible y errático. Cuando un hombre ya ni siquiera podía contar con que su corazón se comportara de forma predecible, era el momento de recuperar su vida.

¿Qué pasaría si su vida le parecía gris y anodina después de ese resplandor?

En ese momento no había tal resplandor. Tyler ni siquiera estaba seguro de que fuera a sobrevivir hasta el día siguiente, de modo que para qué hablar de un día entero. El sofá era más incómodo que el suelo del pajar y, aunque intentó evitarlo, no podía dejar de pensar en la cara de ella cuando él salió de la poza.

Cuando un hombre no podía contar con dominar su propia mente, era, rotundamente, el momento de recuperar su vida.

Sin embargo, ¿se podía imaginar un hombre esa mirada? ¿Podía él interpretar lo que quería decir? Si ella se preocupaba por él tan profundamente, eso era, sin lugar a dudas, la cosa más aterradora que había vivido.

Se olvidó de ella unos segundos al pasar revista a las cosas aterradoras que había vivido.

Habían sido unas cuantas y nada desdeñables.

Pero la verdad era que casi todas habían sido situaciones físicas de las que podía salir, si no intacto, por lo menos victorioso.

El terror que le producía Harriet Pendelton era muy diferente. Toda su fuerza no podía nada contra él.

Ella le pedía que entrara en un terreno desconocido.

Buenos, no se lo pedía exactamente. En realidad, sus palabras no le pedían nada. Sus palabras decían que si él desaparecía de la faz de la tierra al día siguiente, ella lamentaría no tener una foto para enero.

Pero su boca decía otra cosa distinta que sus palabras. Era una boca delicada y dócil. Conocía su sabor y sabía que su boca hablaba un lenguaje distinto que sus

palabras.

Su boca hablaba de afinidad. De afinidad entre hombre y mujer. Sus ojos hablaban también con una melodía distinta a la de sus palabras.

Sus ojos le hablaban de delicadeza, de un sitio agradable donde reposar y alguien con quien hablar hasta bien entrada la noche. De alguien que podría amarlo.

Otra vez esa palabra. La palabra que odiaba más en el mundo. Amor. Esa cosa que convertía en inútiles a los hombres. Todo el amor no podría hacer que sus padres volvieran a vivir.

Oyó unos pasos sordos y el corazón se le desbocó hasta que una cálida lengua le lamió la mano.

—Por el amor de Dios —dijo—. Ya has apeestado el dormitorio. Vete de aquí.

El perro dio un par de vueltas en círculo sacudiendo la cara de Tyler con la cola y se tumbó.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo entre gruñidos—. Puedes quedarte.

La devoción del perro le desconcertaba un poco. No había hecho nada para merecerla. Naturalmente, tampoco había hecho nada para merecer el resplandor en la mirada de Harriet.

¿El amor era eso? ¿Era posible que fuese tal milagro que un hombre ni siquiera tuviera que merecérselo? ¿Podía demostrarle que su vida había sido tan solitaria que lo necesitaba?

Suspiró. Detestaba ese tipo de filosofía. Le gustaban los hechos tal y como eran. La realidad. Como que el pajar necesitaba una mano de pintura y había que replantar el prado del oeste. La realidad.

Siguió dándole vueltas a la realidad. A las balas de heno y a la lluvia, pero una parte de su cerebro le recordaba que ella estaba en la habitación de al lado.

¿Tendría el pelo desparramado por la almohada? ¿Dormiría con los labios un poco separados? La otra parte del cerebro no dejaba de atormentarlo con el recuerdo de los dedos de ella entre su pelo; de sus propios dedos sobre la nuca de ella después de que vomitara y de la sorpresa que le produjo comprobar lo femenina que era esa parte del cuerpo, lo absolutamente frágil que era.

—Estoy volviéndome loco —le dijo al perro.

Una mente disciplinada pensaría en otras cosas. Lo consiguió un par de segundos a base de repasar tareas pendientes, pero cuando estaba a punto de quedarse dormido, bajaba la guardia y volvía a pensar en ella.

En el hecho de que fuera a marcharse.

Que él fuera a recuperar su vida.

Durmió a ratos. Al amanecer, desistió, se puso algo encima y fue al barracón, donde sabía que Cookie ya habría preparado café.

Pete y Slim ya se habían ido. Habían hecho algunas tareas y llevado algunas reses para las fotos. Debería estar contento porque habían vuelto por el buen camino, pero parecía que las cosas que le complacían eran otras.



Se acordó de la sonrisa de ella. De los ojos con un brillo burlón. De la risa. De la suavidad de los labios. Estuvo a punto de lanzar un gemido.

Cookie le dejó delante un café y un plato de beicon y huevos como a él le gustaban. Tyler comprendió que se acercaba algo y no tardó en saber de qué se trataba.

—Está sola, lo sabías —le dijo Cookie.

—¿Quién? —preguntó Tyler para ganar algo de tiempo.

—Harriet está sola.

—¿Te lo ha dicho ella?

Era como si el beicon estuviera convirtiéndose en polvo dentro de la boca. Los huevos no estaban ni la mitad de buenos de lo que parecían.

Cuando el desayuno de un hombre no sabía a nada, era indiscutible que debía recuperar su vida.

—¡No! Ella no me ha dicho nada —dijo Cookie—. Yo puedo saber estas cosas.

Al parecer, Cookie tenía unas facultades que él nunca había sospechado.

—Ella no está sola —dijo Tyler con rotundidad—. Es una mujer con una carrera importante y tiene una vida plena y muy ocupada.

—La gente con una vida plena y muy ocupada suele intentar dejar algo atrás.

Cookie era un filósofo de la noche a la mañana.

—Yo tengo una vida plena y ocupada —señaló Tyler.

—Un ejemplo perfecto.

—Yo no intento dejar nada atrás.

—¿Estás seguro?

Había estado completamente seguro hasta hacía unos días. En ese momento, cuando fue a contestar, no pudo emitir ni un solo sonido.

Cuando la boca de un hombre se niega a hablar, tiene que hacerse con su vida como sea.

Tyler miró el beicon y decidió que no estaba perfectamente hecho. Estaba pasado.

—Ella está sola. Tú estás solo. ¿Por qué os cuesta tanto sumar dos más dos? —preguntó obstinadamente Cookie.

—En el supuesto de que ella estuviera sola, cosa que dudo, ¿qué tengo que ver con eso?

—Podrías arreglarlo.

—No, no podría. Yo arreglo cercas y, a veces, partos de terneros. Puedo arreglar a un caballo con malas costumbres. Esas son las cosas que puedo arreglar. Ese es el límite de mis facultades.

—Pregúntale por qué está sola —dijo Cookie.

—¡No creo que esté sola! ¿Podríamos cambiar de tema?

—De acuerdo —dijo Cookie—. ¿Sabías que ella piensa que es fea?

Tyler quería dejar de hablar de Harriet, no cambiar de la soledad de Harriet a...

—¿Cómo?

—Es verdad. Ella me lo dijo.

Debía estar muy sola si le confesaba sus defectos a Cookie.

—¿Qué daño podía hacerte el decirle que es hermosa? —preguntó Cookie.

—¿Yo? Díselo tú.

—Qué sé lo dijera yo no significaría nada para ella. No soy el hombre más atractivo del mundo.

—Yo tampoco.

—Mmm. Nueve de cada diez mujeres no pueden equivocarse.

—Sí pueden.

—Bueno, solo cuenta una de esas diez y está aquí. Ella piensa que no estás mal.

—¿Te lo ha dicho ella?

Ante su espanto, notó que algo parecido al pavoneo masculino crecía en su interior.

—Quizá no lo dijera con esas palabras, pero lo sé. Para ella significaría algo que le dijeras que es hermosa.

—¿Cookie?

—Dime, jefe.

—No quiero volver a hablar de este asunto.

Cookie, naturalmente, no tenía ni idea de lo complicada que era la situación. Tyler quería besarla noche y día. Ella quería besarle a él. No podía decirle que era hermosa sin que luego sucediera algo.

No podía decirle que era hermosa y recuperar su vida.

—Tampoco es que tu vida sea gran cosa —dijo Cookie malhumorado mientras rellenaba la taza de café y lo derramaba hasta que Tyler tuvo que retirar precipitadamente la mano.

Tyler lo miró fijamente. ¿También era capaz de leer el pensamiento? Pero tenía razón. ¿Para qué quería recuperar su vida?

La verdad era que quería la seguridad. Que no hubiera baches en el camino ni moratones. La verdad era que su vida tan plena le pareció muy vacía.

—De acuerdo —dijo Tyler—. Se lo diré. Que fuera lo que Dios quisiera.

Ella llegó al cabo de unos minutos, sin aliento y con las mejillas sonrosadas por el frío de la mañana. ¿Cómo podía pensar que era fea?

—Estás muy guapa esta mañana —dijo Tyler.

Lo dijo afectada y tímidamente. Podía notar que el rubor le subía por todo el cuello. No se había ruborizado desde que tenía doce años y una compañera del colegio le dijo que tenía las bragas rosas.

Harriet lo miró atónita. Se quedó boquiabierta. Se ruborizó casi tanto como él. Él pensó que los dos eran bastante torpes en esos asuntos entre hombres y mujeres.

No era que decirle eso fuera un verdadero asunto entre hombres y mujeres, simplemente no quería que ella fuera por la vida pensando que era fea cuando eso distaba mucho de ser verdad.,

Al verla aturdida en medio del barracón, pensó que era absolutamente maravillosa. Quizá la mujer más hermosa que había visto.

Sabía que nueve de cada diez hombres no dirían lo mismo y sabía que eso no iba a cambiar un ápice su opinión.

Ella tenía algo que las demás no tenían. Un espíritu auténtico.

El silencio se hizo más espeso. Ella lo miró atónita y luego se pasó la mano por el pelo y entrecerró los ojos con recelo. ¿Quién podía culparla? Él era tan tacaño con los halagos que ese había sonado completamente falso.

Él sabía que intentar arreglarlo solo empeoraría las cosas. Ya había intentado explicarle a Cookie que había cosas que él no sabía arreglar. Harriet Pendelton era una de ellas.

—No creas que eso va a librarte del nuevo peinado. He traído todo el material. Míralo.

Levantó una bolsa.

Ella no iba a volver a tocarle el pelo. Le daba igual si estaba sola o creía que era fea. Sentir sus manos era mucho más de lo que podía aguantar.

—Nada de peinados —dijo él—. Ni hablar. No entra en el trato.

Ella gimoteó. Él noto claramente que los gimoteos no eran naturales. Estaba jugando a algo. Intentaba ser una mujer que no le gustara a él.

Intentaba no ser vulnerable a él.

Como él intentaba no ser vulnerable a ella.

Estaba claro que no tenían solución. A los dos se les daba igual de mal los asuntos entre hombres y mujeres y todos sus sutiles matices. Le recordaba a un baile en el que no supieran los pasos.

Terminó el desayuno en silencio mientras ella charlaba con Cookie. Él intentó no pensar en cuánto le gustaba su voz y lo que sería oírlo constantemente. Al bromear. Al jugar. Al hablar de cosas triviales.

Se levantó bruscamente, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta.

—No te olvides de las fotos —dijo Cookie—. Lo he montado todo en el corral.

—Como si pudiera olvidarlo —dijo él.

—He cocinado alubias —siguió diciendo Cookie. Harriet se rió.

—No hacía falta que cocinaras alubias, bastaba con poner una cazuela con agua caliente. El vapor habría creado la ilusión de que estabas cocinando.

Tyler pensó que ella vendía ilusiones. Salvo que, ¿cómo podía ser tan poco hábil con la mayor de las ilusiones? Los asuntos amorosos.

—A las diez en punto —dijo ella.

—Sí, lo que digas.

Todo discurrió sin problemas. Los muchachos interpretaron sus papeles sin ninguna vergüenza. Satisfechos de ver a Tyler echar el lazo y reunir el ganado. Harriet le sacó infinidad de fotos mientras calentaba las marcas o se tumbaba sobre un ternero que pataleaba.

Al parecer todo era un poco soso para sus empleados.

—¿Por qué no derribas el novillo negro?

Saltar desde un caballo al galope sobre los cuernos de un novillo para derribarlo era una tarea de especialistas y Tyler no lo era.

—¿Es peligroso? —preguntó Harriet.

—Sí —dijo él.

—Bah —dijeron los tres hombres al unísono.

¿Por qué la preocupación de ella hacía que él quisiera saltar desde un rascacielos?

Derribó el novillo hasta que le dolió tanto el cuerpo que no podría moverse durante un mes.

Pero ella no estaría allí para presenciarlo. Ella solo vio la parte lucida. Saltó desde el caballo con una cuerda sujeta por los dientes, derribó un novillo inmenso y le ató las patas. Lo hizo siete veces, lo sabía porque había llevado la cuenta.

Luego los muchachos le dijeron que montara al novillo. No los montaba desde hacía más de diez años. Pero, ¿por qué no? El pavoneo masculino era el pavoneo masculino y esa era la última oportunidad que tenía.

Iba a echarla en cuanto terminara, pero ella se iba a ir impresionada del vaquero que dejaba atrás.

Después de morder el polvo una docena de veces, Tyler decidió que ser modelo era agotador y no solo en el aspecto físico. No conseguía entender esa contradicción suya de desear que ella se marchara, pero querer impresionarla.

¿Habría alguna palabra para eso?

Mientras estaba en el suelo boca arriba, con el cerebro hecho un asco y ella de pie diciéndole que ya estaba bien, pensó que había una palabra.

Estaba enamorado. Todas esas tonterías las hacía porque la quería. No sabía cómo había pasado ni cuándo, solo sabía que había pasado. Si un hombre se dejaba llevar por ese sentimiento, ¿pasaría toda su vida así? ¿Abordaría constantemente nuevas empresas más difíciles cada vez? ¿Rompería los límites del pavoneo masculino?

¿O la estupidez se pasaría al poco tiempo?

El conocía hombres casados que no parecían estar en un estado de permanente confusión y caos. En realidad, parecían muy satisfechos.

—Tyler, ¿estás bien?

—No lo sé. Me parece que esta vez me he dado un buen golpe en la cabeza.

Quizá la satisfacción llegaba con la rendición. Se quedó tumbado considerando esa posibilidad, pero él no se había rendido nunca. Solo tenía que pasar un día más para recuperar su vida.

Se levantó tambaleándose. Se miraron el uno al otro. El aire que los rodeaba se llenó de una poderosa intensidad. Sería fácil rendirse. Mucho más fácil que luchar. Él se acercó a ella...

—La comida está preparada —gritó Cookie.

La comida sabía a serrín, como el desayuno, aunque era auténtica comida hecha

sobre el terreno y solía gustarle mucho.

—¿Quién viene a la nieve? —preguntó Tyler cuando terminaron de comer.

Era consciente de que pasaba el tiempo. Las fotos en la nieve y todo habría terminado.

—Yo iré —dijo Pete.

Tyler vio la patada que le dio Cookie.

—Ahora que lo pienso, tengo algunas cosas que hacer esta tarde.

—Yo también —dijo Slim que lo captó rápidamente.

—Entonces, nos quedamos los dos solos —dijo Tyler con seriedad.

¿Se habría dado cuenta ella, como lo había hecho él, de la maniobra de los casamenteros?

—Los tres —dijo ella—. Basil viene, ¿verdad, cariño?

El cariño parecía haberse recuperado completamente. Meneó el rabo cuando comprendió que le hablaban. Tyler se dio cuenta de que había hecho bien en ser amable con el animal.

El perro se quedaba y ella se marchaba.

Era la penosa realidad de su vida: él se quedaba el perro y dejaba que ella se escapara.

—¿Eh?

—Ropa de nieve —repitió ella—. ¿Tienes un gorro de lana?

Él estaba guardando la ropa de nieve en la camioneta cuando vio que Cookie se acercaba por el camino con una enorme cesta de mimbre.

—No sabía cuánto tiempo ibais a estar fuera, de modo que he metido algunas cosas.

Era un idilio completo comprimido en una cesta. ¡Había hasta una botella de vino!

—¿De dónde has sacado una cesta así? —preguntó con irritación Tyler.

—Stacey me la regaló las navidades pasadas. Tenía las deliciosas mermeladas y los cafés especiales.

—No creo que vayamos a cenar después de la comida que nos has dado.

—No te pasará nada por cortejarla un poco. Haz que se sienta hermosa.

—No sé cortejar a la gente —dijo Tyler en voz baja—. Además, ¿para qué iba a hacerlo? Ella se marchará en cuanto haya hecho las fotos.

—Podrías retenerla.

—No quiero retenerla, Cookie. Quiero que se marche.

Cookie lo miró con tristeza.

—Entonces, eres un tonto. Hacía muchos, muchos años que no te veía tan vivo.

Era verdad. Estaba irritado casi todo el tiempo. Se sentía como si toda su vida estuviera boca abajo. Como si su corazón fuera un traidor que habitaba en su propio pecho.

Pero se sentía vivo.

¿Cómo se sentiría cuando volviera a ser un sonámbulo después de haber vivido eso?

Tomó la cesta con un gruñido.

—No te hagas ilusiones —dijo—. Ella no se quedará.

Pero Cookie sonreía de oreja a oreja como si hubiese dicho lo contrario

—Ah, toma el barril que he hecho para Basil. Ha quedado bonito, ¿verdad?

Parecía una botella de lejía atada a una cuerda, pero Tyler no dijo nada y la guardó con las demás cosas.

Ella llegó un poco más tarde y con un aspecto bastante gracioso por la cantidad de ropa que se había puesto. Él sonrió. ¿Qué importaba? Ya estaba cerca de la meta. Podía permitirse ciertas libertades, podía permitirse disfrutar un poco de ella.

Le pareció que la decisión de dejarse llevar en vez de luchar lo cambiaba todo. Hasta el cielo parecía de un azul más profundo.

Disfrutó del paisaje que se veía desde la carretera que los llevaba a la nieve.

—Tyler —dijo ella de repente—. ¿Cómo es que no estás con nadie?

Estaba claro, en cuanto bajaba la guardia se llevaba un puñetazo.

—No he tenido la oportunidad —dijo él—. No salgo mucho. No tengo tiempo. ¿Cómo voy a conocer a alguien?

—¿Crees que puede ser por tu madre y tu padre?

El la miró intensamente. Era un mal camino.

—¿Crees que su muerte ha podido hacer que receles de otras relaciones?

—Harriet, no lo sé. ¿No podemos hablar de caballos?

—No —dijo ella tozudamente.

Se dio cuenta que le había tomado de rehén. Estaba atrapado en una camioneta con ella y lo estaría una hora por lo menos. Además, ella quería hablar de cosas profundas, de cosas íntimas.

De cosas que él había mantenido enterradas toda su vida.

—¿Sabes por qué no me he casado? —dijo él—. Porque mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años y mi padre lo hizo un año después. Tenía dieciocho años y una niña que criar. Cuando lo hice, cuando Stacey creció, ya estaba harto de responsabilidades.

—Entonces, ¿por qué no vendiste el rancho y diste una vuelta al mundo? Si estabas harto de responsabilidades, podías haberte ido a California y holgazanear en la playa o ser instructor de esquí en los Alpes.

El se rió aunque no quisiera hacerlo.

—Supongo que no se me ocurrió —dijo él.

—O quizá fuera que te habías aficionado a tener responsabilidades. A estar a cargo de todo y de todos. Al control absoluto.

—Un poco de control no tiene nada de malo. Mira, ya llegamos a la nieve —esperaba que eso la distrajera—. Tenemos que tener cuidado. ¿Ves esa ladera? ¿Ves cómo cae la nieve en bolitas como guisantes? Eso quiere decir que la nieve está muy

blanda. Es un aviso de alud. Tenemos que quedarnos en terreno abierto.

Al parecer los aludes no la impresionaban lo más mínimo.

—¿Sabes lo que creo? Creo que quieres a la gente demasiado profundamente. Estoy segura de que criar a Stacey fue un verdadero infierno para ti. Estoy segura de que no dejaste de preocuparte ni un instante.

Él miraba fijamente hacia delante. Era un poco aterrador lo cerca que estaba de la verdad. Ser el padre de Stacey le había destrozado los nervios. Había aborrecido cada momento de la pura impotencia que implicaba cuidarla, había aborrecido cada vez que tuvo que dejarla salir.

Quizá hubiera decidido en lo más profundo de sí que no era capaz de repetirlo con sus propios hijos.

—El amor no tiene por qué ser así —dijo con delicadeza ella.

Él no dijo nada.

—Stacey era una niña. Tú no te sentirías así con una mujer adulta. Quizá necesites a alguien que comparta la carga contigo.

Dentro de unas horas estaría sano y salvo y lejos de todo eso. Si conseguía que no le destrozara la añoranza que estaban produciéndole las palabras de ella.

Tenía una imagen de ellos clara y apremiante. Volver a casa para encontrarse a Harriet. Compartir la carga. No volver a estar solo.

—Esa nieve parece perfecta.

Paró la camioneta en el arcén y se bajó.

Era nieve de primavera. Blanda y pegajosa. El cielo era de un azul brillante. Se acordó del storyboard y empezó a hacer una bola de nieve. Enseguida fue enorme.

Ella dejó la cámara y le ayudó a empujarla. Los hombros no paraban de rozarse. Ella no parecía una mujer muy fuerte y sin embargo estaba asombrado de lo fácil que era compartir la carga con ella.

Estaba asombrado también de lo divertido que era. ¿Desde cuándo no hacía algo tan tonto y despreocupado como formar un muñeco de nieve?

Las risas retumbaron en la montaña. Basil saltaba alrededor de ellos con el morro lleno de nieve. Tiraron bolas de nieve para que él las fuera a buscar y se rieron hasta que les dolió el vientre cuando las bolas se deshicieron dentro de sus fauces.

Ella le sacó fotos jugando con el perro y tirando bolas de nieve. Se sentía como un chiquillo.

Al final, cuando estuvieron agotados, él fue por la cesta. Había incluso una manta que extendió sobre la nieve.

—¿Quieres vino? —dijo él.

Sintió cierta vergüenza de que ella pudiera pensar que la estaba cortejando.

—No, gracias. ¿Hay chocolate caliente?

Por algún motivo le agradó que no fuera una chica a la que le gustaba el vino. Aunque quizá fuera parte del deseo de mantener el control. El vino habría sido peligroso si quería mantener el control allí arriba.

Al menos el poco control que le quedaba. Le pareció que toda la tarde se le había escapado de su control y que estaba contento. Que, después de todo, el mundo no había dejado de girar porque él no estuviera a los mandos.

Se sentaron en la manta, tomaron chocolate caliente y se comieron los bocadillos que había preparado Cookie.

Entonces, el cometió el error fatal.

—Hemos hablado bastante de mí. Ahora, me gustaría saber algo de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué no estás con nadie.

—Ya sabes, Tyler, soy como tú. Yo pensaba que era porque no había tenido la oportunidad, porque pensaba que el sexo opuesto no me encontraba atractiva, porque pensaba que era un desastre en el terreno sexual y porque pensaba que mi breve matrimonio me había quitado las ganas para siempre.

—¿Y ahora?

Lo miró con unos ojos tan transparentes que él pudo verle lo más profundo del alma.

—Ahora sé que es porque me enamoré de un hombre hace mucho tiempo. Le entregué mi corazón y no lo he recuperado.



## Capítulo 10

HARRIET tomó aire, cerró los ojos y cuando los abrió, miró directamente a Tyler. Sintió el valor emocional que llevaba tanto tiempo adormecido dentro de ella.

Era la hora de la verdad. Durante todos esos años había intentado superar el hecho de haberse enamorado de un vaquero solitario cuando era demasiado joven e inexperta. Todos esos años había intentado avanzar, minimizarlo, racionalizarlo, superarlo como si fuera una enfermedad.

Su problema no era el que ella había creído siempre que era. No era que fuese fea, delgaducha, pecosa o alta.

El problema no era su tendencia a los desastres o que fuese torpe.

El problema era que no había sido valiente. Hacía cuatro años, cuando era más joven e ingenua, quizá se le hubiera podido perdonar que no le hubiera dicho a ese hombre cuáles eran sus sentimientos, que ella hubiera permitido que su sensación de ser inadecuada la hubiera impedido correr el riesgo.

Al verlo en ese momento, comprobó cómo el amor por Tyler la había formado de muchas maneras. Tyler había conseguido que ella quisiera ser más de lo que era: más hermosa, más experta, más segura de sí misma y más valiosa.

El amarle le había llevado a ponerse a prueba, a acumular éxitos y experiencias como otras mujeres acumulaban joyas y ropa.

Incluso el matrimonio con Zorro tuvo que ver con Tyler. Había demostrado al mundo que un hombre guapo podía quererla. Que era valiosa.

El problema era, hasta ese momento, que había considerado que el amor era algo que llenaba un vacío que tenía dentro que le decía que no valía mucho.

Sin embargo, allí en medio del aire frío de la montaña y con Tyler junto a ella, comprobó lo equivocada que había estado. Su amor por Tyler no buscaba conseguir nada. Si era auténtico, le daría algo a él.

Tyler estaba solo con su fuerza y ella podía quitarle algo del peso que llevaba en los hombros. Tyler, que era terriblemente independiente, no había aprendido que compartir las cosas podía hacer que su vida fuera más rica y plena.

Era demasiado rígido y ella podía darle el regalo de la espontaneidad. Era demasiado serio y ella podía darle el regalo de la risa.

Estaba tan atrapado en el mecanismo de salir adelante todos los días que se había olvidado de vivir. Se había olvidado de frenar, de tranquilizarse, de respirar hondo y de divertirse.

La paradoja era que con cada regalo que le diera a él, ella recibiría todo lo que había soñado o esperado.

No haberle dicho lo que sentía cuando se enamoró por primera vez le había dado algo más. Ella sabía, mejor que otras mujeres de su edad, lo que no le hacía feliz.

No le hacía feliz ver el mundo, ni acumular éxitos, ni la riqueza material. Ni

arreglarse la vista y los dientes. Ni ir a la peluquería.

Harriet volvió a tomar aliento. Tomó la mano de Tyler y se la llevó a los labios, reuniendo todo el valor que tenía.

—El hombre al que entregué mi corazón eres tú.

Él se quedó boquiabierto y con los ojos como platos. La miró detenidamente a la cara y tragó saliva. Por un momento, ella sintió que el aceptaba el regalo llevado por el cariño que suponía; por un momento, ella sintió que él sucumbía a la fuerza de lo que le ofrecía; por un momento, ella sintió lo que la normal y corriente Harriet Pendelton nunca había soñado sentir.

Se sintió irresistible.

Entonces, él retiró de golpe la mano como si ella la hubiera mordido.

—¿Yo? —dijo sin apenas poder hablar—. ¿Me entregaste el corazón a mí? ¿Cuándo estuviste aquí hace tantos años?

Ella asintió con la cabeza algo desconcertada.

—Harriet, eso fue una tontería.

Ella no sabía bien qué había esperado. Una impresión, claro, pero que la impresión diera paso a una sorpresa agradable. Ella había esperado que él hubiera reconocido que la necesitaba tanto como ella había reconocido.

La miraba como si no la hubiera visto nunca. Luego apartó la mirada y respiró hondo mientras fijaba la vista en las montañas nevadas como si allí fuera a encontrar una respuesta.

Ella siguió la mirada de Tyler y vio el reflejo del sol en las cumbres cubiertas de nieve. Se la había jugado y había perdido. ¿Qué había esperado? ¿Cuándo en toda su vida las cosas habían sucedido como ella esperaba? ¿Por qué le sorprendía tanto que hasta su declaración de amor hubiera sido un desastre? A pesar de todo, decidió que saber que había perdido era mejor que vivir siempre en el limbo. Fríamente, comprobó que no se arrepentía de haber corrido el riesgo. No retiraría una sola palabra aunque pudiera volver atrás en el tiempo.

Se levantó tambaleantemente. Estaba claro que había violentado a Tyler y le había hecho desgraciado. Le había dejado sin palabras.

—Vamos, Basil —dijo ella—. Vamos a dar un paseo.

—Harriet...

—No. No te sientas obligado a decir nada. Sé perfectamente lo que quieres decir.

—No lo creo —dijo él mientras se levantaba.

Se acercó y tomó la mano de Harriet, pero ella la retiró con orgullo.

Iba a decirle lo halagado que se sentía y lo poco que merecía su amor y que siempre la querría como amiga. Ya había oído todo eso cuando estaba en el colegio y en la universidad. Prefería el silencio a la lástima o amabilidad.

—Harriet, yo...

Ella levantó la mano.

—Tendrá que esperar. Tengo una emergencia.

Él frunció el ceño. ¿Qué emergencia podía tener en ese momento?

—El cuarto de baño —dijo ella con delicadeza.

Él se puso colorado, y ella se sintió muy orgullosa de haber encontrado la forma perfecta de acabar con la conversación.

Por otro lado, era la reacción que había hecho que se enamorara de él la primera vez. Debajo de toda esa fuerza masculina y bravuconería había un hombre adorablemente dulce, indefenso y sin coraza.

—Busca un árbol —dijo él con cierta incomodidad.

—Vamos, Basil —dijo ella.

—No vayáis lejos —dijo él—. Acuérdate de lo que te he dicho de la nieve. Está blanda e inestable.

Ella pensó que un alud sería una buena distracción. No había nada como un pequeño desastre para ayudar a la gente a pasar un mal trance.

—No me importaría que me enterrara —le dijo a Basil—. Un final trágico. Seguro que Tyler Jordan se aborrecería el resto de su vida.

Naturalmente, eran pensamientos infantiles.

No hizo el más mínimo caso de las advertencias sobre la nieve. Solo quería alejarse de él, estar sola, olvidarse para siempre de las esperanzas de que él la quisiera.

Estaba distraída cuando oyó un pequeño rugido, pero vio las bolas de nieve pequeñas como guisantes que rodaban por la ladera en la que estaba ella.

—Era broma —gritó al cielo.

Pero, al parecer, el cielo no estaba de broma. Ante su espanto, vio una pared de nieve que descendía como una ola encrespada y lo hacía a toda velocidad.

El rechazo y la incredulidad la dejaron paralizada.

Iba a morir y Tyler, seguramente, iba a arrepentirse. Se culparía y pensaría una y otra vez en las palabras que se habían cruzado para encontrar las que la habrían retenido en la manta.

Entonces, comprendió lo enamorada que estaba porque habría hecho cualquier cosa para evitarle el arrepentimiento y el dolor. En el último momento, cuando la pared iba a arrastrarla, sus pensamientos no eran para ella o su muerte, sino para Tyler. Deseó tener un segundo más para decirle que no era culpa de él, que lo perdonaba.

La ola y Basil la golpearon casi a la vez, quizá Basil lo hiciera una fracción de segundo antes. Sintió que un peso enorme y gélido la empujaba y la arrastraba sin que ella supiera ni dónde estaba ni a dónde iba.

El movimiento se detuvo tan bruscamente como había empezado. El alivio le duró poco. Se dio cuenta del silencio aterrador y del peso abrumador que la rodeaba. Como si estuviera atrapada en una masa de cemento. Todo estaba negro y muy frío. El horror se apoderó de ella cuando comprobó que no podía mover los miembros. Ni siquiera podía separar los dedos. Estaba enterrada viva.

El horror fue dando paso lentamente a la resignación, pero vislumbró una leve esperanza en su prisión de hielo: podía respirar. Debía de haber una bolsa de aire justo debajo de la nariz.

Harriet, desesperada, hizo el feliz descubrimiento de que quería vivir aunque Tyler no la quisiera.

Comprendió que había llegado a quererse lo suficiente como para superar ese asunto del corazón.

Si sobrevivía.

Naturalmente, ella podría haber apreciado mucho mejor el plan universal si Tyler la hubiera aceptado en vez de rechazarla.

El amor había embellecido su alma y ella lo había ofrecido al mundo.

Se sintió dominada por una sensación de rendición absoluta y de paz.

Entonces, oyó el ladrido sordo y distante de un perro. Contuvo la respiración para oír mejor y oyó las garras escarbar en la nieve compacta.

—Por favor, Señor, que Tyler esté con él.

Oyó su voz que la llamaba una y otra vez. Su nombre. Su voz. Las garras del perro. Todo empezó a sonar con más claridad.

Ella contestó hasta quedarse ronca.

El peso que la aprisionaba fue haciéndose menor poco a poco. La luz empezó a traspasar la oscuridad. Hasta que el sol la golpeó en la cara y ella sonrió. Debía de estar en el cielo porque Tyler estaba inclinado sobre ella retirando la nieve y cada vez que la miraba, ella podía ver la verdad.

Sin máscaras que le cubrieran los ojos ni caparazones que lo protegieran.

Sí, debía de estar en el cielo, porque él la amaba y no podía disimularlo.

—No te muevas, Harriet —dijo cariñosamente él—. Casi estás libre. No te preocupes. No te asustes. Ya está. Yo te cuidaré.

De modo que eso era el cielo. Una luz tan brillante en el interior que te hacía sentir diminuta.

—Para siempre. ¿Me oyes? —la voz era fuerte y cariñosa, pero ella podía ver la preocupación en la mirada—. Voy a cuidarte siempre. Me necesitas. ¿Cómo has podido sobrevivir tanto tiempo sin que yo te cuidara? Yo y Basil, claro está.

Basil le lamió la cara a modo de confirmación. Ella no podía apartarse. Ni siquiera podía reírse por lo viva que se sentía con la calidez áspera de la lengua.

—Muy bien. Ya tienes la cabeza fuera. El cuello. Casi todo el pecho. Por el momento no hay huesos rotos. Nada de lo que preocuparse.

Ella sabía que Tyler no dejaba de hablar para tranquilizarla. Era como cuando se había caído del caballo la otra vez.

Ella intentó decirle que esa vez era distinto. No estaba asustada ni le dolía nada. Intentó decirle que estaba tranquila, pero le pareció que abrir la boca era un esfuerzo excesivo. Cuando excavó alrededor del brazo y se lo liberó, ella intentó alargarlo para acariciarle la cara, pero el brazo no se movió. Volvió a ordenárselo, pero el brazo no

obedeció.

—Harriet, no intentes moverte.

Él siempre sería un mandón. Ella quería acariciarle la cara. Movería el brazo si quería. Iba a tener que aprender a no darle órdenes. Notó que le quitaba la nieve del otro brazo.

Tenía libre toda la parte superior del cuerpo. Tiró del brazo que no se movía.

Sintió un dolor espantoso en la cabeza y todo, el brillo de los ojos de él, la blancura de sus dientes, el reflejo del sol en la nieve, todo, se sumió en la más absoluta oscuridad.

Ella oyó, en medio de la oscuridad, que él la llamaba, pero ella no podía contestarle. Hasta que eso también desapareció.

Estaba flotando. No, estaba volando. Era una mujer amada. Harriet, que estaba enterrada en la nieve hasta la cintura, se sentía segura, cálida y feliz como no se había sentido en la vida. Debía de ser un milagro.

El dolor intentó apoderarse de ella otra vez, pero lo ahuyentó al permanecer donde estaba, en ese agujero balsámico donde el amor la rodeaba.

Pero el dolor insistió con tal fuerza que ella no pudo evitarlo. Tuvo que abrir los ojos. Le dolía el brazo, le dolía la cabeza, le dolía todo el cuerpo. Tenía la boca como si hubiera comido tierra.

Entre una nebulosa de dolor, Harriet se quedó atónita al comprobar que no estaba en una montaña nevada. Vio unas baldosas y olió a desinfectante. Estaba en un hospital.

—¿Dónde está Basil? —preguntó al despertarse.

—¿Basil? —le respondió una voz profunda teñida de cansancio—. Debería sentirme ofendido.

Volvió la cabeza, aunque le dolió mucho hacerlo. Aunque le dolió sonreír, nada le habría impedido hacerlo.

—Sabía que estabas aquí —susurró ella—. Podía sentirte.

Él le tomó la mano cariñosamente.

—Duérmete otra vez. Vas a ponerte bien. No voy a dejarte. Nunca.

—Me duele la cabeza.

—Suele pasar cuando te caen encima unas toneladas de nieve.

—Y el brazo.

—Está roto por tres sitios. ¿Cómo voy a conseguir que seas una vaquera si tienes huesos de cristal que se rompen por cualquier cosa?

Sujetó el vaso de agua y le puso la paja entre los labios.

—¿Está bien Basil? —Nunca ha estado mejor.

—¿Y mí cámara? —No la he encontrado.

—Las fotos de invierno —dijo ella sombríamente—. Eran muy buenas.

—Harriet, por el amor de Dios. Tenemos todo el tiempo del mundo para hacer las fotos. Si es necesario, alquilaremos una máquina de nieve.

—Pero tú quieres deshacerte de mí, ¿no? —preguntó ella perpleja—. ¿Qué día es hoy? ¿Sigo dentro del plazo?

—Harriet, tú no vas a deshacerte de mí nunca. Te tengo atrapada. Vas a tener el resto de tu vida para sacar fotos de mí preciosa jeta.

Ella frunció el ceño.

—No, porque dijiste que enamorarse de ti era una tontería.

—Bueno, a mí me parece que cualquier mujer que se enamora de un cazurro, cabezota, primario y mandón es tonta, pero ya que lo has hecho pienso aprovecharme.

—¿Por eso dijiste que era una tontería? ¿No porque nunca querías a una mujer como yo?

—Vamos, Harriet, vas tan deprisa... —dijo él cariñosamente—. Me dijiste que me querías y saliste corriendo antes de que supiera qué hacer con lo que acababas de ofrecerme.

—¿No ibas a rechazarme?

—Quizá lo hubiera intentado. Por tu propio bien. Tengo defectos y no creo que sepas lo que te llevas. Estoy casi muerto por el miedo que me da el amor.

—Pues a mí, el estar al borde de la muerte me ha enseñado que me daba más miedo no amar. En esos minutos, cuando creía que te perdía, todo mi mundo reventó. Ya no me importa nada de lo que creía que me importaba antes del alud. Bueno, una cosa sí, tú. Pensaba que no era atractiva y que no era guapa ni especialmente femenina. Que no era alguien que te cosería los botones ni obedecería tus órdenes.

—¿Sabes lo que creo, Harriet? Que tú eras un pato precioso, no feo, y que te has perdido tu transformación en cisne. Me pregunto cuánto me costará conseguir que te veas como yo te veo y como realmente eres. Me temo que mucho, si no puedo dar órdenes.

Ella sonrió.

—Es el sueño más maravilloso que he tenido.

Cerró los ojos y se dejó llevar mientras sentía que él le acariciaba la frente y los labios.

—No tengas remordimiento —dijo ella—. No podría soportar que fueras amable por los remordimientos.

—De lo único que tengo remordimientos es de haber perdido tanto tiempo. Un vaquero estúpido como yo. Hace falta que caiga un alud para que me entere de mis sentimientos.

Ella gruñó.

—No me hagas reír. ¿Estás seguro de que Basil está bien?

—Nunca ha estado mejor. Cookie lo alimenta a base de chuletones y el periódico ha hecho una semblanza suya. Por fin lo ha conseguido. Es un auténtico perro de salvamento. Aparece gente de todos lados para darle un hogar.

—¿Vas a deshacerte de Basil?

—No. Tiene casa para toda la vida y todos los chuletones que pueda comer. Te ha salvado la vida. Te apartó del alud principal y luego me enseñó el sitio donde estabas enterrada.

Ella se fijó más en la cara de Tyler. La sombra de la barba debería haber hecho que pareciera un verdadero forajido, pero no era así. Tenía un aspecto completamente distinto al que solía tener. La boca no estaba crispada ni los ojos recelosos.

—¿Estoy drogada?

—Sí, señora.

—Adoro tanto el mundo. Te adoro tanto a ti. A Basil también. A Pete, a Slim, a Cookie.

—Es un consuelo que quieras a esos depravados. Porque están incluidos en el lote. Es como si cuando te casaras conmigo adquirieras unos hijastros endemoniados, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Casarme contigo?

—Vuelve a dormirte, cariño. Voy a dejar la proposición para cuando no estés drogada.

—Propongo darle una medalla al perro —dijo ella con un bostezo.

—Por eso no voy a decirte nada más que sea importante, señorita Morfina.

—Eso es peor que Doña Desastres. Señorita Morfina —soltó unas risitas—. ¿Me quieres, Tyler? ¿Sinceramente?

—Será la única cosa importante que diga. Te quiero, Harriet.

—Seguro que me gusta este sueño —se dejó llevar por un cisne blanco—. Yo también te quiero.

Cuando volvió a despertarse, el sol entraba a través de las persianas y formaba unas rayas blancas sobre las sábanas. Al principio pensó que estaba sola, pero oyó un leve movimiento y volvió la cabeza.

Tyler estaba profundamente dormido en la butaca que había junto a la cama. Tenía el sombrero sobre la cara, pero podía ver la sombra de la barba que oscurecía las mejillas y el mentón, la palidez del rostro y las ojeras debajo de los ojos.

Tenía un aspecto espantoso.

—Muy mono, ¿verdad? —dijo una enfermera que entró y lo miró.

Solo él podía tener ese aspecto e inspirar un comentario así.

—Adorable —reconoció Harriet.

Él frunció el ceño como si no le gustara la expresión ni dormido.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó la enfermera—. Ha tenido suerte. He visto a mucha gente con golpes en la cabeza que no parecían tan fuertes como el suyo. Tiene mucha suerte de estar viva.

—Lo sé —dijo sinceramente Harriet.

—Él lleva aquí tres días —dijo la enfermera mientras señalaba con la cabeza a Tyler—. Normalmente, lo habríamos echado, pero a las enfermeras les parecía irresistible.

—Nueve de cada diez no pueden estar equivocadas —dijo con una sonrisa Harriet.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, pero dentro de unos meses le mandaré un cargamento de calendarios para que los venda, con él de protagonista.

—Se venderán solos.

—De eso se trata.

—Los otros tres vaqueros vienen constantemente y le traen ropa limpia al señor Jordan. Una vez intentaron pasar un perro. Dejan barro en el vestíbulo y dos de ellos mascan tabaco. La enfermera Hendricks los tiene casi aleccionados —se acercó a Harriet—. Entre nosotras, creo que va detrás de Cookie.

—¿De verdad? —dijo Harriet encantada.

—Bueno, se palpa el amor en el ambiente. Sobre todo en este cuarto. El señor Jordan la adora —dijo la enfermera con una sonrisa de envidia—. He sido enfermera durante mucho tiempo. Es alguien muy especial.

—Lo sé.

—El otro día estaba ensayando la declaración en el pasillo. Permítame que le diga una cosa, no lo rechace. Él no saldría del hospital sin que otra lo atrapara. La enfermera Hendricks está al acecho.

—No voy a rechazarlo —dijo Harriet.

—Perfecto —dijo una voz ronca y somnolienta—. Eso me evita tener que pedirlo.

—Por no decir nada de tener que esquivar a la enfermera Hendricks —dijo la enfermera con un guiño antes de salir de la habitación.

—Sabes —dijo él mientras se estiraba—. Te crees un vaquero fuerte y acostumbrado a todo tipo de adversidades que sabe el significado de la palabra difícil. Hasta que te das cuenta de que lo difícil es encontrar las palabras adecuadas para convencer a una mujer de que debería pasar el resto de su vida con uno.

—Inténtalo conmigo.

—De acuerdo. Harriet, soy un vaquero de pocas palabras y con una vida incómoda que no tiene formación para expresarse bien. Me das cien vueltas en cuestiones de encanto. No he hecho nada que me haga merecedor de pedirte que te cases conmigo, pero si hicieras la vista gorda a mis defectos y me aceptaras, sería el hombre más feliz del mundo.

—Sabes una cosa, Tyler, creo que por fin lo he comprendido. Quizá el amor no sea cuestión de valía. Quizá sea cuestión de ser suficiente para una sola persona en todo el mundo. Tú lo eres para mí. Tal y como eres.

—Eso es un sí, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Verdad.

—Tuve que mirar en tu bolso cuando te trajimos para ver si tenías el número de teléfono de alguien a quien debiéramos llamar. Un familiar o así. He llamado a tu



madre y a tu hermana. Han estado yendo y viniendo.

—Gracias. Como ya las conoces, eso nos ahorrará una cena familiar.

—He encontrado también esto.

Lo sacó cuidadosamente del bolsillo de la camisa y lo dejó en el vientre de ella.

Ella lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Era una de las fotos que le había hecho cuatro años antes.

Estaba sentado en un caballo pinto. La postura era relajada, tenía el sombrero caído sobre los ojos y el cuello del impermeable levantado. Era la viva imagen del héroe romántico.

—¿Por qué sonreía? —preguntó él.

Harriet sonrió.

—Por mí. Creías que la adoración que yo tenía por mi primera cámara era muy divertida. Se me había caído y yo estaba tirada en el barro y limpiándola como si se me hubiera caído un bebé. Miré hacia arriba y tú tenías esa expresión... esa sonrisa cariñosa. Saqué la foto.

—Es la que ganó el concurso, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y acarició la superficie desgastada de la foto.

—Sí.

—¿Sabes? Siento cierto alivio.

—¿Por qué?

—Porque nueve de cada diez mujeres no votaron por mí.

—Pero...

Él le puso un dedo en los labios para callarla. Luego se agachó y la besó.

Fue un beso dulce y acogedor que albergaba la promesa de cientos de momentos de felicidad y pasión.

—Votaron por esto —le recorrió los labios con la lengua—. Votaron por el amor. Vieron el amor en la fotografía y votaron por él. Por el amor, por la esperanza, por la inocencia y por todas las cosas buenas que hay en el mundo. En realidad, no es una foto de mí, Harriet, es una foto de ti.

Las lágrimas cayeron lentamente al principio, pero acabaron siendo un torrente. Él se inclinó sobre la cama y ella estrechó su dolorido cuerpo contra el de él.

La abrazó hasta que las lágrimas dejaron de fluir y solo quedó la satisfacción de una mujer que había pasado la vida esperando a que alguien la supiera interpretar.

Hasta que alguien lo hizo.

## Epílogo

MIRA —dijo Tyler que estaba hablando por teléfono—, no me importa el dinero que quieras darme. No quiero nada que el dinero pueda comprar. Muy bien, te digo lo mismo.

Se dejó caer en la cama y se tapó la frente con el brazo.

Harriet le besó el bíceps.

—Pasaré —dijo ella—. Ya lo verás.

Sonó el teléfono.

—Si contestas, me divorcio —dijo Tyler.

Ella puso los ojos en blanco, pasó por encima de él y miró la pantalla del aparato.

—Es tu hermana. No es ninguna productora de cine ni una agencia de modelos.

—Alguien se habrá puesto en contacto con ella —dijo con cinismo—. Ya lo verás. Tendrá alguna propuesta. No voy a poder soportarlo durante mucho tiempo.

—La compañía de teléfonos ha dicho que el lunes tendremos el número nuevo —dijo ella mientras descolgaba—. Seguramente me llame para desearme un feliz cumpleaños. Hola, Stacey. Gracias. ¿Qué me ha regalado Tyler? Estaba dándomelo en este momento.

Tyler le dio un beso en el cuello.

—¿Qué más me han regalado? Cookie me ha regalado un libro de cocina. Creo que intenta prepararnos para algo. Kathy Hendricks, la enfermera, viene un par de días a la semana para montar a caballo con él.

Tyler le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¿Un calendario para el año que viene? Stacey, me parece que no es el mejor momento para hablar de ello.

Tyler le arrebató el teléfono.

—Nunca será un momento bueno para hablar de eso. Nunca. ¿Qué quieres decir con eso de que me tranquilice? A ti no te importa lo que estemos haciendo. ¿Qué quieres decir con que sabes exactamente lo que estamos haciendo? Voy a colgar. ¿Treinta segundos? De acuerdo, pero he empezado a contar.

Miró el reloj durante treinta segundos y colgó sin decir palabra.

—Quizá hayas sido más antipático que nunca —dijo Harriet antes de rozarle con la lengua el labio inferior.

—Estoy ocupado con cosas importantes —dijo él con voz ronca—, y no quiero que me interrumpas.

Llevaban cuatro meses casados. La verdad era que ninguno de los dos quería nunca que le interrumpieran.

—Stacey quiere hacer otro calendario. Para la Fundación Contra el Cáncer de Mama otra vez —le dijo él al oído.

—No será con mi marido de protagonista —dijo ella con firmeza por si él estaba

pesádoselo.

—Bueno, la verdad es que no me quería a mí.

—¿No?

Él se reía.

—Quería a Basil. La gente está encantada con el perro. Recibe cartas de niños que lo adoran.

—Ya tiene la idea. Quiere un calendario que se llame El Niño y la Bestia. Algo con Basil y un niño montado encima.

—Creo que podemos dejar a Basil para eso.

—Quiere que tú hagas las fotos.

—Parece divertido.

—Tengo una idea mucho más divertida. Podemos hacer que todo quede en familia. Solo tenemos que conseguir el bebé.

—La idea empieza ser divertida de verdad —dijo ella mientras le pasaba la lengua por los labios.

—Por cierto, quiero que mi hijo o hija sea alguien normal, nada de modelo para calendarios. Stacey puede aportar sus propios hijos —dijo él cuando tomó aire.

—¿Quiere eso decir que ves al hippy con otros ojos?

—Se ha cortado el pelo —dijo él entre gruñidos—. Tiene un buen trabajo, para ser hippy. Además, llevan casados casi tanto tiempo como nosotros.

—Y eso es bastante tiempo como para saber cuándo deberías estar hablando y cuándo besando —le dijo Harriet.

—A sus órdenes —dijo él.

Fin.



Credit: Cheryl Jagers

CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto. Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.